

Arturo Reyes

LA GOLETERA



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11

TELÉFONO NÚMERO 551

1901



CAPÍTULO I

Era domingo, un domingo en que tras una noche de lluvias y vientos y otras análogas manifestaciones de mal humor de Santa Madre Naturaleza, habían amanecido de gala el cielo, con su más espléndida túnica azul; adormecido el ambiente y el sol dorándolo y vivificándolo todo con sus más fúlgidos resplandores.

Como es de suponer, la calle de Mármoles, á pesar de su histórica falta de limpieza, su desigual empedrado y su miserable edificación, no iba á ser menos que otra cualquiera de más fuste; porque olvidado está, de puro sabido, que de tejas arriba no hay privilegios que valgan y, por tanto, casi huelga decir que

el sol penetró en ella, como el conocidísimo Pedro por sus lares, iluminándolo todo con los colores de su inmortal paleta, lo mismo el negro lodazal que los humildes edificios festoneados, en aleros y en canales, de verdinegras ortigas, y adornados en rejas y balcones con tiestos y macetas, en las que desbordaba la rica flora andaluza sus tonos más vivos y sus más penetrantes perfumes.

Por encima de los muros de tal ó cual corralón, asomaba algún que otro árbol el amarillento ramaje, en el que revoloteaban, piando alegremente, los gorriones; muros en los que tendía, al par, la yedra sus á modo de verdes faldellines salpicados de azules campanillas.

Una multitud alegre y bullanguera esparcíase á lo largo de la calle: nutridos bandurrios de chicuelos churretosos y encuerinos, arrojaban el lodo de los charcos á los transeuntes con los desnudos pies, corriendo de acá para allá, gritando, porreándose y pretendiendo sacar á lo mejor de sus melancólicas quietudes á las pacíficas vacas, citándolas á banderillas con los estirados índices

á modo de rehiletes y en actitudes dignas de ser eternizadas en mármoles y en bronces.

Acansinadas recuas deteníanse ante el enorme portalón de la posada; daba al aire sus cadenciosos pregones el típico vendedor de pescado, vestido de mallorquín azul, echado atrás el amplísimo *pavero*, al aire, en la encarnada faja, el pomo del indispensable cuchillo; en ángulo agudo los brazos musculosos y hercúleos, y los puños en los ijares para mejor poder soportar el peso de los repletos cenachos que brillaban al sol cual repujados broqueles de argentería; llenábanse y vaciábanse de gentes las numerosas tabernas, cunas de entuertos y sangrientos desaguisados; un organillo llenaba la calle con las más populares armonías, mientras á su alrededor dejaban en pañales á la mismísima Terpsícore, algunas rapazas con sus cadenciosos y lánguidos movimientos: de vez en cuando algún que otro soldado desfilaba hacia el cercano cuartel, prestando vigoroso colorido al conjunto con los vivísimos tonos del uniforme; cabezas en su mayoría de hirsuto y negro pelo, ojos de africana expresión

y morena tez, aparecían acá y acullá, como prendidas entre jazmines y entre rosales en las floridas rejas ó en los desvencijados ventanuchos, en tanto que tal ó cual *menoso* cruzaba la calle con femenino primor por no enlodar las caladas punteras de los brodequines, y una muchedumbre chillona y heterogénea, en fin, parecía entonar al unísono un cántico á la vida.

Y mientras la multitud bulle y bulle, y el sol ilumina y caldea cuanto inunda, penetremos nosotros en el corralón de Santa Isabel, un edificio con más estancias que celdas un panal, y atravesemos un patio enorme, con dos ó tres árboles de nudosos troncos y escuetas ramas, utilizados como tendederos por las vecinas, algunas de las cuales, encorvadas sobre enormes lebrillos, luchan heroicamente por devolver el primitivo color á las ropas ennegrecidas en la fatigosa brega de los muelles ó los talleres, en tanto algunos decanos de la vida reaniman al sol la ya casi descarnada osamenta, siguiendo con la vista las espirales de humo del cigarro que mitiga sus tristezas y les distrae en sus aburrimientos.

Y mientras los viejos fuman y las vecinas luchan á brazo partido con el sudor y la mugre, subamos las poco limpias escaleras del corralón y penetremos en las espaciosas y pulcras y bien olientes sala con alcoba donde habita, en compañía de su madre, el nunca bien ponderado Paco el de las *Campanillas*; el más famoso tocador de vihuela del mundo, según los más entusiastas de sus admiradores; de España, según los más razonables, y de Málaga, según los más imparciales y entendidos y amantes de la justicia.

El mobiliario de la sala consistía en una mesa consola cubierta de humildes cachivaches; un martín pescador embalsamado y en plenísimo pelecho; un á modo de neceser orlado de pequeños caracoles; dos floreros que pregonaban descaradamente la diversidad de su origen, y en mitad de la mesa un fanal donde una Dolorosa ahuyentaba á la devoción con su semblante de terrenal hermosura.

Además de la mesa, decoraban la habitación ocho ó diez sillas de Vitoria; una docena de cuadros, que eran doce imperdonables atentados al buen gusto y á la verdad histó-

rica en cromos alemanes; una mesa de pino aplicable y aplicada á casi todos los usos domésticos; la vieja rinconera, al través de cuya limpísima cristalería divisábanse cien piezas de cien distintas vajillas y cien distintos mates correctamente ordenadas; un espejo de luna primitiva y una vieja poltrona, templo donde la ancianidad pulcra y hacendosa echaba sus siestas con la barba en la cavidad torácica ó remendaba y zurcía la indumentaria, defendiéndola á punta de aguja de las tremendas acometidas del uso y de los años.

Componíase el mobiliario de la alcoba de dos catres de hierro, de siempre bien mullidos colchones y blanquísimas coverturas, dos grandes baules, una pequeña palangana, una mesa de noche metida en prensa por los cabezales de los catres, y una percha de la que pendía, entre otras prendas, la capa de Paco, la indispensable capa de paño azul oscuro, de esclavina forrada de raso, adornada en los bordes por felpas y trencillas, en el cierre por dos dijes dorados y con las vueltas de terciopelo granate. Además, algunos cuadros de santos, que de todo menos de

tales tenían las apariencias, decoraban las paredes del dormitorio y ocupando sitio de honor, en el centro de la pared, lucía su artístico mástil, lleno de incrustaciones de nácar y marfil y la moña de vivísimos colores, la mejor guitarra que había salido hasta entonces de talleres andaluces.

En el momento histórico en que penetramos en las descritas habitaciones, Paco dormía á pierna suelta; media hora antes, su madre habíase levantado, como siempre lo hacía, de puntillas; y tras vestirse, lavarse y alisarse el encanecido pelo y entornar herméticamente las hojas del balcón para que ni la luz pudiese turbar el reposo de su gallardo unigénito, había tomado el portante, después de arropar cariñosa y delicadamente al dormido, al cual dejaremos reposar, con permiso de nuestros lectores, hasta el capítulo siguiente.



CAPITULO II

Media hora haría, próximamente, que había salido la señá Rosario, cuando un formidable redoblar de puños en la puerta de la sala hizo incorporarse bruscamente á Paco en el lecho, exclamando con voz desapacible:

— Con la cabeza. ¡Por vida de Dios, y qué manera de llamar y qué falta de miramiento!

— Con la cabeza no puée ser porque se me va á desenrizar la trenza—gritó el que llamaba, con acento de zumba.

—¡Ah, que eres tú, Pepe! ¡Vaya un mó de sisearle á uno que tú tienes!

—¡Quieres abrir ya, hombre, que tengo priesa!

—No me da la gana, que si tú tienes priesa

tengo yo más sueño que un guardacalle y vete ya y lárgate á la *Farola*, y mira desde allí á ver si está al llegar el correo de Melilla.

—En Melilla te veas y te pudras. ¡Abre ya ó llamo á un piquete!

—Rempuja si quieres, que no está más que entorná la puerta.

—Pos habérmelo dicho antes.

Y diciendo esto penetró en la sala Pepillo el *Cuchufleta*, vestido de pontifical, con el terno de las grandes solemnidades, el sombrero de alas amplísimas, color perla, graciosamente inclinado sobre la sien izquierda; luciendo sin corbata la bordada pechera de la camisa; en el casi totalmente desabrochado chaleco, un calabrote que, á ser de oro, hubiera podido quitar de pasar penas á una familia de menesterosos, y con la jovialidad y el buen humor, desbordándosele en la cara de regulares facciones, enjutas mejillas, rubio bigote y ojos azules y chispeantes.

—Pero, ¡por qué te habrá hecho Dios tan bruto y tan poco mirao y con tan poca conciencia!—exclamó al verle entrar el de las *Campanillas*.

—Y á tí, ¡por qué te habrá hecho tan puerco-espí por los cuatro puntos cardinales de tu persona!

—Bueno; dejemos eso y dime qué es lo que te trae por aquí.

—Pos yo he venío na más que por hacerle un favor al *Cotufero*.

—¿Y qué es lo que se le ha roto al *Cotufero*? y qué tengo yo que ver con el *Cotufero*? Y ya sabes tú que yo del *Cotufero* no quiero ni agua bendita.

—Está bien, hombre, está bien; pero antes déjame hablar y concluir; y luego, asín que yo hable, hablas tú.

—Bueno, hombre, di lo que tú quieras; pero acaba pronto, y vete pronto y déjame pronto.

—Pos verás tú; yo no sé si tú sabrás que al *Cotufero* ha vuelto su *Toña* á hacerle un pie agua regalándole un gurripato que es un becerro, porque aquello no es un niño, aquello es una vaca suiza.

—Ya lo sé; pero acaba ya y déjate de rodeos.

—¡No seas súpito, hombre, no seas súpito!

Pos verás tú; como esta noche le van á echar al *chaveilla* la sal en la mollera y como el *Cotufero*, además de hombre de *monises*, es hombre de rumbo y sabe hacer las cosas con luces de bengala, pos el hombre se dijo:—¿Quiénes son la espuma de los cantaores de cartel?—Y se respondió:—Pos los mejores cantaores son el *Chirri* y el *Pelusa* y el *Pollo* de los *Cardenales*;—y apenitas se contestó esto, amarró un billete de banco á una varilla, dió la simbelá y pataplún, á la red como tacos los tres mejores silgueros de toita España.

—¡Y no acabarás, pa qué, pa dame gusto!

—Ya acabo, hombre. Pos bien; lo mismo que se preguntó lo de los cantaores, se preguntó:—¿Quién son los reyes magos de las primas y las *siguelas*?—Y naturalmente, se encontró con que no hay más rey mago que tú; porque Antoñico el *Caracola* á tu vera, ná, serato simple: pos bien; como el hombre sabe que no es santo de tu devoción y que tú y yo semos uña y carne, pos velay tú; el hombre me cogió anoche

por la solapa de la chaqueta y me aseguró que si no te daba *coba* y no te llevaba esta noche á su casa, haciéndote olvidar aquello que él dijo y que tanto te desazonó el cuerpo, me iba á dar una puñalá traperera entre clavícula y clavícula. Con que ya ves tú que la cosa bien merece el madrugón que me he metió yo en el cuerpo; porque eso de que me den por mó de tí una puñalá entre clavícula y clavícula, eso no puées tú consentirlo ni yo quiero que lo consientas.

—Pos lo siento mucho, D. José; pero te llevan al *Batatar* como dos y dos son cuatro, porque lo que es este cura no va á casa del *Cotufero* ni amarrao, ni en coche celular, ni en andas de palo-santo; ¡pos si ca vez que me lo trompiezo por ahí se me sube la sangre á la cabeza! ¡Hablar mal de la Trini! *chavó*, pos si yo ya no le he roto algo á ese, es porque pa mí los viejos son tan sagraos como los niños de teta. Con que si no has venío na más que pa eso, ya despachaste y ya puées ponerte en franquía y no parecer por aquí hasta que yo te avise.

—Bueno, está bien; pero na más que de la sofocación que me has dao tengo apretá la garganta y se me han inflamao las glándulas; y si tuvieras por ahí una miajita de algo que me quitara el mal sabor que me ha dejao lo que me has dicho, me prepararía á bien morir á manos del *Cotufero*, porque lo que es ese *gachó* me da, por mó de tí, lo que me tiene prometío.

—A ver; busca por ahí fuera, que quizás te trompiezes con algo que por mó de tí, tendrá mu bien escondío la abuela.

Y salió Pepe á la sala, abrió de par en par el balcón, dando paso á un torrente de luz y á una ola de resonantes rumores; detúvose algunos instantes en el centro de la estancia en actitud de vidente, olfateó á los cuatro vientos como el mejor pachón navarro, y de pronto, como si la cierva de Sertorio le hubiera hablado al oído, fuese recto á la rinconera, la abrió, introdujo en ella una mano y momentos después gritaba con acento de triunfo, alzando por encima de su cabeza una botella:

—¡Aquí está, esta grandísima tunanta!

Y en tanto que el *Cuchufleta* entablaba con su hallazgo frecuentes y pertinaces diálogos, Paco se lanzó fuera del lecho plenamente convencido de que no era empresa fácil plantar en los corredores al más leal y más bueno de todos sus amigos.

Sin duda exageraba la señá Rosario al afirmar, como lo hacía, á voz en grito y dispuesta á sellar lo por ella afirmado, con sangre de sus venas, que era el hijo de sus entrañas el mejor mozo de nuestra picoteada península y de nuestras ex-posesiones ultramarinas. Sin duda exageraba la señá Rosario, repetimos, pero no por eso dejaba de ser el de las *Campanillas* hombre de buen ver, de regular estatura, gallardas proporciones, pecho levantado, cintura estrecha, piernas y brazos que hubieran podido servir de modelo al más exigente artífice y semblante agitanado, de grandes ojos oscuros, lánguidos y pasionales; su rostro, completamente afeitado siempre, era de curvas mejillas, enérgica nariz, boca de aniñada expresión, gruesos labios y blanca y desigual dentadura; su tez bronceada, podía competir

con la del más oscuro de nuestros más caracterizados tratantes en caballerías deterioradas, y su pelo negro y rizo recordaba el que, según fotografías, luciera allá en su malograda juventud aquel *Tato* de memoria imperecedera en los anales de nuestra patria.

Paco se vistió en un santiamén, tras aguantar, cinco minutos casi, el resuello en la palangana, donde dejó muerta por asfixia la pereza, y á poco apareció engalanado con su ropita dominguera, holgadísima cazadora, camisón de percal listado, amplio pantalón que estrechábasele bruscamente en el tobillo, dejando casi libre el brodequín de piel de rusia y elegante sombrero cordobés de amplias alas y alta copa.

Y tras mirarse por última vez al espejo, exclamó Paco dirigiéndose hacia su amigo, que distraíase en el balcón contemplando el vecindario.

—Sa menester esperar á la abuelita y ¡vaya un día archisuperior, camarál ¡vaya un día pa pasarlo en una cañá con seis cañeros y con la niña que no me quiere!

—Y a propósito de la niña que no te quiere, ¿cómo anda ese mal chapú?

—No me hables de eso, que estoy desesperaíto y con la sangre como la tinta china. ¿Cómo quieres tú que ande? Pa atrás como los cangrejos, y sobre tó, lo que te dije el otro día, que desde hace tres semanas no hay Dios que la aguante, y pa que salga de paseo sa menester una novena, y hay que arrimarse á ella con coraza; yo no sé que bicho le habrá picao, pero alguno le ha picao ¡vaya! y eso no hay nadie que me lo quite á mí de la cabeza; á ella le ha picao una tarántula en mal sitio y por eso le huele mal el aliento.

—Hombre, eso del aliento puée ser también porque tenga el estómago sucio.

—Déjate de bromas, que me tiene á mí ya esa mujer más loco que un cencerro, y ná, no hay nadie que la saque de ese encerraero en que se ha metío; que no me quiere más que como á un buen amigo y de ahí no sale manque la emplumen.

—Buenos días, Paco, y qué mala mañana has tenío, hombre—gritóle á éste en aquel

instante Manuel el *Paviota*, al sacudir en la puerta de su barbería, situada enfrente del corralón, un paño llenito de mechones de pelo.

—Mú buenos días—repúsole el de las *Campanillas* y mirando, sonriéndose, al *Cuchufleta*, añadió:

—Tiene usted razón, maestro, pero mu mala mañanita.

—Vaya, abuelete, si la envidia fuera tiña... exclamó el *Cuchufletas* con acento irónico.

—Y qué, tú, Paco, ¿no te arreglas hoy el perfil?

—En cuantito venga la que me echó al mundo, digo, si Pepe me lo permite.

—Pos que te lo permita, porque tengo que decirte una cosa que no te va á saber á caramelos de los Alpes.

—Vamos, *Paviota*, que tengo priesa, que me están aguardando en la esquina dos chatos de Jubrique y uno de Faraján, y yo soy mu formal pa mis citas—exclamó en aquel momento con voz ronca el parroquiano, de quien eran sin duda los mechones de pelo arrojados á la calle.

—Dile á ese caballero, que las pastillas de goma son mu buenas pa que se aclare la voz.

—¿Y qué cosa es esa que tiée usté que decirme?—preguntole al barbero, el de las *Campanillas*.

—Aluego te la diré, porque si el *Urdiales* se impacienta, que ya se está impacientando, y se abronca, que ya se está abroncando, me va á lisiar de un *torti* en mala parte, sin respeto á la ancianidá.

—De un *torti* no, pero sí de un dentellá en un pómulo, si no se deja usté pronto de palique con esos dos pelmazos.

—Tan barato como están los bozales y tan requetebién como le sentaría á ese perro callejero.

—A ver si salgo yo, *Cuchufleta*, y como yo salga, te va á salir á tí en el cutis un colorín colorao—gritole á este el *Urdiales*.

Y el *Paviota*, por evitarle, sin duda, á Pepe aquel colorín colorao, entrose en su establecimiento, en tanto que Paco y Pepe, esperaban de bruces en el balcón el regreso de la señá Rosario, que apareció á poco

por un extremo de la calle, ajustando mentalmente y por centésima vez la cuenta de la compra que llevaba oculta bajo el gran mantón de lana, con que su hijo había abroquelado, contra los rigores del iniciado invierno.



CAPITULO III

La barbería del *Paviota* era la preferida por todos los prohombres del barrio para sufrir las debidas amputaciones de sus bienes capilares, y además punto de reunión de algunos decanos del matonismo, donde solían estos y aquellos, darle jaque al hastío charlando de toros y guapezas, recordando sus hazañas escritas en papel sellado todas ó casi todas, ó comentando los más recientes sucesos de esta nuestra queridísima tierra.

El establecimiento de *Paviota* era un casi zaquizamí, decorado con cuatro macizos tableros de caoba empotrados en la pared, y cubiertos con útiles del oficio, cuatro sillones por los cuales debían haber desfilado las

asentaderas de algunas generaciones, y otros tantos espejos que lucían algo así como las huellas de una tremenda erupción en las ya casi desazogadas lunas. Además, como complemento del decorado, veíanse allí una banqueta forrada de yute amarillo sin duda en sus remotas mocedades, y que dejaba asomar el entripado por los ángulos; varios taburetes, una roja cortina que cubría la entrada del establecimiento, un pequeño estante de nogal y varios anuncios de taurómacas fiestas en las recientemente blanqueadas paredes.

Cuando el *Cuchufleta* y el de las *Campañillas* penetraron en la barbería, acababa el *Paviota* de arreglar el pelo al *Cantudo*, un gitano de los auténticos, de los de marsellés de astrakán con caprichosos sobrepuestos de paño negro; ceñidor encarnado que le cubría desde el sobaco casi hasta casi la ingle; pantalón de campana, zapatos de baqueta y blanco *pavero* que hacía resaltar brioso en líneas y brioso en colorido, su rostro atizonado de clásico perfil, de ojos de antílope que fulgían poderosos y lucientes bajo las cerra-

das y negrísimas cejas; de grandes y rizosas patillas, de labios enormes y blanquísima dentadura.

—Adiós, *Cantudo*—dijo el *Cuchufleta* con acento jovial, colocándole á aquel una mano en un hombro.

—Hola, mocito *barí*, ¡y cuánto tiempo jace ya que no le das un rato de gusto á los *sacais* de mi cara! ¿Aónde te metes que ni el calabrote se te ve tan siquiera?

—Pos yo no sé como seá eso, porque lo que es este avichucho está como Dios y la sarna, en toas partes—dijo el *Paviota*, al par que después de haberle dado una vuelta al almohadón, invitaba con los ojos y el ademán á que tomara asiento al de las *Campañillas*.

—Yo estoy aonde me sale de la faltriquera estar—exclamó Pepe fingiéndose enojado,—¿te enteras tú? aonde me sale de la faltriquera estar, y el día menos pensao le voy á dar yo un crugío á un barbero, que va á sonar en el *Morlaco*.

—¡Jesús, María y José!—dijo el *Paviota* simulando un estruendoso estornudo.

—Ves tú, ya te costipaste; si te tengo dicho que te hace daño el relente.

—Vamos, caballeros; tú, Manuel, no estornudes más y tú, Pepe, déjate de hacer ruió en el *Morlaco*.

—Basta, lo ha dicho un hombre á quien yo respeto y venero, y basta.

—Eso está mu requetebién platicao—dijo el *Cantudo* dirigiéndose al último—con que déjate de perdiciones y vente conmigo, que vamos á ver si le encontramos la canilla á un barril de un *peñascaró*, que es un bálsamo, que acaban de llevarle á Pepín el *Caracolo*.

Y cuando se hubieron quedado á solas Paco y el *Paviota*, mientras éste le enjabonaba la cara, le preguntó el primero:

—¿Y qué es lo que usted tiene que decirme que tanto va á rejelearme?

—Pos verás tú; lo que yo quería y quiero contarte y que yo creo que te va á rejelear, es una conversación que yo he escuchao, á pesar de que los *gachones* hablaban como si estuvieran confesándose, entre el *Pipirigaña* y Corrito el *Cantimplora*.

—Pos lo que es el *Pipirigaña*, hablaría de

mí el delirio, porque ese *gachó* está haciendo la mar de méritos porque yo le dé otra puñalá en el otro carrillo y me parece á mí que se va á salir con la suya. ¿Y qué fué lo que habló ese pendón de mi persona?

—Hombre, que á tí no se te vaya á escapar ná, porque si se te escapa voy á tener que irme, lo menos, á afeitar á los del repeso en Albacete.

—No tenga usted cuidao, ya sabe usted que yo soy un pozo; con que dígame usted qué fué lo que hablaron de mí ese par de pajaritas de las nieves.

—Pos de tí propiamente no hablaron; la verdá en su lugar, ni tan siquiera llegaron á mentarte por tu nombre de pila; pero el *Pipirigaña* te tiró por recodo. Tú ya sabes quién es el *Cantimplora*.

—Lo he oído mentar mucho y lo conozco de vista; dicen que es un hombre.

—Sí que lo es; pero á mí no me entra el *gachó*, tiée más orgullo y más fantesía que nadie, y tó ¿por qué? pus porque se ha venío de la Argentina con un duro con un pelo; pero, en fin, un macho parece que lo es; ya

ves tú si lo será, que á la primera de cambio ha metío en un puño al *Clavicordio* y al *Chavico*, y al *Talconete* y al *Niño de la Pirindola*.

—To eso ya me lo sé yo; lo que yo quiero saber es lo que hablaron de mí, manque fuera por recodo, ese par de tórtolas.

—Pos de tí ná, arsolutamente ná; pero si no hablaron de tí, hablaron de Trini la *Goletera*.

Y al nombrar á Trini apartó Manuel prudentemente la navaja del rostro de Paco, como si presintiera el repullo que éste iba á dar al oír el nombre de la mujer querida.

—¿Y qué fué lo que hablaron de Trini?— preguntó el de las *Campanillas*, no hiriéndose merced á la precaución del *Paviota*.

—No te soliviantes, hombre, no te soliviantes, que no es pa tanto.

—¿Pero qué fué lo que dijeron de Trini?

—Pos verás tú; como el *Pipirigaña* te tiée *chingares* de muerte desde que por mo de tí le tuvieron que echar un respunte en un carrillo, y como él sabe, como sabemos tós, que tú estás más loco que una cabra por esa

mujer, y que esa mujer si te tiene voluntá te la tiene de buena manera; pos el hombre le ha caldeao con las de Caín la sangre al *Cantimplora* pa que te haga una estorsión de camino que se dá tó el gusto posible, porque según yo pude *pesquibar* al *Cantimplora* le gusta tu *gachí*, lo cual no tiée na de extraño; y na, hombre, na, que según yo pude comprender, el *gachó* está decidío á *tirarle el serote* á tu divina pastora.

—¿Pero qué fué lo que le dijo el *Pipirigaña*?

—Pos el *Pipirigaña* le dijo estas propias palabras: Esa *gachí* es el delirio de los delirios, porque además de ser más bonita que un relicario, está más blanca que la nieve, y además de estar más blanca que la nieve, está abrigaíta, y además de estar abrigaíta, el que la gane se pone tres coronas y la mar de condecoraciones, porque esa *gachí* no ha querío ni quiere á nadie, pero á nadie, ¿te enteras, tú? á nadie, pero también sá mester que tengas mú en cuenta que ese rosal, como toítos los rosales del mundo, tiée sus espinas—¿Y qué espinas tiée ese rosal?—

Le preguntó el *Cantimplora*? —Y le contestó el *Pipirigaña*: Pos ese rosal tiée, que le ha gustao mucho jugar con los hombres de más médula á tos los juegos permitíos, y además, que desde hace algunos meses tiée á la vera un mastín cortijero de los que muerden sin ladrar, y manque, según dicen, ella no lo quiere más que como se estima á un amigo, lo cierto es que el guarda no deja la linde, y es guarda de mucho, pero de muchísimo cuidao.

Esto ó una cosa mu parecía fué lo que le dijo al *Cantimplora* el *Pipirigaña*, y, naturalmente, el *Cantimplora* le preguntó que cuál era el nombre que tenía el guarda del coto, y el otro charrán le contestó que era el mejor tocaor de carceleras y tangos y seguirillas gitanas que hay desde el ventorrillo de *Domingo* á los montes Pirineos, y al *Cantimplora* se le puso de pie la vaniá y dijo que perdía el nombre si á la larga ó á la corta no se llevaba en el pico la palomita más reblanca de toítos los palomares de la *Goleta*.

Paco estaba lívido, nervioso, con la mira.

da sombría, y sombrío y nervioso y lívido murmuró sordamente al salir, al par que estrechaba la mano al *Paviota*:

—Muchas gracias, Manuel; muchas gracias por la noticia, y ya veremos quién es el guapo que se lleva en el pico la palomita más blanca de toítos los palomares.



CAPITULO IV

Con razón pasaba Trini la *Goletera* por ser la hembra más bonita y de mejor empaque del barrio de la *Goleta*, y es fama que no había hombre que no se mordiera los labios y no tornara los ojos al cielo con la más pecaminosa de las expresiones, al ver su rostro oval, su cabello rizo, rubio con reflejos de llamas, peinado siempre con graciosa coquetería, disimulando con sus rizos la algo grande curvatura de la espaciosa frente; sus ojos melados, dulces y luminosos; su boca, algo rasgada, pero fresca, fragante y purpurina que dejaba ver, al sonreír, sus dientes iguales, nítidos y pequeños; su tez, blanca, mate y sin transparencias; sus orejas, casi invi-

sibles; sus mejillas algo descarnadas; su garganta mórbida y tornátil; su seno de suave ondulación; su cuerpo, si bien algo reducido, como cincelado; sus microscópicos pies, primorosamente calzados siempre y toda ella, en fin, llena de gallardías y gentilezas y de ese algo divino que los de por acá sintetizamos con las palabras de angel y *aquel* y graciosísimo garabato.

Trini, en el momento histórico en que la sacamos á relucir, había salido de la segunda década de su vida y cinco ó seis años hacía que traía á mal traer á los mozos de más *tronío* del barrio, sin que ninguno pudiera jactarse de haber pasado en su corazón de los mismísimos umbrales.

Seis meses antes del día en que hemos dado comienzo á esta verídica narración, engrosó Paco el de las *Campanillas* el pelotón de los torpes, que así designaban los chuscos el grupo de los enamorados de Trini; pero debemos advertir que la diosa *Chiripa* hubo de tomar cartas en aquella ocasión en beneficio del guitarrista, haciendo que Trini y su madre se mudaran, en las habitaciones

colindantes en el corralón de *Santa Isabel*, á las habitadas por Paco.

Este, al asomarse una tarde al balcón, en mangas de camisa, el cigarro en la boca y canturreando uno de los cantos populares que tan á maravilla sabía acompañar, topóse con que en el balcón de al lado Trini lucía su gallardísimo busto; sobre los curvos hombros un pañuelo de crespón azul; tocado de flores el rizoso pelo airosamente peinado; fresca, juvenil, sonriente, mirando á hurtadillas á Pepe el de *Carmona*, un chaval de graciosa apostura que desde un portal inmediato la miraba como si quisiera comérsela toda entera, y de una vez, con la adormecida pupila.

—Buenas tardes,—dijo Paco sorprendido y

—Buenas tardes,—le repuso aquélla con tal timbre de voz, que á Paco no le dió un síncope por misericordia divina.

—¡Josús, madre, Josús, qué mujer!—exclamó éste penetrando en su sala y dirigiéndose á la señá Rosario que mirándolo por encima de las gafas, á que tenía que recurrir para la costura, le preguntó:

—¿Qué mujer?

—¡La Madre de los Pastores, *chavó*, que mujer más bonita!

—Pero, ¿quién es? arrastrao, ¿qué Madre de los Pastores es esa?

—Yo que sé quién es; en el balcón de la vera está, asómese usted, madre, asómese usted y verá usted cosa rica.

—Ya supongo quién es; será la que se ha mudao ayer; Trini la *Goletera*. ¿No la conocías tú?

—Ahora recuerdo que algunas veces me la he trompezao por ahí, pero yo no creía que fuese tan regraciosa; pero si es más bonita que el sol, madre, si es más bonita que el sol.

—Pos échate la galga, hijo mío, que esa mujer está esperando que el rey sea mayor de edá pa casarse con él, y no estaría bien que tú le quisieras llevar el pulso al rey chiquito de España.

Paco desde aquel día empezó á parar en la casa más de lo acostumbrado por él hasta entonces, á pasarse las horas retrepado en una silla en el balcón, con la cabeza torcida

siempre hacia Poniente, á rabiarse por echar un palique con la vecina, á toparse con ésta y siempre por casualidad, según el decía, en todos los sitios que aquella frecuentaba, á tocar la guitarra en su habitación, como si fuese á ganar una apuesta cuando ella podía oírlo, á dar vuelcos y más vuelcos en la cama antes de dormirse, y suspiros al aire como un medio asfixiado al recobrar los sentidos, á encontrar todas sus prendas de vestir fuera de uso, y á pensar que el paraíso que perdieron nuestros primeros padres por causa de la pícara serpiente, podría él encontrarlo en cualquier piso que no rentara mucho y en compañía no sólo ya de su madre, sino de Trini la *Goletera*.

Esta, no obstante sus miras cerca del representante de nuestra gloriosísima monarquía — según la señá Rosario — sintióse halagada como siempre y como con todos le ocurría, por aquella muda adoración, y recurriendo al poderosísimo arsenal de sus habilidades, pronto dijo mentalmente una noche, al oír á Paco pedirle una flor, como pide la vida un dichoso moribundo.

—Vaya, ¡otro palomo á la bandola! —y después añadió en alta voz dirigiéndose al de las *Campanillas*:

—Yo á mis amigos no me gusta darle flores de olor, porque producen dolores de cabeza; ¡si fueran flores cordiales!...

Pocos días después, cuando ya la actitud de Trini, empezaba á sacar de quicio al guitarrista, cayó en cama la madre de aquella; el médico al reconocerla frunció la frente; aquello era una pulmonía con todas las de la ley; la pobre mujer se ahogaba, parecía un fuelle, metía miedo. Trini quiso saber la verdad del estado de la señá Dolores, y llamó aparte al médico, pero Paco que estaba presente, impidió con un guiño el trabucazo del doctor, el cual guiñándole á su vez al guitarrista, díjole á la muchacha:

—No es caso desesperado, ni mucho menos, pero se necesita tener muchísimo cuidado con la enferma.

Desde aquel día Paco y su madre, juntos con Trini y Lola la de los *Claveles*, una prima de ésta, se dividieron el cuidado de la paciente. Paco fué el héroe de la jornada: Paco por

aquí, Paco por allí; Paco á la botica; Paco á casa del médico; Paco en busca de las hojas de plátano para los cáusticos, y Paco hacíalo todo, como si la enferma fuese un ala de su corazón, y Paco no salía ni de día ni de noche de las habitaciones de Trini si no era necesario para el mejor servicio de la enferma, más que para fumar algún que otro cigarro, paseándose por los corredores.

Durante los seis ó siete días que duró la gravedad de la anciana, mientras ésta seguía en la alcoba dando resoplidos de cetáceo, y Trini á su cabecera velándola con el alma en un hilo, y Lola y la señá Rosario, rendidas de la brega, dormitaban en un rincón, Paco, con los ojos como tazas, á la meláncolica luz de una mariposa que ardía delante de la Virgen, contemplaba venciendo las penumbras de la alcoba, como si su naciente pasión diérale facultades de albino, la entonces pálida hermosura de Trini, despeinada y triste, y llena de hondísimas preocupaciones.

Paco, durante aquellos seis ó siete días de sustos, de inquietudes y de carreras en pelo

á la botica, había ido nutriendo de modo inconsciente, empujado por las circunstancias, aquel ardoroso ímpetu, aquel rápido florecer de una pasión, y cada vez que Trini correspondía á su solicitud y á su desvelo, con una mirada amante ó con una frase cariñosa, hubiera querido que todos los seres amados por aquella mujer hubieran caído, uno por uno, todos con pulmonía fulminante, al objeto de poder él asistirlos, y poder ganarse de aquel modo más frases cariñosas y más amantes miradas.

Una de aquellas noches, el estado de la señá Dolores tenía sobresaltada á Trini; la enferma era víctima de un gran decaimiento; sus ojos parecían brillar sin expresión en el fondo de dos cavernas; su lívida tez abrasaba; los accesos de tos se sucedían con amenazadora rapidez; á Trini se le paró en el pensamiento un pajarraco de negras alas; le pareció presentir una catástrofe; creyóse que se le iba su madre, que se le moría sin que nadie pudiera evitarlo, que se iba á quedar sola en el mundo, más sola que un hongo, sin nadie que la consolara, sin nadie

que compartiese sus penas, y pensando en cosas tan tristes, divisó allá en el fondo de la sala, iluminados por la luz de la mariposa, los ojos del guitarrista clavados en ella como dos intensísimas caricias de luz.

Aquel hombre empezaba á quererla con desesperado ahínco, ella lo estaba viendo, pero ella no podía amar á ningún hombre, mejor dicho, no debía amarlo, y como no podía ni debía amarlo, el de su madre era el único pecho donde le era dado llorar ó reir, y aquel único pecho íbasele á helar para siempre; sí, para siempre; porque su madre se le moría, ¡vaya si se le moría!

Y sintiendo Trini que el sollozo le subía irresistible á la garganta, se incorporó, y atravesando rápidamente la sala, salió á los corredores, y ya allí, en el sitio más distante de su habitación, á la luz de la luna, dejó correr sus lágrimas y brotar su queja, murmurando con voz entrecortada y llena de intensa ternura y de inmensísima pena:

—¡Ay, madre; ay, madre de mi alma, y qué solita que me vas á dejar en el mundo!

Paco al verla salir había adivinado lo que

le ocurría, y al sentir llegar hasta él, aunque desvanecido por la distancia, el ahogado sollozo, lanzóse también rápido á los corredores, llegó frente á Trini, quedósele mirando de hito en hito, con delirante ternura, subyugado por su dolor y por su belleza, y tembló, tembló sin osar ni poder proferir una sola frase, pero con tan dulcísima elocuencia hablaron sus ojos, tantas cosas nobles y ardientes y consoladoras dijeron sin duda á la mujer amada, que ésta, conmovida, exclamó con voz de, para Paco, desconocidas cadencias:

—Gracias, muchas gracias; muchísimas gracias por la voluntá que me tiene.



CAPÍTULO V

Por fin la ciencia y la relativa juventud de la señá Dolores consiguieron poner en completísima derrota la peligrosa dolencia, y un mes después de haberse despedido el médico, podía verse á todos los actores del capítulo anterior, y á más de estos, al novio de la de los *Claveles*, Pedro Cárdenas, conocido por el *Pipirigaña*, reunidos en el arroyo *Toque-ro*, bajo las frondosísimas ramas de un algarrobo.

El día y el sitio elegido no hubiera dejado nada por desear al más exigente; el día éra uno del mes de Marzo en que la maravillosa limpidez de la atmósfera dejaba ver un cielo tan intensamente azul que hería la retina.

El lugar elegido para celebrar dignamente el completo restablecimiento de la madre de Trini, era la cumbre de una colina en que la Naturaleza ha edificado algo muy parecido á una torre feudal de muros ruinosos y desmoronadas almenas, desde donde se divisa un á modo de anfiteatro de montañas salpicadas de olivares; y parte del *Limonar*, con sus hoteles de caprichosa arquitectura, como arropados por árboles de todas las latitudes; hoteles edificados, los menos con el producto de una vida de trabajos y sacrificios y los más con las rentas, con las crecidas rentas, con las maravillosas rentas del matute realizado en la mayor impunidad por manos hoy siempre enguantadas, tal vez por no lucir antiquísimas suciedades. También divisábase desde el sitio excogitado el mar que moría mansamente en la arena festoneada de nítidas espumas, cuyo líquido cristal surcaban un vapor que se alejaba con rumbo á Levante y algunos barquichuelos de pesca que navegaban dando graciosamente al viento sus blancas y latinas velas.

El gozo se retrataba en casi todos los sem-

blantes de los allí reunidos y decimos casi todos porque Paco el de las *Campanillas* no se sentía muy dichoso al parecer; además de su carácter que más frecuentemente poníale al habla con la sonrisa que con la risa, hervíale en el fondo del alma una intensísima amargura; Trini había llegado á ser su obsesión, su vértigo, la cumbre suprema y única de sus aspiraciones; Trini llenaba todas sus horas y todos sus pensamientos, no había en todo él un solo átomo que no vibrara de pasión por ella; todo lo veía como al través de Trini; sin ella para él el sol no hubiera sido sol, ni mundo el mundo y Trini correspondía á su pasión con un afecto casi fraternal, con un indiferentismo lleno de indulgencias y de amables tolerancias; Trini, según él, presenciaba el incendio sin acercarse á la llama; jugueteaba con el torrente sin que le salpicaran las espumas.

Paco, no tenía del todo razón; á Trini gustábale la apostura viril y gallarda, los aterciopelados ojos y el carácter melancólico y pasional del guitarrista; sentíase á veces como conmovida por sus ansias y sus triste-

zas; su acento amante y quereloso llegábale á veces con extraño ritmo al corazón, despertando en él insólitas inquietudes y vago al-borear de algo desconocido para ella; la señá Dolores, al mudarse del corralón de *Santa Isabel*, al que le había tomado ojeriza desde su pícara enfermedad, le había proporcionado casi un disgusto; cuando Paco tardaba en ir á su casa, un vago malestar la invadía toda; ya no le iba siendo grato aumentar el número de sus víctimas y las gentes empezaban á ocuparse de su extraño retraimiento, no obstante lo cual, encogíase ella de hombros sin meterse en apreciar ni en analizar aquellos, para otra cualquiera, síntomas amenazadores.

La primera vez que le habló de amor el de las *Campanillas*, le dijo éste con acento que recorrió toda la gama del cariño:

—Mire usted, Trini, yo no puedo pasar más tiempo sin contarle á usted lo que me pasa, porque si callo, aunque no sea más que un día más, me muero de repente; yo no puedo, ni debo, ni quiero seguir viviendo de esta manera; yo desde que la ví á usted aquella tarde en el balcón, la tengo á usted mor-

diéndome en el pecho y en las entrañas y en el pensamiento, achicharrándome la sangre y bebiéndosela y volviéndome loco y quitándome la vida, y el día que este querer rompa la camisa de fuerza que le tiene puesta mi voluntá, ese día, Trini, me ato una piedra al cuello y me tiro á la mar de cabeza, desde la escollera del Este.

—Eso es, de cabeza y con lo húmeda que estará el agua—le repuso Trini sonriéndole irónica y cariñosamente.

—Es que yo he hecho ya la mar de prodigios—pírosiguió diciéndole Paco con reconcentrado acento; es que yo he hecho ya la mar de prodigios por tirar este querer á la calle, manque al tirarlo se hubieran dío pa siempre con él toas mis alegrías y toas las rosas de mis jardines y yo he hecho tos esos prodigios sin poder conseguir lo que me proponía, porque yo sé que usté no me quiere más que de buena manera, como si yo fuera su hermano ó su mejor amigo ó el tiro que me peguen entre ceja y ceja por desgraciafto que soy.

—¿Y pa qué ese tiro? ¿pa qué? pa darme

á mi un disgusto mu grande, sí, mu grande porque yo le quiero á usté; yo y mi madre lo estimamos á usté como á cosita propia, más de lo que usté se figura.

—Pero si es que yo no quiero que me estime usté; si eso es matarme; si yo prefiero que usté me aborrezca de muerte, que ca vez que me trompiece por ahí cierre los ojos pa no mirarme siquiera; si yo quiero mejor que ca vez que oiga usté mentarme, na más que mentarme, le den calambres de rabia.

—Pos lo siento mucho, pero no lo puedo complacer en eso de los calambres, porque yo á usté lo estimo de verdá, però de verdá, aunque usté no quiera que lo estime.

—Pos entonces no me quea más recurso que no verla á usté más, á ver si me curo ó si me muero de la pena ó del tifus que me dé, porque á mí me da el tifus, ¡vaya si me dá el tifus!

—Pos eso tampoco lo quiero yo, Paco; yo quiero verlo á usté un día sí y otro no y el de enmedio, y sin calenturas tifoideas; eso es lo que yo quiero.

—No, Trini; no, y no; porque un día cua-

lesquiera puede gustarle á usted otro hombre, y ese día, Trini, me ponen unos grilletes ó me ponen una mortaja.

Y al decir aquello de tal modo, con tan siniestras fulguraciones, habíanle resplandecido los ojos al de las *Campanillas*, que Trini sintió, mirándolo, que un calofrío recorría su cuerpo.

Y de aquel modo, entre aquel tira y afloja, unas veces más resignado y otras revolviéndose iracundo contra su impotencia, había llegado Paco al momento en que lo presentamos sobre una colina del arroyo *Toquero*, colina en que la Naturaleza ha edificado algo muy parecido á una torre feudal de muros ruinosos y desmoronadas almenas.



CAPITULO VI

La señá Dolores, después de haber visto las orejas á la muerte, sentíase ebria de júbilo; desde su entrada en la convalecencia saboreaba como en una nueva juventud los encantos de la vida; no se saciaba de respirar á pleno pulmón, como si pretendiera almacenar oxígeno por si alguna vez le jugaba alguna nueva partida serrana la contraria fortuna.

Trini estaba radiante de júbilo y belleza; su alegre trinar de pájaro en primavera no dejaba de resonar un punto en frases, ora graciosamente irónicas, ora chispeantes y acariciadoras, al par que iba de acá para allá y viceversa, gentil y bullanguera, ondulando

la elástica cintura, vestida con falda de lana gris, chaquetilla azul con adornos de terciopelo, ancho cinturón de avalorios con vistoso broche de plata, primorosos zapatos que dejaban ver la media de seda oscura; deliciosamente recogido el pelo en elegante y altísimo coco adornado de flores y relucientes agujetas; fresca, juvenil, fragante, airosa, llena de vitalidad y de gozo.

También, como ya hemos dicho en el capítulo anterior, estaba allí Lola la de los *Claveles* luciendo su típica hermosura, sus ojos enormes graves y melancólicos; su gran mata de pelo negro como la endrina y brillante como el raso; sus facciones de mediana corrección, su boca pequeña de labios rojos y nívea dentadura; su seno arrogante, sobre el que se atersaba el encarnado pañolón de mallas; su cuello redondo, aprisionado por ancha cinta de felpa, y sus formas robustas, aunque un tanto faltas de suavidades y elegancias, lo cual no se le antojaba así sin duda al Cárdenas, un hastialón como un castillo, de rostro vulgar y rudos ademanes, que no apartaba de aquélla un punto la codiciosa vista.

Al llegar al sitio elegido, cada cual había ido depositando al pie del corpulento algarrobo aquello de que era portador: las viandas, la enorme cazuela, la mugrienta y repletísima bota, la indispensable guitarra de Paco y todo lo necesario, en fin, para no echar nada de menos en la agradable fiesta.

Como el paseo había abierto el apetito á todo bicho viviente, apenas hubieron reposado breves instantes los expedicionarios, dedicáronse Pedro y el de las *Campanillas* á oficiar de arquitectos improvisando un fogón y á reunir después la leña suficiente, no ya para condimentar un almuerzo, sino para hacer entrar en calor al mismísimo Polo Norte.

En tanto nuestros dos mozos, con los ojos enrojecidos y arrasados en lágrimas á causa del humo, se despulmonaban soplando en la menos airosa de las actitudes por avivar el fuego sagrado en aquellos instantes para cualquiera de aquellos hambrientos; las dos viejas entreteníanse en desplumar una gallina vilmente asesinada, y Trini y la de los *Claveles*, que habíanse puesto á prevención

sendos y blancos delantales, preparaban todo lo conveniente para que el arroz á la valenciana las acreditase una vez más como insustituíbles cocineras.

Dos horas después, no sólo había sido exquisitamente condimentado el arroz, sino que había totalmente desaparecido, y la bota, antes tan tersa y oronda, presentaba alarmantes síntomas de un casi irremediable decaimiento.

Trini, que como todos habíase puesto con ella al habla más de lo que la moderación ordena, tenía el rostro como una amapola y le brillaban como soles los melados ojos, que no se apartaban casi un punto de los de Paco, que eran, en aquellos momentos históricos, dos verdaderos atentados al pudor.

El *Pipirigaña*, que para todo era igual, había bebido como tierra de secano en canículas, y tan estúpida expresión tenía su rostro, que la de los *Claveles*, disgustada de aquel golpe de vista que presentaba su no muy adorado tormento, por aquello sin duda de que los ojos son niños, dirigía los suyos con demasiada frecuencia hacia el guitarrista, que

parecía no enterarse de aquel incipiente fogueo, no pasándole lo mismo á Trini, que empezó á sentirse un poquitito molesta, ni al *Pi-
pirigaña*, que no obstante la embriaguez que lo invadía todo, en uno de los viajes oculares de Lola, dijo á ésta espurreando palabras y saliva todo junto:

—¿Será menester que yo te compre unas gafas con los cristales de aumento, ó que le ponga á Paco en el perfil un foco eléctrico ó una iluminación á la veneciana?

Al oír aquello Trini, repiqueteó los dedos de gusto y exclamó con acento irónico mirando de reojo á su prima y de frente á Pedro:

—Vamos, hijo, cálese usted ya; pos no faltaba otra cosa que no pudiéramos mirar lo que nos salga del contrafuerte; si Lola mira lo que quiere mirar, pa eso le ha dado Dios por ojos dos estrellitas polares.

—¿Y á quién estaba yo mirando con mis dos estrellitas polares, si se puede saber? Porque lo que es yo no me he enterao—dijo Lola con turbado acento.

—Ni yo hija, ni yo me he enterao tampo-

co; pero si eso te interesa, que te lo diga tu Pedro, si es que se lo permite el *Solera*,—repuso Trini con voz y actitud, más que indiferentes, desdeñosa.

—Vaya si yo se lo digo, y se lo repito si ella me lo pregunta, pero mejor será que yo se lo cuente después al de los bordones pa que otra vez antes de volver á mirar lo mío, se lave con agua bórica los lagrimales.

Y al decir esto retaba Pedro con los ojos al de las *Campanillas*.

—Vamos, menos música y más guitarra, y á cantar y á tirar ya la bota al arroyo—gritó la señá Dolores, mientras á la señá Rosario le amarilleaba la cara del susto.

Paco parecía no haberse querido enterar de aquello, pero sin duda se había enterado á juzgar por el brillo siniestro de sus ojos, y por los tonos violáceos de su tez, no obstante lo cual, mudo y al parecer impasible, sin mirar ni por casualidad á su provocador, cogió la guitarra y pronto empezó á puntear en ella uno de los tangos más populares, corroborando en aquella ocasión, una vez más, su fama de primer mantenedor del género.

—¿Vamos á ver quién es el que canta primero?—preguntó la seña Dolores, mientras la seña Rosario, ya casi tranquilizada por el silencio y la pasiva actitud de Paco, contemplaba, soltando orgullo por todos sus poros, la gallarda figura de éste, que airosamente sentado sobre una saliente de una roca, con el sombrero inclinado sobre la sien derecha y ligeramente encorvado el busto, no osaba mirar ya más que furtivamente y como lleno de timidez á la mujer querida, la cual parecía más que alegre, mortificada por la muidez y el aparente indiferentismo del de las *Campanillas* ante las provocaciones del *Pipirigaña*.

—¡Pos que cante la que mejor sepa hacerlo!—dijo Trini mirando con sorna á su prima, la cual le repuso con colérica brusquedad:

—Pos entonces á entornar los párpados, niña, y á entreabrir el pico, que ya estamos rabiando por oírte.

—Me parece á mí que eso no me lo dices tú de verdá, porque por algo asegura la gente que en eso del cante eres tú la reina arsoluta.

—Pos vaya, por eso del reinao arsolutu que me ha hecho retemuchísimo salero.

Y Lola, encorvando graciosamente el busto, poniendo en su cara la más picaresca expresión, entornando los hermosísimos ojos, y golpeándose con la diestra de un modo acompasado sobre una de las rodillas, cantó poderosa en facultades y original en estilo:

Si alguna vez, prenda mía,
por mó de celos,
riñes conmigo,
es que no tienes
quinqué, ni *pesqui*

y ya ná, entonces, quiero contigo.

Tú estás loco de remate
si piensas que no te quiero,
si tú tienes cataratas
vé y que te las cure el médico.

Las acordadas notas de la guitarra; la típica gracia de la cantadora; las dulcísimas modulaciones de su voz, llegaron á lo más hondo de los circunstantes, y Trini sin-

tióse como inundada por una vaga exaltación de ternura, y el *Pipirigaña*, aunque menos sensible al ritmo, no obstante, sintióse más embriagado que por el licor, por el deseo, y acercándose torpemente á la cantadora, díjole con acento suplicante, mientras el auditorio la aplaudía y jaleaba:

—Vamos, mujer, perdóname lo de las gafas, que ahora lo que te voy á mercar es un ruiñeñor pa que se muera de envidia oyéndote.

—Lo que yo quiero es que me dejes en paz, ¿sabes tú? y que te des un baño, y que otra vez, á mi vera, no bebas más que zarzaparrilla, que es mu buena pa los guasones de cuerpo entero.

Y con acento tan desabrido y expresión tan hosca hubo de decir aquello la de los *Claveles* á Pedro, que éste se alivió un tantico de la borrachera y le repuso, sin poder disimular su rabia:

—Mucho me parece á mí que te ha escosío lo de las gafas, y cuando tanto te ha escosío por algo será, y si es por algo, ya sabes tú lo que te he jurao muchas veces; que

hombre que te mire, lo cojo, lo muerdo, lo masco, lo escupo y después me enjuago la boca, ú no me la enjuago, ú hago lo que me dé la repotente gana y lo que el cuerpo me pía.

—Vamos, Pedro, vamos, menos enjuagues de boca y más serreta, y hazme el reverendo favor de callarte ya, y de echarte á dormir, y de no ser más guasón, que parece que á tí no te echó tu madre al mundo más que pa que metas la pata hasta la ingle en donde menos debes meterla.

—Es que Lola ha mirao más de lo debío á Paco, y yo soy yo, y á mí ningún hombre me saca punta y me saca filo y me pone en un disparaero sin que yo le pague la faena, porque á mí nadie me trabaja de balde.

—Vamos á callar, y tú, Lola, hazme el orsequio, el santísimo favor, de cerrar los ojos ó de metértelos en la faltriquera ó donde más gusto te dé, porque si no á ese caballero le va á dar un *sopitipando* y se le va á agriar el vino—exclamó Trini ya con voz iracunda.

El de las *Campanillas*, á todo esto, seguía

más sordo que una tapia y más ciego que *Curruco*, agotando su repertorio de falsetas y apretando y aflojando para volver á apretar el cordaje, sin decir oste ni moste, pero sin poder evitar que se le asomase á la cara, en tonos amarillos, en siniestros relampagueos y en violentísimas contracciones, la silenciosa tempestad que le rugía en el corazón y en las venas.

La señá Rosario y Lola, consiguieron, por fin, hacer callar á la gran bestia irritada; pero, como supondrán nuestros lectores, la fiesta habíase aguado y poco se tardó en levantar el campo y en tomar las de *Villadiego*.

Paco, silencioso y llenito de malas intenciones, después que hubo dejado á cada mochuelo en su olivo, dirigióse en busca del *Pipirigaña*, al que encontró cuando éste se dirigía á su vivienda, se cogió á su brazo con la mayor delicadeza, le dijo algunas misteriosas frases, que hicieron palidecer á Pedro, el cual tras algunos instantes de manifiesta incertidumbre, siguió, y en mala hora para él y en mala para el otro, á Paco

el de las *Campanillas* á donde éste tuvo á bien conducirlo.

Y hemos dicho en mala hora, porque al día siguiente de aquel en que hubo de aguar-se, tan sin ton ni son, la *juelga* con que se celebraba el restablecimiento de la señá Dolores en el arroyo *Toquero*, amaneció el de las *Campanillas* en la cárcel y amaneció Pedro en su cama, pero no como hubo de salir de ella la mañana anterior, sino condecorado con una tremenda puñalada en una de las atezadas mejillas.



CAPITULO VII

Paco recordaba como una pesadilla su entrada en la cárcel; no había podido cerrar los ojos durante toda la noche; era la vez primera que se encontraba en aquel inmundo vaciadero; sus recuerdos se confundían como en un fantástico remolino; su llegada con Pedro á *Guadalmédina*, la soledad del sitio, el silencio de la noche, el vago temor que le sobrecogió de pronto en el instante supremo; después la rápida y casi traicionera acometida del *Pipirigaña*, el resuello bronco y jadeante de éste, el brillo de sus ojos, después aquel á modo de vértigo de ciega valentía, de ímpetu loco y de destreza suma que al envolverlo le arrebató todo temor,

después el ahogado grito de ira y de dolor de su adversario al sentirse partido el rostro por la certera puñalada.

Recordaba también de un modo caótico la súbita presencia de algunos desconocidos con los semblantes entre airados y temerosos y de un sereno que, enfocándolo con la luz del farol, poníale la punta del chuzo al pecho. Veíase después camino de la cárcel escoltado por un grupo de curiosos, por el sereno que no se hubiera trocado seguramente en aquellos instantes por el vencedor de Pavía; por un guardia enclenque que, sable en mano, parecía dispuesto al asalto de una fortaleza, y por uno de la benemérita que, grave, pulcro y circunspecto, contemplaba con irónica conmisericordia á aquel belicoso representante de la autoridad que parecía querer realizar aquel rancio proverbio de «A moro muerto gran lanzada».

Su entrada en la cárcel causóle honda y angustiosa impresión; el centinela dormitando de pie en la penumbra de la garita; el edificio que nunca parecióle tan ruin, tan

sucio ni tan amenazador; la verja de madera de la portería, en la que la pintura desaparece bajo antiquísimas suciedades; el rechinar de los cerrojos; la cara estúpida del portero; el horrible hedor de pocilga de aquel ambiente envenenado, donde parecen flotar eternamente la imprecación, el rugido, el vocablo soez, las cláusulas del rencor y de la ira; la luz de cripta que iluminaba de un modo vago y somnoliento el vestíbulo, donde los cabos de vara mataban el ocio charlando de amores y crímenes y hombradas; la oficina del alcaide, donde el empleado de guardia departía con algunos presos de preferencia; el registro que tuvo que soportar, aquella cuadra mal oliente adonde fué conducido, donde roncaban y gruñían como cerdos algunos hombres sobre miserables petates, y todos los detalles en fin de su entrada en la prisión, vortijeábanle en el cerebro de un modo aterrador y fantástico.

Cuando la primera dudosa luz de la mañana siguiente llegó á él, su desesperación subió si cabe de punto; parecía que aquellos muros se unían para aplastarlo y sentía

una profunda repulsión hacia la chusma que discurría por el anchuroso patio, una multitud pintoresca y bullidora en la que el rapaz andrajoso y mugriento embelesábase ante el criminal envejecido que mataba el rato haciendo calcetas como cualquier respetabilísima anciana al calor del hogar y rodeada de su segunda prole; ó ante el matón de gallarda apostura, arrogante mirar y pulcra indumentaria; ó ante el tosco campesino ó ante cualquier otro de los diversos ejemplares que arrojan á diario en aquel á modo de pudridero el crimen, el vicio y la insensatez humana.

Paco era la primera vez—repetimos—que encontrábase en aquel bien vigilado redil de mansísimos corderos, donde pronto hubiera tenido que pegar fuego á la Santa Bárbara de sus energías para no pagar la novatada en infamante esclavitud, si no hubiera sido por la decidida protección del *Cuco de Benaque*, un valentón de alternativa, al cual había tenido el alto honor y la envidiable fortuna de conocer años atrás en una franchela.

El *Cuco*, á la primera provocación de la chusma al guitarrista, cogió con la mayor delicadeza posible por una solapa al más caracterizado de los provocadores, y le dijo con el más dulce acento del mundo:

—Mira tũ, *Carambola*, que este gachó tiée bula pontificia; conque á ver si lo dejamos tranquilo.

Y el veto del *Cuco de Benaque* fué más que suficiente para que chicos y menos chicos dejasen á Paco entregarse á sus poco gratas meditaciones.

La señá Rosario, que no había podido pegar un ojo, como es natural, durante toda aquella noche de lágrimas y desesperación, noche en que se le fué un año de existencia en cada suspiro, apenas Dios echó sus primeras claridades sobre la tierra, corrió desolada á la cárcel, acompañada de algunas vecinas que, apiadadas de su dolor, no la habían abandonado un solo momento, y cuando tras algunas eternas horas de espera pudo abrazar á su hijo, comiéndoselo á besos, tuvo por fin Paco que decirle descifiéndose dulcemente de sus bra-

zos y en tono que quiso hacer jovial y chancero:

—Pero, madre, por Dios; que no es pa tanto; que por tan poquilla cosa no le dan á nadie garrote.

Cuando la señá Rosario se hubo por fin tranquilizado algo, le preguntó su hijo:

—¿Y ha visto usté á Trini, madre; ha visto usté á Trini?

—No; no la he visto, ni la quiero ver; esa mujer va á ser tu perdición, tu ruina; maldita sea la hora en que se mudó á nuestra vera; maldita y retemaldita, sí; maldita y retemaldita.

—¿Y qué culpa tiée Trini de lo que ha pasao? Trini no tiée culpa de na; yo no podía comerme aquello que me dijo Pedro; aquello no se lo traga ningún hombre que tenga la vergüenza almidoná; usté no sabe los frenos automáticos que tuve yo que echarme por no darles á ustedes la esazón y me los eché porque los hombres no deben pintarla de botonadura delante de las hembras, pero yo no podía dejar aquello asin; pa dejarlo asin tenía que comerme antes la



negra honrilla, y á mí no me gusta comer las cosas que me dañan.

A poco de haberse ido la señá Rosario á prepararle á su hijo el almuerzo, pudo por fin hablar con el guitarrista el *Cuchufleta*, el cual llegó á su lado con el semblante todo hecho un puro fruncimiento:

—Pos dí tú que te has creído que vienes á mi funeral, ¡chavó y qué cara! Pos ni que me hubieran hecho ya la autosia—exclamó al verlo el de las *Campanillas*.

—Déjate tú de bromas, que pa bromas está el tiempo con la desazón que nos has dao á tos, y sobre tó al *Pipirigaña*, que ahora va á tener que dejarse la barba corría y le va á achicar las rentas al barbero.

—¿Y tú, cuando te enteraste y cómo te enteraste de la cosa?

—Pos anoche mismo me enteré; como que se armó el *jollín* en el barrio, y me fui á tu casa, y al ver á tu pobre vieja se me encogió el corazón y me he pasao la noche enterita mirándole el máuser y el tricornio al centinela; yo me la he pasao asín y él se la ha pasao pidiéndome el quién vive.

—Entonces no habrás visto á Trini.

—¡Vaya!

—¿Qué, la has visto?

—¡Vaya!

—¿Y qué?

—Pos ná, que la *gachí* está más pajiza que la bayeta y espeluzná, y sin haberse echao polvos en la cara tan siquiera; y mira tú que eso es más grande que el día del Señor; pos bien, sin echarse polvo en la cara y sin alisarse el pelo.

—¿Pero tú has hablao con ella? ¿Te ha encargao que me digas algo? ¿Le ha sentao mu mal la cosa?

—Pos preguntame tú algo de una vez, *chavó*, y no te cortes y que no te dé fatiga.

—¿Pero no ves tú que me estoy muriendo de ganas de saber de ella? ¿Pero no sabes tú que me parece que hace un siglo que no la veo? ¿Pero tú no sabes que si ella está enojá conmigo yo voy á pedir que me maten y que me hagan trizas y que me echen luego en salmuera?

—Vamos, hombre, vamos, no seas así;

menos trizas y menos salmuera; á la Trini le importa el Pedro lo que á mí la bitácora del *Alerta*; y yo, que he platicao esta mañana con esa mujer, yo que la he visto con mis propios ojos, con estos ojos que calan más que dos buzos, yo que tengo mucho mundo y muchísima experiencia, yo que conozco á toas las mujeres como si las hubiera parío, yo, Pepe Cantarrana y Clavijo, por mal nombre el *Cuchufleta*, nació en el *Perchel*, de cuarenta años, sin ocultaciones, no mal mozo, con buenas hechuras y dos ternos de lana dulce, yo te digo y te juro y te rejuro que Trini la *Goletera*, la más bonita y la más graciosa de toitas las mujeres, está enamorá hasta el tuétano del famoso Paco el de las *Campanillas*, el hombre que yo más quiero de tos los nacíos y por nacer y aquí está el que te lo dice pa lo que tu quieras mandar.

—No me digas eso, Pepe, ¡por los ojitos de tu cara! por lo que tú más quiera en el mundo; mira que oyéndote me ha nació en el corazón una vara de azucenas; mira Pepe, que de la alegría ya me está faltando el *jálito*

y se me está llenando de sol el alma; mira que si aluego me salen las contrarias no digo pío tan siquiera, y me muero de repente de una puñalá que me doy en la tablita del pecho.

—Pos lo que es por causa mía no tendrás tú que lastimarte los pectorales, porque lo que yo te digo es la fija, porque lo he visto yo, yo que lo he visto más claro que el *Solera* de *La Plata*; tú no sabes, camará, cómo me dijo á mí esa *gachí*, esta mañana temprano, lo que me dijo, que me lo dijo con los ojos llenos de relampaguzas y con un metal de voz... que vaya calor, hijo mío, y vaya cosas dulces y vaya canela fina.

—¿Pero qué fué lo que te dijo?

—Pos me dijo: «Vaya usté correndito á ver á Paco; vaya usté y véalo usté y dígame usté lo que usté quiera decirle y vuelva usté y cuéntenos usté como está y si necesita algo.» En fin, Paquillo, que por el *jabeque* que le has pintao tú en la fila al *Pipirigaña*, se te está asomando la buena fortuna vestía de color de rosa.

Y cuando una hora después, se hubo marchado el *Cuchufleta*, antojósele al de las *Campanillas* el patio de la cárcel el pórtico de la gloria, y la repugnante chusma, la nata y flor de los ángeles, de los arcángeles y de los serafines del cielo.



CAPITULO VIII

Lola la de los *Claveles* fué la primera en llevar á su prima la noticia del desaguisado cometido por Paco con el *Pipirigaña*.

Las diez de la noche acababan de sonar en la iglesia de la Aurora, y la señá Dolores, arrimada á la copa, parecía decidida á meterse poco á poco entre las ascuas que removía frecuentemente con la dorada paleta; arrebujaada en un mantoncillo, ya fuera de uso para la calle, mientras su hija entreteñase, á la luz de un quinqué, en orlar con una vuelta de madroños, un pañuelo de lánilla azul y blanco, que pretendía estrenar al día siguiente, cuando penetró en la sala como un taco la de los *Claveles*, jadean-

te, sudorosa y con el semblante contraído.

Al empujón, al brioso empujón, con que ésta hubo de abrir la bien entornada puerta de la sala, se incorporó la vieja, sorprendida, y exclamó Trini, suspendiendo la labor y mirando con el ceño fruncido á su parienta:

—Pos vaya una entrá, ¡ni la del francés, hija mía!

Lola, que habíase dejado caer medio asfixiada sobre una silla, le repuso con voz entrecortada:

—Dispensa... mujer... dispensa... pero como no me traje tarjeta... ¡velay tú! ¡por eso!

—Pero es que ocurre algo; ¿está tu madre mala?

—Deje usted que tome resuello, hija, deje usted que tome resuello.

Y tras algunos instantes, exclamó encarándose con la *Goletera*:

—¿Te has enterao de lo que ha ocurrío? ¿te has enterao? hija mía, ¿no te has enterao tú?

—¿De qué? ¿Qué pasa? ¿Es que anuncia algún temporal el *Zaragozano*?

—Yo no sé si anunciará eso ese caballe-

ro, pero lo que yo sé es que ha pasao una cosa con mu mal *arate*; una malita faena, pero mu malita faena, que se ha cargao un hombre que tú estimas mucho con otro que yo no estimo menos.

—¿Pero es que le ha ocurrió algo á Paco?
—le preguntó, incorporándose violentamente, la *Goletera*.

—No; no te alteres, que á Paco no le ha pasao ná, que á quien le ha pasao es á mi pobre Pedro, que á estas horas está con la cara hecha dos peazos, de una puñalá que le ha dao el de las *Campanillas*; ¡el mú charrán! por eso se calló como un muerto esta tarde; ya se ve, como que estaba rumiando esa charraná que ha hecho; sí, sí, una charraná, porque á un hombre no se le señala como á una mala mujer en el perfil; no señora, eso no se hace con ninguna persona decente.

—¿Pero y Paco, á Paco le ha pasao algo?
—le preguntó, interrumpiéndola bruscamente Trini.

—No, no te apures, hija, no te apures, ni te pongas amarilla, que á tu Paco no le ha pasao ná.

—¿Cómo mi Paco? ¿Qué es lo que estás tú diciendo?

—Pos lo que oyes, á tu Paco, ¡á tu Paco de tu alma! á mí no me vengas tú con papeles mojaos, si te creerás tú que tengo yo gota serena; ¡á tu Paco! ¡á tu Paco de tu corazón! Bueno está que quieras tú hacer comulgar con ruedas de molino á los que no te conocen; ¿pero á mí? ¿á mí? vaya mujer que se te quite á tí eso de la cabeza; á tu Paco, á quien mala puñalá le peguen en el sitio que yo disponga.

—¡Y pa qué tanta puñalá, mujer, pa qué tanta puñalá! con una miajita menos sería bastante.

—No, no tienes razón, Lola, no tienes ni chispa de razón—díjole la señá Dolores á su sobrina, interrumpiendo á Trini—y no tienes chispa de razón, porque Paco no es pa nosotros más que un amigo leal, eso sí, un amigo leal, de los que entran pocos en un puñao, un amigo á quien le tenemos, como tú sabes mu bien, que vivirle eternamente agradecías, por sus buenos comportamientos y sus buenos procederés.

—Mire usted, tía, echémosle á eso una cortina, que ya el tiempo le dará la razón á quien la tenga, y sobre tó, que á mí me tiene mu tranquila y mu requetranquila, que en ese sembrao llueva ó no llueva ó que caigan chuzos de punta, ¿está usted?, porque yo en ese entierro no llevo vela; que á mí lo que me duele y lo que me joroba es que por menos de ná, por unas indirertas sin fundamento y empapás en vino, haiga, ese mala sangre, señalao pa toa la vía á mi Pedro en la cara.

—Pos mira tú, yo también lo siento—le repuso con acento colérico la *Goletera*,—yo también lo siento y lo siento muchísimo; pero esas son las consecuencias de irse del seguro y de la campanilla sin ton ni son; y de ser caridelantero; si vamos á buscar las cabales, tú tienes la culpa de tó, porque si tú no te hubieras quedao aletargá, sí, aletargá, mirando á Paco, no se le hubiera revuelto al tuyo la bilis, y á estas horas no lo tendrías con el perfil desfigurao.

—Tú lo que tienes es la boca llena de alacranes y de tiros que te peguen; ¿sabes tú?

Pero más largo es el tiempo que la fortuna, y arrieritos semos, y donde las dan las toman; y yo te juro, Trini, por la salud de mi madre, que te vas á acordar de mí más, pero mucho más de lo que á tí te conviene.

Y con los hermosísimos ojos relampagueantes de ira, salió altiva, arrogante y pegando tiros de rabia, Lola la de los *Claveles*, de las habitaciones de sus parientas.

Cuando éstas se quedaron solas, exclamó la seña Dolores, encarándose con su hija, que cruzadas las piernas, un codo en la mesa, y la mejilla en la palma de la mano, permanecía inmóvil como una estatua:

— Pos oye tú, que lo que á tí te ha dicho tu prima, me parece á mí que no es ningún disparate, que me parece á mí también que tú te vas tomando demasiada calor por las cosas del de las *Campanillas*; que me va á mí pareciendo, que ese hombre, á la chita callando, como quien no hace la cosa, se te está metiendo en el reservao.

— No, madre, no, eso no y cien veces no, y eso no; porque usted sabe mu bien que no puede ser; usted sabe que yo no puedo, ni

quiero, ni debo prendarme de ningún hombre, porque yo no puedo casarme con ninguno con vergüenza, sin antes ponerle una venda en los ojos, y sin exponerme á que mis sábanas de boda le sirvan de mortaja á mi cuerpo; y manque no fuera asín, yo no soy mujer sin consencia, y yo, antes de hacer una *perrá* con un hombre que yo estime, me saco el corazón, y me lo cojo asín, y me lo hago serrín de corcho.

Y á Trini, al decir esto, llenábanle la cara los ojos, y restregábase ambas manos, como si estuviera llevando á cabo su amenaza.

—Vamos, hija, por Dios, por los clavos de Cristo, no te pongas de ese modo que una desgracia le pasa á cualesquiera; aquello fué una judiada que está pidiendo á voces una soga al cuello de quien la hizo; si tú entonces eras un angelito de Dios, si todavía no sabías echar un respunte á unas enaguas, si todavía te pasabas las horas jugando al ruego en la calle, y enseñando las pantorrillas, y cantando *Rey moro tenía tres hijas!* en fin, hija mía, que no hay que

acordarse de aquello; aquello ya pasó, y lo pasao, pasao.

—¡Lo pasao, pasao! eso es mu fácil decirlo, madre, eso es mu fácil decirlo, pero hay cosas que no pasan nunca; yo no soy lo que parezco; á mi tó el mundo me tiene por una estampa pegá á una paré que ni siente ni consiente, y yo manque me esté muriendo toa entera por un hombre, manque ese hombre lo tenga enroscao al corazón y mor-diéndome en el alma y mor-diéndome en el pensamiento, tengo que pudrirme y que repudrirme por dentro y que beberme mis lágrimas y que meterme en el sótano mis agónías, porque yo no puedo, ni debo, ni quiero darle alas á nadie, porque con qué cara le digo yo al hombre de mis ilusiones, al que como usté dice se me meta en el reservao: «Yo no me puedo casar contigo, porque la flor que tú has escogío, entre toítas las flores del huerto, está ya manchaílla, pa siempre, por la baba del caracol; es verdá que ella no tuvo la culpa; es verdá que aquello fué una charraná que hicieron ccn ella, pero pa el caso es lo mismo; lo cierto es que está man-

chá y no puée ser ya tuya, porque aquellas plumitas, más blancas que la nieve, que le puso Dios pa tí en las alas, se las llevó un ladrón, un cobarde asesino de honras ajenas, un mal nació.» Con qué, con qué cara le digo yo tó esto á un hombre; pero si es más, madre, si es más, si es que, aun suponiendo, que yo fuese un pendón, y engañara á un hombre, y ese hombre se dejase engañar, ¿me quiere usté decir que nos pasaría á usté y á mí y á alguien más, si después que yo ya no me perteneciese, viniera el *Cantimplora* de América, que ya sabe usté lo que dicen en el barrio, que el día menos pensao se viene, y se viene porque ya no vive el que le haría el corazón una criba garbancera, y supóngase usté que se viene y como es un granuja, se va de la lengua, y pregona su fechoría. Y... vamos, madre, vamos, que sólo de pensar eso se me pone el pelo de punta.

Y los ojos de Trini centelleaban llenos de lágrimas, y se crispaban sus manos, y jadeaba su respiración.

—Pero, por Dios, hija mía, por su precio-

sísima sangre, no te pongas así; tranquilízate, hija mía, repórtate, que no es pa tanto.

—Tranquilizarme, reportarme, eso es, repórtate y tranquilízate y muérete desespe-raíta y mirando al cielo, con la vista enconá, sin poder querer á nadie, á nadie, sin poder casarte con ninguno, manque lo quieras más que á las niñas de tus ojos y más que á la sangre de tus venas y más que á tus entrañas: ¡repórtate! ¡repórtate! Eso es mu fácil decirlo, madre, eso es mu fácil decirlo.

Y Trini dejó correr sus lágrimas, con los codos apoyados en la mesa, aprisionándose las sienes con ambas manos, crispadas, mientras la señá Dolores, acercándose á ella, trataba de consolarla besándola con maternal ahínco en la calenturienta frente.



CAPITULO IX

Mala, pero muy mala noche, pasaron Trini y la seña Dolores, sobre todo la primera, que no pudo entornar los ojos un solo momento, evocando, sin querer evocarlo, el recuerdo de aquella noche cruel y brutal en que fuera pisoteado y hecho polvo su porvenir por las zarpas de una mala bestia; recuerdo que surgía en su mente como una perspectiva monstruosa, llena de sensaciones varias, en que se confundían el miedo con el dolor, y el dolor con el asombro, y unido á aquel recuerdo la imagen de Corro el *Cantimplora*, de aquel amigo íntimo de su familia, joven, gallardo, calavera, al cual estaba acostumbrada á ver, por aquel entonces, casi todos los días.

Recordó cómo penetró aquella noche fatal, aquel hombre en sus habitaciones; su padre, como de costumbre, estaba en la *timba*; su madre había salido; ella estaba sola, completamente sola; Corro iba borracho, sentóse á su lado, preguntóle por los suyos, después quedóse la mirando fijamente, después se le fueron haciendo brasas encendidas los ojos, y poniéndosele la cara de muerto, y de pronto, se levantó rápido, apagó la luz y sintióse estrechada brutalmente por aquel hombre, que le dijo con voz ahogada y llena de roncocos estertores:

—¡Te callas ó te mato!

Y ella sintióse inmovilizada por el miedo y después sintió horrible maridaje de dolor y de asombro, y después Corro huyó como perseguido por una jauría. Recordaba también su llanto desesperado, la entrada de su madre y la de su padre, momentos después, la horrible descomposición del semblante de éste, al saber lo ocurrido, y pareciale oír aún su voz diciéndole, al par que le tapaba la boca con la huesosa mano: —«Calla, Trini, calla, que no se entere de

esto ni la tierra, que el único que lo sabe, además de nosotros, no lo sabrá tampoco dentro de un rato.

Esta promesa no pudo cumplirla; la justa venganza del *Belonero* no pudo realizarse; la infamia cometida habíale quitado la embriaguez al *Cantimplora* y al salir éste á la calle un rayo de luz alumbró su cerebro y sintió miedo y vergüenza; el *Belonero* era el guapo de más *tronío* del barrio; un viejo capaz de pelear todavía con una venda en los ojos; su hoja de servicio estaba empedrada de heroicidades, y además aquel león encanecido estaba mirándose en su Trini y no le quedaba á Corro más recurso que matar al viejo ó morir á sus manos; de todos modos una ruina, el presidio ó el cementerio.

En vano el padre de Trini tiró, sediento de venganza, sus chambeles en todas las aguas; en vano buscó por todas partes, con mal disimulado ahinco, al *Cantimplora*; á éste parecía habérselo tragado la tierra; nadie se explicaba su desaparición, y durante quince días no se habló de otra cosa en el barrio; pero como siempre pasa, una ola

sucedió á otra ola; nuevos sucesos vinieron á lanzar en distintas direcciones la atención de las gentes y pasó un año y pasó otro, y un día cayó en cama el *Cotufero*, y á los tres de caer tomó el portante para el otro mundo, no sin decirle, momentos antes de entrar en el período agónico, á la señá Dolores:

—Con la única pena que me voy pa allá es la de no poder llevarme por delante á Corro el *Cantimplora*.

Y pasaron dos años más, y súpose, por fin, que aquel peine, aquel Corrito que tan misteriosamente hubo de desaparecer un día de Málaga, andaba dando bandazos en la Argentina, y que el hombre empezaba á sentirse nostálgico de los patrios lares, á los que, según decía, pensaba volver en cuantito una buena racha lo pusiera completamente á flote y con las velas necesarias para realizar tan larga travesía.

*
* *

Trini había hecho mal en acostarse; su insomnio estaba lleno de ráfagas siniestras; la pena y el rencor no la dejaban sosegar

un punto; y de todo aquello era el causante Paco el de las *Campanillas*, sí, Paco el de las *Campanillas*; Trini no había llegado á enterarse hasta aquella noche de que aquel hombre había atravesado, en ella, los umbrales del corazón, aposentándose en él como en su propia casa; aquella tarde al verle oír silencioso y como intimidado, las provocaciones del *Pipirigaña*, habíase sentido humillada, hubiérale inoculado á gusto, alguna rabia de la que ella sentía; en el ambiente en que ella había vivido no se conoce más quitamanchas, para las de la negra honrilla, que la sangre que tan gallardamente saben derramar los hombres de legítima cepa andaluza, no preocupándose al caer más que de la última postura, como los antiguos gladiadores.

Habíase sentido mortificada Trini, repetimos, por el, al parecer, temeroso silencio de Paco, mortificación que fué sustituida por la más grande inquietud al enterarse por Lola de lo ocurrido aquella noche.

El tiempo transcurría con lentitud desesperante; el silbato del sereno turbaba de tarde en tarde el silencio, alternando con el

incierto andar de algún borracho trasnochador ó con la tos de algún vecino.

¡Trini daba vuelcos y más vuelcos! Paco estaba en la cárcel; tal vez estaría mucho tiempo en ella; se pasarían, quizás, muchas semanas antes de volver á verlo; ¡qué pena tan grande no verlo en muchas semanas! ¿Pues y si el *Pipirigaña* se moría? No, no se moriría; de una puñalada en la cara no se muere nadie; ¿pero y si se moría? ¡Dios santo! ¡á Paco se lo llevarían entonces á presidio! ¡á presidio Paco! ¡qué barbaridad! ¿y todo por qué? por nada, mejor dicho, por muy poca cosa, porque su prima se había permitido estar la mar de imprudente aquella tarde, porque cuando se quiere á un hombre, no se mira á otro, y menos, muchísimo menos, con tantísimo descaro como ella lo había hecho, y era, sin duda, que á su prima le gustaba el de las *Campanillas*, lo cual no tenía nada de particular, porque lo cierto era que tenía que gustarle á todas las mujeres, porque Paco era un moreno la mar de simpático, ¡vaya unos ojos y una manera de mirar y de echar el habla del cuerpo que tenía y de

decir cosas dulces cuando estaba á su lado! ¡y vaya si era un hombre con el corazón en su sitio!

Y ella, que había pensado aquella tarde que era un mansurrón con la mar de miedo al hule, cuando lo que hizo fué portarse, poniendo cátedra de valor y de prudencia, sí, de prudencia; ¡y qué noche estaría pasando el pobrecito en el calabozo! ¡Porque seguramente aquellos charranes que lo prendieron, lo habrían metido en un calabozo! ¡Si ella pudiera ir á verlo! ¡Ir á verlo! ¡Lo que dirían las gentes! ¡Y que las gentes no saben darle á la lengua! Y además, que aquello sería decirle á él que ella también le quería; no, aquello no podía ser; canalla de *Cantimplora*; ¡canalla mil y mil millones de millones de veces canalla, que tan desgraciadita la había hecho para siempre! sí, para siempre, hasta que se comieran sus huesos los gusanitos de la tierra.

Cuando la luz del nuevo día penetró en su sala, se tiró del lecho; echóse de cualquier modo un vestido, abrió los postigos del balcón, y apoyó la frente en los cristales.

La calle estaba sumida aún en vagas penumbras; el tabernero de la esquina tostaba, en el portal de su casa, el café que había de servir á sus parroquianos; algunos rayos de luz salían por tal ó cual puerta; un trapero removía en el arroyo un enorme montón de basuras, mientras un perro, interrumpido en su desayuno, gruñíale mostrándole los afilados dientes.

De pronto Trini dejó escapar una exclamación de júbilo y sorpresa, abrió el balcón y dijo inclinándose rápida sobre el barandal:

—¡Pepe, Pepe!

El llamado por Trini era el *Cuchufleta*, que avanzaba con lentitud, meditabundo y con la cabeza inclinada sobre el pecho.

—Buenos días, Trini—exclamó Pepe, deteniéndose sorprendido.

—Buenos días; ¿ha visto usted á Paco?— Y esto lo preguntó Trini en voz baja é inclinándose, para acortar la distancia que la separaba de aquél.

—No, todavía no he podido verlo, pero lo veré, Dios mediante, lo veré: por eso no me he acostao, no hubiera podido dormir; me he

pasao la noche llamándole bruto desde lejos al centinela.

—¿Pero irá usted á verlo, verdá?

—¡No que no; pos no he de ir á verlo, criatura!

—¿Y cuándo va usted á ir?

—En quantito me lo consientan, porque yo ahora mismito me voy al paerón, y me siento en él, y de allí no me mueve un terremoto hasta que me dejen entrar pa verlo.

—¿Y volverá usted aquí y me dirá cómo está en cuanto lo vea?

—Si usted quiere, ¡por qué no!

—Sí, vuelva usted, Pepe, vuelva usted, y cuando usted lo vea, le dice usted...

Y Trini enmudeció, sin saber cómo continuar.

—¿Conque le digo tó eso?—le preguntó Pepe tras esperar inútilmente que Trini le indicara lo que le debía decir al preso.

—Le dice usted... pos sí... le dice usted que he sentío mucho... que... en fin, le dice usted lo que usted quiera decirle.

—¿Tó lo que yo quiera? Mire usted, Trini, que me pueo yo escurrir, y si me escurro y...

—Pos bien; no se escurra usted mucho, y le dice usted lo que quiera, y váyase usted ya, y vuelva usted pronto.

Y Trini se metió dentro, cerrando el balcón, al par que Pepe se alejaba con dirección á la cárcel, murmurando:

—Me está dando á mí el corazón de que Paco se va á alegrar de haberle descompuesto el pórtico á Pedro el *Pipirigaña*.



CAPÍTULO X

Felizmente la herida de Pedro, si bien extensa, no era profunda, y poco tiempo después pudo salir á la calle el lesionado luciendo una enorme cicatriz que, según nos aseguran, no hubo de encontrar Lola muy de recibo.

Paco había sido puesto en libertad bajo fianza algunos días después de haber recibido ó, mejor dicho, tomado satisfacción tan antiestética y cumplida de su provocador; y cuando llegó el momento de verse la causa en la Audiencia entre la tonante verbosidad de uno de nuestros Demóstenes del foro y algunas buenas amistades del procesado, éste no tuvo que volver á la cárcel más que por

un par de meses, los cuales le parecieron á él, no obstante, dos eternidades.

La tremenda cicatriz que tan terrorífico aspecto daba á su adorador, traía loca de rabia á la de los *Claveles*, que no había vuelto á poner los pies en casa de sus parientas desde aquella noche tan fatal para su enamorado.

Cuando Paco, el día que salió á la calle bajo fianza, después de abrazar á su madre, se dirigió hacia casa de su ídolo, parecióle que acababa de llegar de otro mundo; antojábasele un sueño no sentir rechinar los cerrojos; el golpear del bastonero en los barrotes de las enormes rejas al objeto de prever y burlar cualquier intentona de la lima; el vocear de los presos; la voz del encargado del rastrillo; parecíale mentira que respiraba un ambiente oxigenado; que la ardiente luz del sol, al par que bañaba la perspectiva, lo bañaba á él todo; ¡cuán hermosa es la libertad!

Sentía tentaciones de correr y de pegar gritos; todos los seres que veía á su alrededor eran, sin duda, dichosos; lo mismo el amolador situado en la acera, cubierto de harapos,

con nariz de pájaro, y en ella, montadas, unas gafas mal sujetas detrás de las orejas, entre blancos mechones; encorvado sobre la rueda que hacía girar la engrasada polea que él movía con un pie, al par que sus huesudas y renegridas manos acercaban el acero á la piedra, arrancando de ella efimeros regueros de luz pálida; lo mismo aquel viejo amolador que el gitano mugriento y derrengado por la edad, que con quejumbrosa voz invitaba al humilde vecindario á componer llaves y cerraduras, colgado á la espalda el cajón con los útiles del oficio y en las manos un centenar de llaves, enganchadas en un á modo de enorme llavero; y lo mismo que el gitano mugriento y derrengado, la hembra de gallardo trapío, y el obrero que marchaba á la diaria y penosa labor, y el vendedor de flores, sobre la cabeza todo un jardín en un canasto, y todos, en fin, todos cuantos veía se le antojaban á Paco seres felices, como si ya el dolor se hubiera ausentado para siempre de este pícaro mundo.

Paco sentíase feliz, y todo lo veía como al través de un cristal luminoso; sentíase feliz,

no sólo por verse libre, ó, mejor dicho, más que por verse ya libre, porque por fin la esperanza había hecho brotar un capullo en el árbol de sus ilusiones. Trini la *Goletera* lo amaba; Pepe, que era hombre de muchísimo entendimiento y de muchísima experiencia, según versión del propio interesado, se lo había repetido una y cien veces; y si Trini lo amaba, si era cierto lo que Pepe le había dicho, si Pepe no se había engañado, la felicidad le abriría muy pronto todas sus puertas y se casaría con Trini. ¡Dios de Dios! ¡Casarse con Trini! ¡Verla á todas horas, ser su señor y dueño, poder acariciarla y besarla en la boca y morder, sí, morder sus carnes tan blancas y tan suaves, y beber su aliento, y hundir su cara entre su pelito anillado, y cogerla por la cintura, y contar uno por uno todos sus hechizos, y abrazarla, y machucarla, y volverla local! ¡Dios de Dios! Poder hacer todo aquello era quitarle todo el mérito á la gloria, ganarse ésta anticipadamente y burlar casi los designios de la Suprema Sabiduría.

Cuando divisó el balcón de Trini, sintió

aplacarse un tanto las espumosas olas de su júbilo; Trini no estaba en él, y Trini sabía, porque Pepe se lo había dicho por encargo suyo, que él llegaría de un momento á otro; y no sólo no estaba en el balcón, sino que éste estaba cerrado.

—Estará arreglándose quizás—pensó con el ansia conque se aferra un náufrago á la saliente de una roca. Y para más pronto cerciorarse de la realidad de su conjetura aligeró el paso, llegó á la casa, se desasíó de las vecinas que lo agobiaron con una lluvia torrencial de interrogaciones, subió de dos saltos las escaleras, llegó al umbral de la sala de Trini, y trémulo, y jadeante, y profundamente conmovido:

—¿Se puede pasar?—preguntó con acento entrecortado, más aún por la emoción que por la fatiga.

—Adelante—repuso abriendo la puerta la señá Dolores; y al ver ésta quién era el que llegaba, añadió con acento alborozado:

—¡Pos si es Paco! Adelante, adelante; gracias á Dios y qué ganitas teníamos ya de volverlo á ver á usté; ya sabíamos por Pepe

la buena noticia; vaya, vaya con el hombre; pero siéntese usted, pos si está usted más gordo y más buen mozo y hasta más claro de color; pos si parece mentira.

Trini, entretanto, pálida, pero serena y al parecer indiferente, habíale tendido la mano al guitarrista, que se la estrechó tembloroso y desconcertadísimo por tan glacial cuanto inesperado recibimiento.

—¿Y su madre de usted, cómo está? ¡Probetica!—siguió preguntando y diciendo la señá Dolores;—probetica, y qué malos ratos nos dan los hijos; bien dice el refrán: que no hay hijos pa madres.

—¿Y qué? se pasa muy mal en aquel sitio, ¿verdá?—le preguntó Trini al de las *Campañas*.

—No se pasa mu bien, que digamos; pero yo quisiera haberme quedao allí pa toa la vía —le repuso Paco con acento sombrío.

—¿Y por qué eso? Pos lo que es nosotras nos hemos alegrao muchísimo, pero muchísimo, de saber que estaba usted ya en la calle; lo echábamos á usted mucho de menos, ¿verdá, madre, que lo echábamos mucho de menos?

—¡Ya lo creo que sí! pero muchísimo de menos, lo cual no tiée ná de particular, Paco, porque el roce engendra el cariño, y nos otras lo hemos rozao á usté mucho y por eso lo estimamos á usté muchísimo, pero muchísimo.

—Pos muchísimas gracias, señá Dolores, muchísimas gracias, ya sé yo que ustedes me quieren á mí como se quiere á un buen amigo.

—Y que lo diga usté mu alto, pero mu alto.

—No, si yo ya lo sé, si yo soy la mar de afortunaillo, si yo ya no pueo con la felicidad, si yo el día menos pensao me siembro de cabeza en un despeñaero.

Y al decir aquello, tan honda desesperación, tan intensa amargura vibró en su acento, que Trini sintió llegar su voz á lo más hondo de su alma y sintió vacilar su entereza, y levantándose bruscamente se dirigió á la alcoba diciendo:

—Espere usté, que ya salgo.

Y mientras Trini cobraba bríos en la alcoba, la señá Dolores sentóse al lado de Paco, diciéndole con acento cariñoso:

—Vamos á ver si alegramos esa cara; mire usted que esa cara no puede pasar ni de matute.

—Mire usted, señá Dolores, por lo que usted más quiera, no me dé usted bromas; mire usted que estoy que me ahogan con un cabello hembra; mire usted que lo que yo siento es haber salío de la cárcel; mire usted que usted no sabe lo á gusto que estaba yo allí viendo visiones.

—¿Y qué visiones eran esas, si se puede saber?—le preguntó Trini saliendo de la alcoba.

—Pos verá usted, Trini: como en la cárcel los probeticos presos no tienen ná que hacer, y necesitan hacer algo pa no pensar en lo que pasó y en lo que les espera, pos se entretienen en jugar, unos al «zorro que te ví», y otros «al salto del palo», y otros en hacer medias y canastillos de mimbre, y yo, como no soy aficionao á na de eso, pos me entretuve en algo que era muchísimo más de mi gusto.

—¿Y qué fué en lo que usted se entretuvo y que tan de su gusto era?

--Pos verá usted en lo que yo me entretuve. Ya sabe usted, y si no yo se lo digo pa que usted se entere, que yo hace ya la mar de tiempo ando en un eterno sin vivir y en una eterna agonía por coger una flor, que es la flor más rara y la flor más bonita de toítas las flores de toítos los jardines. ¿Eso lo sabía usted, verdá?—Pos verá usted—continuó sin esperar la afirmación ó la negación de la *Go-letera*—cuando más afligió estaba yo en la cárcel, y más con el corazón en un puño, se me entró por la reja un pajarito verde con una ramita en el pico y diciéndome como dicen las cosas los pájaros:—Vaya hombre, que ya se te acabó la pena, que ya te traigo yo en el pico un tallo de la flor de la esperanza, que es la flor de la maravilla, conque ábreme ya tu pecho, que voy á sembrarte el tallo en el corazón, pa que dentro de na lo tengas como con una túnica de flores.

Y yo fuí tan tonto, Trini, que abrí mi pecho y me sembré aquella matita verde que me trajo el pájaro en el pico, y empecé á darle calor con toa mi sangre y con toa mi voluntá y con toas mis fatigas; y á poquito,

como me había anunciao el pájaro verde, nació un capullo de aquella ramita, y aquel capullo era el de la flor de mis sueños y de mis *duquitas* de muerte, y cuando yo creía que ya siempre se había acabao pa mí la pena, y que la mala sombra que me persigue desde que mi madre me echó al mundo se había dío pa nunca más volver, una manita, negra por dentro y por fuera más blanca que las espumas de la mar, sin adolecerse de mí, sin que le dé una chispititilla de lástima, con toa la mala sangre que Dios le ha dao pa mi martirio, me coge la flor, y adiós mi flor, y adiós mi ramita verde, y adiós las alegrías de mi alma, y adiós las horitas de felicidad que yo había ensoñao en el patio de la cárcel.

Un silencio embarazoso y triste sucedió á las últimas palabras del guitarrista.

Trini se clavó las uñas en las palmas de las manos; su respiración difícil hizo ondular rápidamente su seno, y no encontrando nada que responder á su enamorado, éste tuvo que romper el silencio diciendo:

—Bueno; está bien; estaría de Dios, y yo,

yo ya me voy; pero antes de irme, Trini, yo quisiera pedirle á usted un favor, si es que ni usted ni su madre se incomodan.

—¡Yo incomodarme! ¿por qué, hijo mío? ¿por qué? Usted no puede pedir ningún favor que esté fuera de lugar, asín es que por mi parte, concedío.

—¿Y cuál es ese favor? que yo me entere —le preguntó Trini posando en él, con vago temor, las apenas y acariciadoras pupilas.

—Pos ese favor es que esta noche baje usted, por una sola vez, ¿usted se enterar? por una solita, á la reja de Cloto la *Bigardona* pa que yo le pueda decir á usted una cosa que tengo que decirle y le pregunte á usted otra que yo necesito saber, ¡manque al saberla me caiga hecho un taco al pie de su ventana!

—Pero hombre, ¿pa qué voy á bajar á la reja? ¿No es lo mismo que hablemos aquí? ¿No comprende usted, hombre de Dios, que las gentes, en cuanto nos vean de palique de ese modo, van á echar el juicio á volar y van á levantarnos un falso testimonio, que á mí no me conviene que me alevanten?

—Está bien, Trini, está bien; ¿con que ni eso tan siquiera? ¿verdá? ¿con que ni eso tan siquiera?

Y tan hondo y tan triste y tan apenador vibró el acento de Paco al hacerle aquella pregunta, que no tuvo energía la *Goletera* para negarle lo que con voz tan conmovedora le demandaba aquel hombre, y momentos después salía éste de la casa con la promesa de que á las ocho en punto estaría Trini en la ventana de Cloto la *Bigardona*.



CAPITULO XI

No las ocho, sino las siete, no habían acabado aún de sonar en el reloj de la iglesia cercana, cuando el de las *Campanillas* apareció en los alrededores de la casa de Trini, al aire las vueltas de terciopelo granate de la capa y con el sombrero inclinado sobre la frente; y una hora, que se le antojó todo un siglo, tuvo que esperar antes de que la mujer amada apareciese en la reja, donde había de tener lugar la entrevista.

Cuando momentos antes de sonar las ocho, apareció Trini, por fin, entreabriendo silenciosamente los postigos, encontróse con Paco pegado á la reja.

—No dirá usted que no soy un cronóme-

tro, y ¡vaya un relentillo que corre! Veremos á ver si por mó de usté me constipo y me tengo que pasar la noche estornudando; ¿y tó por qué? por un capricho de un loco de remate.

—No, por un capricho, no, Trini, por un capricho cá; yo le he pedío á usté que baje á la reja, porque yo necesitaba hablar á solas con usté; porque yo no puedo seguir viviendo asín, porque yo necesito saber un montón de cosas, sobre tó una, una solita, una que es un clavo ardiendo que tengo metío en el alma.

—Pos empiece usté á preguntar lo que quiera, que yo lo escucho; pero yo creo que pa preguntarme lo que usté quiera, no sa menester poner esa cara; ¡Josús y qué cara! ¡pos ni que tuviera usté dolor de clavo!

—¡Algo más peor que un dolor de clavo! De memoria se sabe usté lo que yo tengo.

—¿Y qué es lo que yo me sé de memoria?

—Lo que usté se sabe de memoria es que yo vivo muriéndome de cariño por una *gachí* más mala que un veneno, y más bonita que toítas las mujeres, con la carita más

blanca que la leche, con el pelo más rubio que la candela, y más anillao que una tumbaga; con dos ojos que son dos paraísos terrenales, y con un corazón más duro que un bloque de la escollera.

—Bueno, hombre, pos pase eso del bloque de la escollera, por aquello de los paraísos terrenales, y siga usted su cuento.

—Pos bien, como ya le he dicho, yo estoy queriendo á ese verdugo de mi corazón y de mi sangre y de mis entrañas, y la estoy queriendo, yo no sé cómo, porque mire usted si ella será cosa grande pa mí, que la quiero más, pero muchísimo más, que á mi madre, y más que á los cristales de mis ojos, y más que á los gonces de mis huesos, y más que al aire que respiro, y más que al sol que me calienta, y más que al agua que bebo, y la tengo siempre metía dentro de mí, con el cielo en la cara y las estrellas en los ojos, y derramando olores de claveles, y emborrachándome con tó lo que Dios le dió en un arranque de rumbo, pa que los hombres nos muramos de fatigas mirándola; con su dechito que es una arquita combá de nácar,

donde está escondía la felicidad, pa el dichosísimo hijo de su madre que sepa ganársela; con una cintura, que el viento no la troncha por misericordia divina, con una manera de sonreír, que es la gloria entre dos cintas granates; y con un metal de voz, que me río yo de toítos los metales de voz, y de toítas las músicas de la tierra y del cielo, y del rayo que me parta.

—Bueno, hombre, bueno está ya; pa una noche es bastante tó eso que usté me ha dicho, ¿porque si no qué va usté á dejar pa los días de gala?

—Es que cuando me pongo á hablar de esa mujer, me da cuerda el delirio que tengo por ella; porque yo á esa mujer la quiero más...

—Sí, hombre sí, más que á sus entrañas, y más que á los cristales de sus ojos, y más que á la sangre de sus venas; si ya de eso estoy enterá, si ya me lo ha dicho usté un montón de veces.

—Si es que yo en eso, Trini, soy un reló de repetición; si es que no me canso de repetirlo.

—Usté lo que está es más loco que el

Melenas, y lo que sa menester es que se ponga usted en cura, correndito—exclamó Trini poniéndose grave y haciendo desaparecer la sonrisa con que había pretendido enmascarar su vivísima emoción—y sa menester que se ponga usted en cura, porque en este mundo no tó lo que se quiere se puede, Paco, y yo, yo á usted no puedo quererlo más que como lo quiero, como si fuera usted un hermano mío, así como suena, como un hermano mío, y yo por usted sería capaz de hacer algo mu grande, tos los sacrificios menos ese que quiere usted que yo le haga.

—Pero si yo no me puéo conformar con que me quiera usted como á un hermano, Trini, si lo que yo necesito es mucho más que to eso; si lo que yo necesito es que usted me quiera con toa el alma ó me aborrezca usted de muerte; si yo no puedo seguir asín ni una horita más; si ca horita que pasa es más grande el martillo y más chico el yunque; y además, que un día cualesquiera le gusta á usted otro hombre, y ese día, Trini, ese día, Trini de mi corazón, uno de los dos le da un rato que hacer á los forenses.

Y la voz de Paco resonó ronca, vibrante y preñada de amenazas.

—No piense usted en eso, hombre, porque eso es pensar en la mar salada; mire usted una cosa de la que yo le podría decir á usted algo que fuera de su gusto.

—¿Y qué es eso que usted podría decirme de mi gusto?

—Pues le puedo prometer á usted y se lo prometo con toas las veritas de mi alma, que á mí no me ha de gustar ningún hombre y que por mó de ninguno le doy yo á usted una desazón y dése usted ya por contento con lo que le digo, que si pide usted más y no alegra usted esa cara es porque es usted un desagradeció y un agonioso y un «tó pa mí» de cuerpo entero.

Cuando media hora después húbose marchado el guitarrista, Trini volvióse á sus habitaciones con el espíritu lleno de cansancio; cada día que pasaba sentíase menos briosa para resistirse ante las avalanchas de cariño de aquel hombre; ante su mirada fija, inmóvil, elocuente, en la que centelleaban súbitos incendios, rebeliones de los sentidos, súpli-

cas conmovedoras é imprecaciones desesperadas.

Trini empezaba á vacilar; los muros de la fortaleza empezaban á grietearse; era preciso hacerse superior á todo; el *Cantimplora* podía volver, y si aquel gran canalla la encontraba casada al volver, ¡Dios sabía lo que pudiera ocurrir! No, y cien veces no; era preciso tener, y ella lo tendría, mano de rienda suficiente para detener en firme sus deseos y no apartarse un punto del noble derrotero que se había marcado.

Y pensando en cosas tan tristes y desconsoladoras, pensando en que jamás podría ser de Paco, en que tendría que vivir siempre con la careta en la cara, en que nunca podría confundir el torrente con el torrente, sintió algo que se le licuaba en lo más hondo del pecho, algo que se le licuaba y le subía irresistible á los entristecidos ojos.

La señá Dolores se acercó á ella silenciosa, con el rostro hecho más pliegues que de costumbre, le cogió las manos y le dijo con voz llena de tiernos reproches:

—¿Pero es que tú te has propuesto quitar-

te y quitarme del mundo? ¿Pero tú no sabes que ca lágrima tuya es pa mí una puñalá que me pegas y un año de vida que me quitas? ¿Pero tú no sabes, prenda de mis ojos, que cuando en tí llueve en mí diluvia, y que me voy á morir de la congoja de verte como te veo?

Y á la hablada maternal caricia, la pena hasta entonces muda de Trini, rompió en un ahogado sollozo y dijo ésta echando á su madre los brazos al cuello:

—¡Ay, madrecita de mi alma, y qué gani-
tas que tengo de que me vistan la mortaja, y
de que tos los domingos vaya usté á ponerme
en la sepultura un manojito de flores!



CAPITULO XII

El *Cuchufleta* habíase ido á esperar al de las *Campanillas* al hondilón del *Manuso*, uno de los más típicos y tradicionales, hondilón en el que los gustos modernos no habían aún estucado las paredes, ni pintado las cuarterolas, ni modificado el enorme mostrador forrado de zinc, encima del cual, er-
guíase reluciente una gran cafetera en un extremo, mientras en el otro tentaban á los hambrientos un legítimo de *Trevelez* á medio consumir, algunos quesos manchegos y una fuente de anchoas cubiertas de perejil, rodajas de huevos cocidos y un centenar de aceitunas de las de los olivares sevillanos.

Algunos mecheros de gas iluminaban es-

pléndidamente aquel refugio de aburridos, holgazanes y aficionados á la savia de las cepas y á las destilaciones de los alambiques, refugio donde alrededor de algunas mesas colocadas al azar y perniquebradas casi todas, jugaban al dominó ó á las cartas algunas de nuestras más ilustres personalidades de los de toma hierro y daca hierro, celebrando sus triunfos y lamentándose de sus derrotas con puñetazos capaces de poner en respeto al Hércules de las doce burradas, y con votos capaces de hacer ruborizarse á todo un cuarto de banderas.

Pepe habíase ido allí á esperar el resultado de la entrevista de Paco con Trini, y allí andaba el hombre mariposeando de grupo en grupo, bromeando con todos y poniéndose al habla, con quizá demasiada frecuencia, con el mozo de la taberna, el cual apenas le veía poner proa al mostrador, íbase á las copas, cogía una de ellas, introducía en la pileta llena de agua cristalina, enjuagábala con el primor y la ligereza adquiridas durante muchos años de práctica, íbase, después de sacudirla gallar-

damente, con ella á la cuarterola del seco, dábale media vuelta á la canilla y cuando ya la espuma bordeaba el cristal, ofrecíale la copa al *Cuchufleta*, el cual la cogía por el basamento, mirábala al trasluz, acercábala majestuosamente á las fosas nasales, embriagaba el olfato con el tentador aroma de aquel, para él, néctar divino y tras gozar con seráfica expresión las delectaciones del perfume, la descendía hasta los labios, humedecía éstos primero en el licor, paladeábalo con voluptuosas lentitudes, y después, con un ligerísimo movimiento apenas perceptible, trasegaba todo su contenido sin desperdiciar una sola gota, y no sin tornar los ojos al cielo, como en testimonio de gratitud al Todopoderoso por sus infinitas bondades.

—¿Cuántos cagilones van, Pepillo?—preguntóle á éste en uno de los viajes al mostrador el *Niño de la Melena*.

—Cállate, hombre, si el *Coclé* es un charrán pensionao por el *Manuso* pa que nos robe; si llevo ya cinco trasiegos, y entoavía no me ha pasao de las glándulas.

—¡Si querrás tú por una perra gorda, dar-

te un baño en una tina!— exclamó el *Manuso*; que recostado contra uno de los recios pilares, entreteníase en ver jugar á un grupo de sus fidelísimos parroquianos.

—Yo lo que quiero, es que tú tengas lo que te hace falta, más consencia y más decoro y...

—Y del tortazo que yo te voy á dar, vas á dir á Fernando Póo, ú á las Baleares, ú á Palma de Mallorca.

—Eso es, como si le fueras á hacer la competencia á los vapores de Comillas.

—Vamos, á ver si tenemos compostura manque no tengamos otra cosa—dijo el *Niño* con jovial acento.

—¿Quieres jugar por mí, esta mano, *Cuchufleta*, que estoy ya jartico de que me roben estos charranes?—preguntó á éste, Juan el *Contrabandista*, ofreciéndole la baraja.

—Yo no, camará, ¿no ves tú que si yo juego y me roban, se cargan una mala faena esos caballeros, mientras que si te siguen robando á tí, hacen casi, y sin casi, una obra meritoria?

—Hombre, ¿y esa obra meritoria, por qué?

—¡Toma! por aquello que dicen por ahí, de que ladrón que roba á ladrón...

—¡Habrá charrán! ¡A vé tú, *Coclé*, ya sabes, mucha espuma, pero mucha espuma á ese grandísimo pillol!

En aquel instante penetró en la taberna un nuevo personaje, el *Matagatos*, uno de los más famosos *pimpis* de la escalerilla; con el sombrero aplastado y lleno de lodo, la faja desceñida, caído el bello, los ojos sin expresión, agarrándose á todo y á todos, tambaleándose y sin poder apenas echar el habla del cuerpo.

—¡Valiente canóniga, *chavó*! ¡valiente canóniga!—dijo cantando el *Siguirillero*.

—Ven acá, *Matagatos*, ven acá que yo te tome el pulso, que á mí me parece que á tí te ha dao el colorín, hijo mío.

—Si te tengo dicho que no bebas más que agua de zargatona; porque la leche se te agria siempre, *Matagatos*.

Y éste, abierto de brazos y piernas, balanceándose como si tomara impulso para un salto, y mirando sonriendo como un idiota á la concurrencia, al oír el tiroteo con que

era acogido por el distinguido auditorio, tras varias fracasadas intenciones para hablar, pudo por fin, decir como si escupiese las sílabas mascaradas en vino y en saliva, señalando al par, con despreciativa actitud á los que le provocaban, y dirigiéndose al *Manuso*:

—Ten vergüenza, y echa á la calle á esos grandísimos borrachos.

Y restregándose con el dorso de la mano la saliva de que se le había llenado el bigote acercóse en violentísimo zig zag al *Coclé*, y le señaló primero la limpia cristalería, y después las sucias cuarterolas.

—¿Seco ó dulce?—le preguntó el *Coclé* empuñando un vaso.

Y ante aquella precisa pregunta, encogióse de hombros el intruso, y exclamó tras algunos nuevos esfuerzos como espurreando las palabras.

—Me es igual, porque es pa gomitarlo ensegua.

* * *

—Oye tú, Pepe; ahí tienes al de las *Campanillas*—dijo á aquel el *Manuso* al ver pe-

netrar á éste embozado hasta los ojos en su establecimiento.

—Buenas noches, caballeros—dijo Paco cruzando sin detenerse por entre los grupos y dirigiéndose seguido del *Cuchufleta* á un extremo solitario del hondilón.

—Pos dí tú que vienes de primera, camará; ¡vaya si le han afilao al trompo la púa! ¡Te habrán dao el disjusto, verdá? ¡Como si lo viéra!

—¡El disjusto!—exclamó con voz sorda Paco sentándose, después de haberse desembozado y tirándose hacia atrás el sombrero. —¡El disjusto! ¡Una puñalá traperá! ¡El disjusto! Garrote vil es lo que me han dao. A vé tú, *Coclé*, ¡un garrafón y dos palanganas!

El *Coclé* no llevó, como supondrán nuestros lectores, el garrafón pedido con el más despótico acento, pero sí media docena de cálices, que así designaban los vasos algunos de la formidable clientela del *Manuso*, cálices que uno tras otro dejó Paco seguidamente sin contenido.

—Gordo habrá sío el sofoquín, *chavó*, cuando es tanto el torongil que trasiegas.

—Es que quiero tirarme á la mar un día de estos y quiero tirarme lleno de vino para tener que beber menos salitre; es que yo no puéo vivir, Pepe; es que no quiero vivir así; es que ahora mismito, le daría yo un beso al que me prometiera meterme, de aquí á un rato, el corazón en un bote de espíritu de vino.

—Vamos, hombre, más recámara y más sótano y más entrepunte y más cositas de macho; ¡pos no tomas tú las cosas mu á pecho! conque vamos á ver si te dejas ya de bocanás, y me cuentas de una vez lo que te pasa.

—Pos mira; no alces tú tanto el gallo, que por mo de tí, sí, por mo de tí, me ha pasao lo que me ha pasao, por mo de ti, porque tú tiées nubes en los cristales del sentío; porque tú no ves ná, ni tú sabes ná, porque tú eres más bruto que una yunta, porque si no fuera mirando por el esmalte de la dentadura, te daba yo ahora mismito una dentellá en el sitio que más te doliera.

—Pos entonces, si eso te alivia, muérde-me en el quicio de la puerta y no sueltes el

bocao hasta que yo te avise ¡vaya un Dios! Y sea usté pa este pago amigo de sus amigos y pase usté penas por ellos y póngase usté árnica cuando á ellos les den un porrazo.

—Tienes razón, hombre; pero es que tú, con la más buena intención, con la mejor de toas, por las ganas que tienes de verme contento y tranquilo has visto visiones; y no ha sido lo malo que tú las veas, sino que me las has hecho ver á mí también; y yo, creyéndome lo que tú te creiste, me subí á una estrella y esta noche me he caído de la estrella y aquí me tienes estrellao y con tó el cuerpo dolorío.

—Pero cuéntame tó lo que te ha dicho Trini; con tós sus respuntes y con toditos sus hilvanés.

Y cuando hubo escuchado de labios del de las *Campanillas* el relato íntegro casi de la entrevista celebrada entre éste y Trini, exclamó Pepe con reposado acento:

—Pos mira tú; tú dirás tó lo que tú quieras y ella dirá tó lo que le dé la repotente gana; pero yo, hijo mío, yo, que ya no tengo el biberón en la boca ni tomo al

denticina; yo, que manque tú no lo creas tengo muchísimo *pesqui*; yo, Pepe Cantarrana y Clavijo, por mal nombre el *Cuchufleta*, nació en el Perchel...

—Sí, hombre, ya lo sé; y con dos ternos de lana dulce.

—Con dos de lana dulce y uno de elasticotín que acaba de hacerme el maestro *Piñiolo*; pos bien, yo te juro y te rejuro que si esa *gachí* te dice que no te quiere más que como á un hermano, es como si te quisiera decir que son apios las escarolas ó que al Guerra no le dieron la alternativa ó que es el *Coclé* una persona decente.

—No, hombre, no; mira que te engaña la buena voluntá que me tienes; mira que eso que yo te he dicho me lo ha dicho ella con su boquita de corales.

—Déjame á mí tú de cosas; ahí en ese negocio hay algo que yo no sé lo que es, pero esa *gachí* te quiere, porque si no te quisiera, ¿cómo te iba á prometer no enamorarse de ningún otro hombre? Eso no lo puée prometer ninguna hembra con *lacha* no estando enamorá, que es lo único que le

puée impedir enamorarse de otro, y ya verás tú cómo el día menos pensao se le sale por tos los poros de su cuerpo lo que yo no sé por qué tiée esa mujer tan escondío.

—Vamos, Pepe; no me engañes otra vez pa que yo dé otro porrazo.

—Ya verás tú cómo á la fin y á la postre se sale con la suya el hijo de mi padre, que Dios tenga en su santa gloria, y vámonos ya, si tú quieres que nos vayamos, que yo antes que den las diez tengo que dir á ver al *Tuertecillo* el de Marchena.

—Me parece á mí que ese *gachó* va á sacar de Trini lo que el negro del sermón—exclamó el *Manuso* después que se hubieron marchado los dos amigos.

—Toma, eso por sabío se calla—dijo el de la *Melena*;—como que pa sacar algo de esa mujer se necesita haber nació en la luna y estar emparentao lo menos con la Virgen de la Victoria.



CAPITULO XIII

Cuatro ó cinco meses eran transcurridos desde que hablara Paco con Trini por la reja, y más loco de atar que antes si cabe estaba el de las *Campanillas*, en lo cual, aunque secretamente, ibale haciendo la competencia la mujer querida, cuando una noticia verdaderamente sensacional corrió de boca en boca en todo el distrito.

Corrito el *Cantimplora* acababa de regresar de la Argentina con una enormidad de pesos duros, según los fantaseos populares.

Su llegada fué algo tan sensacional, repetimos, que desde algunas horas después de puesto los pies en las escalerillas del desembarcadero, convirtiósese el *Cantimplora* en el

ídolo de moda, sin que hubiera desde aquel día *jolgorio* al que no fuese calurosamente invitado, ni calle por donde él pasara donde las vecinas no se asomaran á las puertas para verle, ni hombre de pelo en pecho que no buscara ocasión de rendirle pleito homenaje, sabiendo todos, como se sabían de memoria, que el mozo allá en Buenos Aires había sido el porta-estandarte de los matones andaluces.

Entre los amigos de la primera juventud del *Cantimplora* figuraba en primera línea Pedro el *Pipirigaña*, el cual, al enterarse del regreso de aquella cúspide á los nativos lares, apresuróse á ir en su busca, tanto menos sin duda por deseos de volverle á ver que por la vanidad de tucarse delante de *trinitarios* y *goleteros* con hombre de tanto fuste y de tantísimos cascabeles.

Corrito, según nos aseguran, hubo de recordarlo apenas se lo echó á la cara, á pesar de la cicatriz, y apenas encontraron ocasión de hablar á solas, preguntóle un día el *Pipirigaña*:

—¿Y por qué fué el tomar tú el portante

tan de sopetón y sin decir oste ni moste ni quédate con Dios á ninguno de los que te estimábamos y te estimamos y te estimaremos toito lo que tú te mereces, que no es poco.

La pregunta de Pedro confirmó en sus creencias al *Cantimplora*; como él supuso desde un principio, el viejo lobo á quien había ultrajado en el ser más querido arrastrado por aquella eterna ola que llevaba dentro y que cuando se le embravecía, lo mismo lo elevaba á una cumbre que lo hundía en un despeñadero, había tenido buen cuidado de callar, llevándose á la madre tierra su secreto, y ya tendrían buen cuidado, seguramente, de no enseñar á nadie aquel enorme desgarrón en su honra, Trini y la señá Dolores, de las que ya había tenido él noticias por sus amigos.

Y convencido plenamente de que aquella barbaridad, la más grande de las realizadas por él, no era conocida más que de las víctimas, le repuso á Pedro con acento jovial, al par que se encogía de hombros:

—Pos hombre, te diré; yo me fuí sin des-

pedirme de los amigos porque me dió un avenate, de los que á mí me dan de cuando en cuando, y aquel día me dió más grande que otras veces; yo ya venía amasando hacía tiempo el irme por ahí á probar fortuna, y aquella tarde me *abionqué*, cogí el vapor y me largué á Cáiz, y como mi tío el *Gar-duño*, que en paz descanse, estaba allí de primero en una *timba* de las que les ponen los ojos claros y sin vista á algunos gobernadores, y como mi tío habillelaba algunos *parneses* y me tenía muchísimo apego y muchísima voluntá, pos me costeó el viaje y me metí en un trasarlántico y atrevesé el charco y llegué á Buenos Aires y pasé mis tramojos, y ahora boca arriba, y aluego boca abajo, y ahora una racha buena, y aluego una racha esaboría, y en fin, pa rematar, que pude juntar unas perritas gordas y me jarté de beber mate en coco, y me entraron la mar de ganas de volver á bañarme en el *Es-pigón* y de ver la *Caleta*, y de ver el *Gualmeina* y de ver el *Cerro de San Cristóbal*, y como yo soy asín, trinqué lo que había agenciaio, me lo metí en la faltriguera, me subí á otro

trasatlántico... y aquí me tienes otra vez hasta que me dé otra picá y me vaya al Congo ó á Pekín ó al barrio de la *Pelusa*.

El *Pipirigaña* tuvo que darse por satisfecho con aquella relación de su amigo, que como hombre prudente y vivo que era, había tenido buen cuidado de no correrse mucho en sus expansiones, por aquello, sin duda, de que más vale un por si acaso que un quién pensara.

Nuestro hombre estaba enterado del pe al pa de cuanto á Trini concernía: cómo la miseria unas veces, y otras el hereditario amor á lo desconocido, y la conveniencia de no encontrarse con los del tricornio las más, son á diario causas más que suficientes de que muchos de los nacidos en las béticas regiones tomen el portante para aquellas lejanas tierras, Corrito había tenido ocasión más de una vez y más de dos de ponerse al habla con algunos de sus antiguos compañeros, por uno de los cuales llegó á saber que el *Belonero* ya estaba en el hoyo grande y de que Trini se había hecho la mejor moza de la *Goleta*, y que además vivía como

los propios ángeles, dándole la mar de desazones á todo el que se acercaba á ella con los ojos en blanco y con el suspiro en la boca, y comiéndose muy tranquila y muy á gusto, en compañía de su madre, los cuatro ochavos que habíales dejado al morir el más genuino representante de los hombres de pelo en pecho.

Corrito recordaba de un modo vago su pícara hazaña; en un principio le acompañó de modo pertinaz su recuerdo; luego, á fuerza de tiempo, empezó á esfumársele en la imaginación; empezó á perder energía la acusadora voz que algunas veces gritábale en la conciencia, y concluyó por recordar muy de tarde en tarde aquella villanía llena de voluptuosidad, y la figurilla esbelta, los ojos asustados, el temblor y las ahogadas quejas de Trini, al apagar él la luz aquella noche de embriaguez y de brutalidades.

Al regresar á Málaga, su más vehemente deseo fué volver á ver á Trini y á su madre, cosa no muy fácil de conseguir, pues al llegar la noticia del fausto suceso á oídos de aquéllas, llenas de ira y de congojas, deci-

dieron encerrarse á piedra y lodo y no poner un pie en la calle así se lo ordenara por una Real orden la mismísima *Gaceta*.

La primera en reponerse fué Trini, que exclamó con sordo acento, dirigiéndose á su madre:

— Por algo no daba yo mi brazo á torcer; por algo no lo daba; parece que me lo decía el corazón: ¡como que yo tengo un corazón que nunca me engaña!

— ¡Ay hija mía! ¡si tu padre alevantara la cabeza!

— Mejor es que no la alevante, madre, mejor es que no la alevante!

— ¿Pero y si ese puñao de basura se va de la lengua por fantesía?

— Qué ha de irse de la lengua; no tenga usted cuidao, que no se irá, que nadie escupe al cielo y á nadie le gusta echar á la calle sus miserias ni sus antecedentes penales.

Y desde aquel día Trini y la seña Dolores empezaron á oficiar de monjas Bernardas ó monjas Capuchinas, no sin gran sorpresa de Paco, que, extrañado de aquella repentina reclusión voluntaria y de la súbita lobreguez

de carácter de la madre y de la hija, no dejaba de preguntarle á ésta á cada momento:

—¿Pero me quiere usted decir lo que aquí sucede, que estoy ya loco de dar vueltas y más vueltas sin atinar con el motivo de lo que aquí pasa?

Y Trini, sonriendo forzadamente y encogiéndose de hombros le respondía siempre con acento que pretendía en vano hacer jovial.

—Pos ná, no pasa ná; ¡qué quiere usted que pase! que yo soy asín, mu rara, y ahora me ha dao por esto, pero ya se irá usted acostumbrando á mis rarezas.

Y Paco no insistía y seguía con el pensamiento echado á volar, y siempre ponía fin á sus preguntas cogiendo la guitarra para darle á Trini la lección que servíale de pretexto para pasar una hora cada veinticuatro en la casa donde tenía el más hondo de sus deleites y el más grande de sus martirios.



CAPITULO XIV

Como suponemos ya á nuestros lectores al tanto ó casi al tanto de las respectivas posturas de los primeros y segundos personajes de esta verídica historia, nos consideramos ya en el deber de tornar á su punto de partida y de enterarles más detenidamente de lo que hubieron de hablar el *Pipirigaña* y el *Cantimplora* antes de llegar y después de salir de la barbería del *Paviota*.

El primero, que desde que el segundo hubo vuelto á pisar la tierra de su nacimiento habíase convertido en su sombra, la mañana del día en que hemos dado principio á esta verídica narración, plantóse en la fonda del *Cucurucho*, albergue del prohombre re-

cientemente llegado de la Argentina, y encontróse con éste vestido con todo el lujo que era en él peculiar, luciendo fina camisa de holanda, amplio traje gris de paño inglés, zapatos de charol con cañas de ante, sombrero de rico fieltro, y en la pechera y en las manos y en el dije de la gran cadena del reloj algunos brillantes que tal vez algún inteligente hubiera jurado con los dedos en cruz que eran tan americanos como lo son el aguacate y la yuca y el mamey y la dulcísima guayaba.

—Dios te guarde y te bendiga, mozo bueno—exclamó el *Pipirigaña* echándose de un choclazo el sombrero sobre la coronilla.

—Ven con él, Perico—le repuso el *Cantimplora* estrechándole la mano que aquél le tendía;—ya te estaba yo echando mala fama pensando que se te habían pegao los cobertores.

—¡Cualquier día! Cuando me está á mí esperando un amigo de los que tienen altares en mi ermita, tengo yo un despertador en cá tímpano.

—Muchas gracias y estimando la fineza.

—¿Y ahora, dónde nos vamos á dir?

—Pos si tú no dispones otra cosa, á la barbería pa que me limpien el cutis, y después por ahí á tirar el chambel á ver si lo tiramos con suerte, porque yo, la verdá, es que tengo la mar de ganitas de que me quiera alguna de las jembras de mi barrio.

Y al decir esto abrió de par en par la puerta de la habitación y se dirigió hacia las escaleras seguido del *Pipirigaña*.

—¿Con que tienes ya ganitas de que te quiera alguna *gachí* de las de tu tierra, dices tú?—preguntóle éste ya en la calle.

—Lo que oyes, camará, ¡pero muchísimas de ganitas!

—Pos no hay aquí muchas mujeres de *chifé* con cédula, *chavó*, y capaz la que me nece de pegarle fuego á un distrito ná más que con la pupila; la *Salá*, la *Pecosa*, la *Niña del Ombligero*, Paca la *Rabicortona*, y sobre toas, la crestita de las mujeres de cartel, Trini la *Goletera*.

—¿Conque Trini es el número uno?

—Un uno, que vale cien mil millones; ¿tú no la conoces?

—La conocí cuando no era entoavía más que un cantillo de mujer, y el otro día la ví desde lejos, por cierto que tiée la *gachí* un cuerpo de *órdago*, y un postín superior, y unos andares de sultana.

Y al acabar de decir esto, como ya habían llegado á la barbería del *Paviota*, penetraron en ella los dos, y al ver ocupadas todas las sillas curules por la más brillante representación del senado, sentáronse en la banqueta, y siguieron á media voz el diálogo que después hubo de repetirle el barbero al de las *Campanillas*.

Cuando ya afeitados los dos casi compadres salieron de la barbería, preguntóle Corrito á Pedro, al par que se dirigían hacia el café de *Ponce*, á matar alcohólicamente el gusanillo:

—Oye tú, ¿quién es ese mastín cortijero que guarda á Trini?

—Pos un *gachó* que no es manco ni es torpe; ¡no porque el hombre me señalara, le voy yo á quitar las prendas que le pertenecen!

—¡Ah!, ¿que fué ese el que... vaya, el que te puso esa marca de fábrica?

—Sí, ese es el que me la puso; pero me la puso como lo hacen los machos, cara á cara y con herramientas iguales, sólo que yo estaba cargaíllo la noche aquella, y él anduvo más vivo que yo, y en fin, que lo que pasó, pasó, y agua pasá no mueve molino.

Y Pedro desmentía, sin querer, la hidalguía de sus palabras, con las iracundas y rencorosas vibraciones de su acento.

—Asín me gusta oírte hablar, Pedro; asín hablan los hombres, con tesón y con vergüenza: y oye tú, ¿el guitarrista guarda el cortijo á gusto del ama?

—Hombre, de eso habría mucho que hablar: Trini es una mujer mu rarilla. Suponte tú, que es una mujer á la que tós la han puesto los espartitos, que no ha quedao ni uno de los que aquí pintan la cigüeña que no le haiga tirao con bala explosiva.

—¿Y ella qué?

—Pos ella ná, que me los ha traío y me los ha llevao á tós de cabeza, y que les ha tomao el pelo, y que ha buscao la mar de esaboriciones, y tan y mientras ella, ná; como si los hombres fuesen dátiles de la

Morería; y mira tú que los que se han querido casar con ella no son cotufas, ni están pintaos, que son mozos cabales, tan cabales como el *Cariñena*, tú lo conoces; pos el *Cariñena* estuvo por ella mordiéndose el pulpejo, por cierto que hizo una cosa que sonó más que un repique.

—¿Y qué fué lo que hizo?

—Una cosa; suponte tú, que al mismo tiempo que él, le estaba haciendo la rueda á Trini un señorito, Pepe Benítez el *Miquero*, un señorito mu garboso, un señorito al que cuando se le ajuma el pescao, sa menester matarlo, ó sa menester poner pies en polvorosa.

—¿Y qué pasó con Pepe Benítez?

—Pos verás tú: el señorito tenía por Trini una *guillaura* que no podía con ella, y no sabiendo ya cómo hacerle una fineza á la muchacha, porque la muchacha no acerta de nadie más que la hostia cuando comulga, pos una noche á media noche, cuando Trini vivía en un piso bajo de la calle de *Marroquino*, se fué á la puerta de su casa con dos de los que venden flores, y le puso las dos

ventanas del piso tan llenas de claveles, que parecían dos cruces del mes de Mayo; y como es natural, cuando amaneció, aquello fué una romería, hasta que se enteró de lo del decorao la vieja, y metió mano á la escoba, y no quedó ni un clavel entero pa reliquia.

...Y el *Cariñena*, ¿qué fué lo que hizo?

—Pos el *Cariñena*, en cuantito se enteró de aquello, empeñó hasta le memoria de sus difuntos, le pidió dinero emprestao hasta al casero, y cuando sonó la una de la noche se fué á la calle de *Marroquino* con el *Chinche*, y el *Carratraca* y Garay el *Cervecero* y Montes el *Empleao*, los puso de centinela en las esquinas pa que no dejaran pasar ni á los vecinos; y cuando Dios echó sus luces, camará, cuando Dios echó sus luces, no había en toa la calle, lo que coge una cabeza de alfiler, sin una mata de claveles, y casi tos los claveles, pásmate, hombre, pásmate, casi tos los claveles de bengala.

—Y á pesar de to eso, Trini, na, ¿eh?

—¡Que si quieres! Esa mujer no le toma voluntá ni á la camisa que tiene puesta.

—Y entonces eso del guitarrista, ¿qué?

—Hombre, lo que te dije antes: él está loco por ella y va tos los días á su casa, y desde que él va á su casa, ella no mira á otro, eso sí; y apenas si sale de paseo y, sin embargo, él está siempre que muerde porque resulta que no es más que su amigo y na más que su amigo; pero á pesar de to eso, el hombre sigue y sigue por si alguna vez le coge la puerta del corazón entorná y se puede meter dentro de él sin que se entere la propietaria; lo cual no tendría na de particular que pasara, por lo que ya te he dicho, porque es un hombre; y además de ser un hombre, no es mal mozo el *gachó*; y platicando se le puede oír y tocando la guitarra, tocando la guitarra, boca abajo toítos los tocaores; en fin, que la verdá que es una lástima que ese mozo esté en ese terreno, porque me parece á mí que si no lo estuviera, esa es la mujer que á tí te conviene y la que á tí te pega sin que te alevante la mano.

—Pos mira tú, no lo digas mu de recio, porque me podría dar por eso el embarazo en lugar de darme por escupir ó por salirme por carceleras.

—No, hombre, no, que eso es farturarse en gran velocidad pa un enganche esaborío, pero mu esaborío, porque el Paco no te creas tú que es de to comer, y tiée el genio engrasao, y cuando se le escurre, vaya, cuando se le escurre, ¡el delirio!

—¿Y á mí qué me importa eso? A mí me gusta roer la carne dura, la carne de valiente.

Y cuando dos horas más tarde separóse el *Pipirigaña* de Corrito, canturreó el primero irónicamente acariciándose la enorme cicatriz:

Si tú me diste el disgusto
yo te daré el desengaño,
lo que á mí me dolió un día
á tí va á dolerte un año.



CAPITULO XV

Efectivamente, Corrito el *Cantimplora* había logrado ver, aunque desde lejos, á Trini la *Goletera*; habíala visto un momento no más, pero aquel momento fué suficiente para convencerlo de que tenían razón sobradísima las gentes para colocarle en la cabeza y en la mano la regia diadema y el dorado cetro del donaire y de la hermosura.

Al verla no había acelerado mucho ni poco su corazón sus pulsaciones, había permanecido impassible y mudo, pero un dulcísimo pensamiento habíasele asomado á la mente. Trini era la mujer de más nombradía de la *Goleta*; Trini tenía algo más que un trapito atrás y otro delante para vivir con

relativa holgura; Trini era mujer cuya conquista podía satisfacer á cualquiera de los que pican más alto en cuestiones de faldas; Trini no parecía prendada de nadie; Trini era una acreedora, á la que se le podía saldar á gusto la deuda de honra que hubo de contraer con ella del modo más ruin, y así le quitaba á su conciencia el más grande de sus lamparones.

Este pensamiento, que se le hubo de asomar á la mente al ver desde lejos á Trini, tornósele á asomar durante el diálogo mantenido con el *Pipirigaña*, y cuando se separó de éste, llevaba aquel pensamiento aferrado á su imaginación.

Si él saldaba cuenta con Trini y le pagaba con una simple afirmación delante del cura, en la iglesia de la parroquia, lo que le era en deber, podría normalizar su vida; con los cuatro cuartos suyos y con los cuatro de ella podría establecerse realizando uno de sus más bellos ideales, abriendo en un sitio céntrico una gran carnicería que pusiera á cavilar á *Gilito*, y con su gran carnicería y con su buena moza al lado ya po-

día llover y ya podía ventear y ya podían caer rayos encendidos.

Pensando en estas cosas tan lisonjeras apenas pudo probar bocado durante el almuerzo, y casi con el último en la boca se echó á la calle decidido á realizar una vez más aquello de «melón, tajada en mano», que era de las grandes características de su manera de ser impetuosa y vehemente.

Cuando salió á la calle sonreíale todo, el sol, el cielo, la tierra; un ciego cantaba al son de un mal guitarro bien tañido uno de nuestros más melancólicos cantos populares; Corrito se confundió un instante con las gentes que rodeaban al ciego; la voz triste y querrellosa de éste y las armonías de la guitarra llenaron de una vaga y romántica exaltación su espíritu; varios de los del corro le saludaron tímidamente, como si temiesen no ser correspondidos, pero el *Cantimplora* encantó á todos aquel día con sus sonrisas y con sus modales.

Cuando después de socorrer al ciego continuó su camino, volvió á sumergirse en aquel piélago de colores que él había matiza-

do á su capricho. Antojábasele ya verse en su gran carnicería, con una gorrilla de pana tirada atrás, un pañuelo de seda encarnada al cuello, en mangas de camisa, desnudos los antebrazos, entre sangrientos perniles, pendientes de garfios que parecerían de oro, ante un blanquísimo mostrador; sobre los caprichosos zócalos, enormes espejos que multiplicarían los seres y los objetos, y allá en el fondo de la tienda, Trini; Trini, redondeada por la maternidad, espléndida y hermosa y fragante y prometiéndole con algunas efímeras deformidades un vástago heredero de su mote y de sus grandezas.

Los cuarenta años, esa, preñada de glaciales promesas, iniciación de la cuesta abajo de la vida, empezaba á echarle el torno á aquel vehículo arrastrado hasta entonces vertiginosamente por el loco ímpetu, por el desesperado galopar de las más brutales pasiones.

Corro, pensando y pensando, llegó junto á la casa de Trini, y al llegar junto á ella, un vago temor invadiólo de pronto, haciéndole vacilar en la decisión adoptada. ¿Qué

iba á decirle á la mujer ofendida por él cuando se encontrase con ella frente á frente? ¡Pues y á la señá Dolores! ¿Qué le diría también á la señá Dolores? Seguramente iba á tener que salir de aquella casa tirándose de cabeza por un balcón ó gateando por los aleros del tejado.

Volvió atrás Corro y metióse en una de las cien tabernas que entonan un himno al progreso vinícola en aquellos alrededores, y ya en la taberna, pidióle un poco más que de valor, de cinismo, á un barril cuyo contenido—según el propietario aseguraba—procedía de la mismísima Cazalla de la Sierra.

El aguardiente fué generoso y dióle algo de lo que le demandaba hombre tan digno de respeto, y diez minutos después preguntaba éste en la entrada del patio de la casa en que Trini vivía á una vieja que, acurrucada y con la barba en las rodillas, meditaba ó no meditaba en lo efímero de la belleza y de las cosas terrenales.

—Diga usted, agüelita, ¿en qué cuarto vive la señá Dolores?

La vieja se medio desdobló, y fijándose

en el recién llegado, exclamó con acento que parecía salir de una muy honda tubería:

—¡Calle, pos si es el *Cantimplora!* Pos sí señor; aquí vive, arriba en el prencipal.

Y la vieja medio se incorporó, y andando trabajosamente, asomóse al patio gritando:

—¡Dolores, Dolores; que aquí pregunta por tí Corrito el *Cantimplora!*

La cascada voz de la vieja llegó á las habitaciones de nuestras amigas como una bomba Orsini. ¡Dios de Dios, qué caras las tuyas al escuchar el tremendo aviso! Madre é hija se miraron pálidas, irresolutas, asustadas, y tras algunos instantes en que no se escuchó en la sala más que el respirar rápido y fatigoso de las dos mujeres, Trini exclamó dirigiéndose á su madre trémula de indignación y de ira y de asombro:

—¡Qué barbaridá y qué descaró y qué canalla que es ese hombre!

—¿Y qué vas á hacer, hija mía, qué es lo que hacemos?

—Dolores, Dolores; que aquí te busca Corrito el *Cantimplora*—repitió la voz cascada y gutural de la vieja.

—Pos que suba si quiere ese caballero— exclamó con voz vibrante y robusta Trini asomándose resueltamente á la puerta de la habitación, mientras su madre mirábala sorprendida.

Corro subió lentamente, casi arrepentido de su empresa y llena el alma de en ella exóticas turbaciones, y cuando se hubo asomado á la habitación de Trini; cuando se encontró delante de ésta, que altiva y glacial le contempló de hito en hito, y delante de la señá Dolores, que se había puesto en el quicio de la puerta, casi en los corredores, al objeto de burlar la posible curiosidad del vecindario; cuando respiró aquel ambiente frío y hostil, antojósele que seres y cosas vestíanse de alfileres para él en aquella estancia, y no sabiendo cómo romper el embarazoso silencio, permaneció mudo y desconcertado, hasta que Trini le dijo con voz sorda:

—Pase usted si quiere, y que nos entere-
mos de lo que por aquí le trae.

—A ustedes les extrañará verme aquí— exclamó por fin el *Cantimplora* con voz turbada.

—Pos mire usted, la verdad es que nos extraña mucho, pero muchísimo; porque la verdad es que nosotras no sabemos lo que se le haiga á usted perdió por estos andurriales; nosotras creíamos que esta casa debía ser pa usted como una isla desierta.

—Tienen ustedes razón, seña Dolores, tienen ustedes razón; pero yo estaba bebío aquella noche, y una mala hora, y un mal pensamiento lo tiée cualesquiera; á cualesquiera le muerde alguna vez un perro rabioso, á cualesquiera se le aletargan alguna vez las buenas intenciones—repúsole el *Cantimplora* con voz llena de inflexiones humildes.

—Sí, si ya sabemos nosotros eso, si eso le pasa á cualesquiera; cualesquierita se mete en una casa donde se le recibe siempre con los brazos en cruz como si fuera de la propia familia y se coge á una probretica con los ojos cerraos, y se le dice que calle ó que la matan, y se le pone la ceniza en la frente, y se la tira al barro y se la dice: «Anda, vete por ahí, que ya tiées bastante pa morirte de vergüenza, pa que nadie te mire á la cara y pa que no puedas querer á ningún hombre

honrao, y pa que si le quieres te pudras, y te repudras y te apuñales el corazón.» Sí, señor Corro, sí; eso le pasa á cualesquiera, eso á cualesquiera le pasa.

Y la voz de Trini, al decir aquello, vibraba honda, iracunda, como erizada de amargas ironías.

—Es verdá, no le pasa á cualesquiera, no señora; pero me pasó á mí, á mí me pasó, y cuando se me fué aquella malita racha, cuando desperté de aquella calentura, pensé morirme de la vergüenza que me dió, y desde entonces ni un día, ni una hora, ni un minuto tan siquiera, se me ha borrao del pensamiento aquella charraná que yo hice y de la que tanto y tantas veces me he arrepentío; sí, Trini, de la que tantas veces me he arrepentío.

—Tanto mejor pa usté, porque esos, los arrepentíos, son los que Dios quiere —murmuró Trini con rencoroso acento.

—Por los ojitos de mi cara que es la verdá lo que le digo; yo, en tó el tiempo que he andao dando tumbos por esos mundos de Dios, he llevao mi remordimiento clavao

como una espina en mitá del pecho, y apenitas he vuelto á poner los pies en Málaga, se me ha agrandao la espina, y por eso he venío, pa pedirles á ustedes que me perdonen.

—Pos podía usted haberse ahorrao el viaje, pos nosotras no nos acordamos ya de usted, ni pa güeno, ni pa malo, ni pa naíta de este mundo.

—Es que además de pedirle á ustedes perdón, yo voy más allá, yo quiero pagarle á usted lo que le debo y pagárselo como Dios manda, delante del cura de la parroquia.

—¡Qué es lo que dice usted! ¿qué es lo que usted dice, qué es lo que está usted diciendo?

Y al preguntarle aquello, se incorporó Trini con los ojos llameantes y con el rostro descompuesto.

—¿Que qué es lo que yo quiero? Pos darle á usted lo que le quité en una mala hora. ¡Que qué es lo que yo quiero! Casarme con usted y hacerla á usted dichosa, y ser yo dichoso, y que lo sean toítos los que nos rodean.

—¿Yo? ¡Yo casarme con usted, con usted; yo casarme con usted!

Y la voz de la *Goletera*, al decir aquello, vibró como un látigo y sus ojos y su bellísimo rostro manifestaron tan profundo desprecio, tan grande indignación y rencor tan profundo, que Corrito sintió algo así como una tempestuosa rebelión del amor propio, que le hizo exclamar con acento ronco y en agresiva actitud:

—Usté perdone, y no se ponga usté así, que no es pa tantó, y esto ya se acabó, vaya si se acabó, y yo me voy, y tome usté una vinagrá y tenga usté mucho cuidao, no sea cosa que yo me inrite y fogue mi irritación con alguien que no es mi amigo, el primer día que me lo tope más cerca de usté que de lo que á mí me gusta y más de lo que á mí me conviene.

Y al concluir de decir esto, dando media vuelta, salió de la sala como un toro del chiquero, bajó los escalones de tres saltos y se plantó en *la del rey*, no sin atropellar á una vecina, y no sin que la atropellada le despidiese refunfuñando.

—Vamos, señor Corro, una miajita más de *quinqué* pa no arrempujar á las gentes,

que tós semos hijos de Dios, manque no haigamos venío de las Indias; ¡vaya un Dios! y vaya una manera de salir de una casa decente, manque no tengamos acensor ni cancela, ni vidrieras de colores!



CAPITULO XVI

Cuando Paco salió de la barbería del *Paviota* llevaba consigo toda una tormenta de Levante; él se resignaba á todo, á todo, á pasarse la vida muerto de sed junto á la fuente, á sufrir *ducas* y desdenes y desplantes de quinquillera, á no gozar un punto de alegría, á no ver nunca un rayo de luz; pero á lo que no se podía resignar, á lo que no se resignaba, á lo que nunca se resignaría, era á soportar que otro hombre, fuese quien fuese, se le cruzara en el camino y se le pusiera delante, lo cual podía pasar muy bien, porque el *Cantimplora* no era paja que se aventa ni pelusilla que se sopla, que era un

hombre de empuje y de cuidado, y bien podía querer llevarse en el pico á Trini, y antes que le quitaran á Trini, se jugaba él el corazón á pares ó nones ó al *pique la cuarta* ó á cualquiera de los juegos conocidos. ¡Dios santo, quitarle á él á Trini, menester era antes que se juntara la tierra con el cielo y que se saliera de madre el mar y que el angelito tocara la trompeta!

Cuando llegó á la taberna del *Caracolo*, encontróse en la puerta de la calle á Pepe, reclinado contra la pared y canturreando unas guajiras.

—Pos dí tú que el *Paviota* te ha descañao el buen humor al mismo tiempo que la barba—díjole al verle llegar, mirándolo con interrogadora fijeza.

—El buen humor y las entrañas; tú no sabes, Pepe, tú no sabes lo que me acaban de decir—repúsole Paco con sombrío acento.

—Algo no muy bueno habrásido, de seguro, porque la verdá es que parece que te pica.

—Me pica y me repica y me duele, y tú me darás la razón. Suponte tú que ese mala hora del *Pipirigaña* ha azuzao al *Cantimplora*

pa que se meta en mi aguaero y le dé una simbelá á mi palomita blanca.

—¡Vaya! ¡vaya! ¡vaya!, cuando yo digo que tú concluyes en los *Angeles*! Pos no pierdes tú mu pronto la chaveta; ¡camará y qué susto! Que el *Cantimplora* le va á dar una simbelá á Trini, pos que se la dé, y que se esté dándoselas hasta que se le rompa al simbel el embrague, ¿qué te importará á tí tó eso? camará ¿qué te importará á tí to eso?

—Pos no ha de importarme á mí; ¿á quién le va á importar, si nó? A la Reina Regente, ¿verdá? Chavó y qué agallitas tiées tú. Cómo se conoce que á tí no te duele como á mí.

—Vamos, Paco, que pa no disjustrarse contigo y no salir de estampía y no volver á mirarte á la cara se necesita tener más pasencia que *Jó*, y quererte como yo te quiero; á mí me duele lo que á tí te duele, sólo que yo no tengo como tú cataratas y veo las cosas como son y no como tú quieres que sean.

—No te enojas, si es que yo no pueo aguantar que nadie mire á Trini.

—Pos llévatela á Tetuán ó métela en una

urna pintá de almagra, ¡valientemente!, lo que yo te digo, que el mar en que tú te ahogas se lo bebe de un trago un niño chiquito; vamos, hombre, ten calma y ten prudencia y reflerionas; pos ni que Corrito fuese el propio Don Juan Tenorio, y sobre tó, aunque lo fuera, lo que yo te tengo dicho, lo que me duele ya la boca de decírtelo, que Trini está por tí y pa ella no hay más hombre que tú manque ella te diga y te rediga lo contrario.

—¡Y dale! Pero si eso que á tí se te ha metío entre ceja y ceja no es verdá; si eso es que tú te lo figuras porque te da la gana de figurártelo.

—Es verdá eso de que yo me lo figuro, pero cuando yo me lo figuro es por algo, es porque es asín, porque yo no tengo como tú una venda en los ojos, y si no, al tiempo; y pa que no pienses más en eso vámonos á la huerta de Manuel, que tengo yo que verlo pa un *chanelo* que traemos entre manos.

Dos horas después y ya algo más tranquilo, merced á los razonamientos de Pepe, dirigióse Paco hacia casa de Trini: sentía no

obstante vago temor, como si fueran á arrebatarle la mujer querida por arte de *birlibirloque*, temor que evaporóse en su alma al divisar á lo lejos el balcón del, para él, encantador alcázar de su bellísima Dulcinea.

Recobrada la serenidad, disminuyó la celeridad de su paso y avanzó, contemplando con amante complacencia los rojos claveles que á los rayos solares fulgían en el balcón como prendidos entre sutiles encajes de esmeraldas.

Y cuando ya sus movimientos habían recobrado el harmónico compás de sus horas serenas; cuando el corazón á la proximidad de la mujer amada apresuraba sus latidos; cuando ya empezaban á borrársele casi del todo en el pensamiento los propósitos del *Cantimplora*, vió á éste salir rápido de casa de Trini, con los hombros en las orejas, el semblante ceñudo y marcando el paso con nervioso taconeo.

En el rostro de Paco se retrató primero el asombro y luego la pena y la ira. Al ver á su rival, habíase quedado inmóvil, é inmóvil permaneció algunos instantes, y des-

pués, después corrió lívido é iracundo y bañado en sudor frío hacia casa de la *Goletera*.

Esta estaba vencida por el terrible esfuerzo que tuvo que hacer para hablar con su ofensor; lo que más le dolía eran las mal embizadas amenazas de éste; era hombre capaz de realizarlas, era capaz de provocar al de las *Campanillas*, y si aquellos dos hombres se encontraban, era inevitable una catástrofe, algo formidable y sangriento, y al pensar que Paco pudiera resultar la víctima en el tremendo choque, sólo de pensarlo se le desgarraban las entrañas y se cubría su frente de sudor frío y le faltaba el aliento. No, y cien veces no, no era posible encogerse de hombros, era preciso evitar el abordaje entre aquellos dos acorazados, hacía preciso provocar un rompimiento con Paco, inventar un motivo para alejarlo de ella.

Y buscándolo con desesperada ansiedad estaba con las manos en la frente, cuando se presentó el de las *Campanillas* en el umbral de la sala, lívido y descompuesto el semblante, amenazadora la actitud, la mirada llena de resplandores siniestros, y

—¿Quién acaba de salir de aquí?—preguntó con voz ronca, dirigiéndose á las dos mujeres á la vez.

Trini vaciló un segundo, solamente un segundo, y de pronto, haciendo un formidable esfuerzo y como si acabara de romper un misterioso yugo, también agresiva, también arrogante, aunque desmintiendo su actitud con su mirada, repúsole á Paco con voz altanera:

—Primero díganos usted quién es usted y qué títulos tiée usted pa entrá de ese modo en esta casa y pa preguntarnos de esa manera lo que á usted maldito lo que le debe importar.

—Tiée razón Trini—dijo la señá Dolores con acento de reproche,—esas no son maneras de entrar en esta casa y de hablar con nosotras.

Paco, al imprevisto latigazo, quedóse sobrecogido y tras algunos segundos de silencio,

—Es verdá—repuso, quitándose el sombrero y estrujándolo entre las crispadas manos,—es verdá, tiee usted razón, es verdá.

muchísima verdá; ¡quién soy yo! Ustedes perdonen; ¡quién soy yo! Un desgraciao, al que se le puede aguantar tan y mientras llega otro que valga más que él; tienen ustedes razón, ustedes me perdonen.

Y la voz del guitarrista resonó henchida de sollozos, vibrante de pena.

—¡Pero por Dios, Paco, repórtese usted! ¿Qué ha pasao pa esto, qué ha pasao?—le dijo acercándose á él y con acento cariñoso la señá Dolores.

—No, no ha pasao ná, ná ha pasao: que yo me pensé que yo era alguien y me acabo de enterar que yo no soy ná, que yo no valgo ná, que yo no me merezco ná y que yo aquí lo que estoy ya es estorbando.

La señá Dolores iba á protestar de lo dicho por el guitarrista, pero le impuso silencio un gesto desesperado de su hija, que horriblemente demudada, temblorosos y cárdenos los labios y como mordiendo las palabras, díjole con voz desmayada y sin mirar al de las *Campanillas*:

—Déjelo usted, madre, déjelo usted, que se

crea lo que quiera creerse, y si se quiere ir que se vaya, y si no quiere venir más... que no venga.

Paco, al oír aquello, se abalanzó rugiente á Trini con un puño en alto; pero antes de llegar á ella se contuvo, trepidando como un tren al que se enfrena, fué á hablar, pero no pndo sin duda, y arrojando una mirada llena de ira y desesperación sobre Trini, salió al corredor con imponente lentitud, como si fuese agobiado por la balumba de un muerto.

Trini, al verle alejarse, se inclinó hacia él; pero haciendo un último y desesperado esfuerzo, entróse en la alcoba, hundió violentamente la cabeza en las almohadas del lecho y rompió en ahogados sollozos.

—Pero por el Mártir del Gólgota, hija mía, ¿tú no ves que te estás matando?

—Deje usted, madre, que me mate; deje usted que me muera.

—Pero mujer, ¿por qué has consentío entonces en que ese hombre se vaya, por qué lo has consentío?

—¿Que por qué? ¡Por qué será! Porque no

quiero que me lo maten ni que él mate á nadie, porque prefiero que me mate á mí la pena, esta pena que es ya tan grande, que no me cabe en el pecho, madre, que ya no me cabe en el pecho.



CAPÍTULO XVII

La señá Rosario, después de haber dejado las habitaciones limpias como patenas y preparado el almuerzo para su hijo, habíase sentado á esperarle.

¡Cuidado que tardaba Paco aquel día! Seguramente habíase entretenido en casa de Trini. ¡Por vida de Trini, y cómo traía á su hijo de cabezal! ¡Cómo habíale barajado los sesos! Y nada, que no se encontraba modo de que aquella niña reventase de una vez y de una vez dijera qué era lo que se proponía; porque si no estaba prendada de su hijo, que no lo estaba, y si lo estaba, era el suyo un querer más escondido que un tesoro, ¿á qué ponerle ojos adormilados y á qué sonreírle y

á qué decirle cosa con segunda y á qué tenerlo siempre amarrado á ella como un gorrión á la varilla? Y si le tenía afición y voluntad y ganas de sacarle, ella en persona, la ropa limpia los sábados, ¿por qué no echar ya por la calle de enmedio siendo como era más libre que el aire y no acabar ya con aquel sin vivir y con aquel erre que erre capaz de poner *tarumba* al más pintado?

La verdad era que podían formar los dos una pareja de las de «ole con ole» porque ella era buena, hacendosa y bonita; ¡vaya si era bonita! y él, él el mejor mozo y el más simpático y el más mejor que había nacido de madre, y además, los dos estaban en la edad propia, y además, ella tenía unas *perritas* muy bien colocadas y él diez dedos, que eran diez minas de oro, cuando él quería, porque cuando por fas ó por nefas echábase el alma á las espaldas, entonces á morir damas y caballeros y bien podía certificar de sus afirmaciones la casa de empeño de la esquina, donde por un módico sesenta por ciento anual no había prenda en buen uso que no le reservaran de la polilla.

Pensando en esto y hablando sola estaba la señá Rosario cuando penetró en la sala su hijo, llevando en la cara de modo tan patente las huellas de la pasada tempestad, que su madre, alarmada, acercándose á él y clavando en él los ojos, le preguntó con voz llena de intranquilidades:

—¿Qué tiées, hijo, qué tiées? Te pasa algo? ¿Has tenío en la calle algún disjusto? Te has puesto malo?

—No, madre, no; es que me duele la cabeza y voy á echarme un ratillo en la cama antes de almorzar y verá usted cómo se me pasa.

Y Paco, que á medida que hablaba había ido despojándose del sombrero y de la chaqueta, se dirigió hacia la alcoba.

—¿Pero no quieres que te haga algo? Una taza de tila; anda, verás cómo eso te mejora—insistió la anciana mirando á su hijo, que acababa de echarse en el lecho.

—No, si no es ná, madre; si no merece la pena; verá usted cómo durmiendo un rato se me quita.

La señá Rosario no insistió, y después de

entornar todas las puertas al objeto de que ni la luz ni el ruido de la calle turbaran el sueño de su hijo, sentóse en el dintel de la alcoba á velar su reposo.

Paco sentíase destrozado; el tremendo golpe que tan profundamente habíale herido en el alma, parecía haberle dejado, al par, sin vigores físicos; tras la más iracunda y dolorosa exaltación, el más profundo desmayo; sentíase arrojado del templo, no á punta de lanza, sino al restallar de una fusta y á empujones y á puntapiés, como se tira á la calle un perro y á un ser inofensivo que incomoda: había sido durante varios meses el hazme reir, el juguete, la miserable billarda de una mujer con púas en el corazón; aquel proceder estaba pidiendo á voces un castigo; sí, un castigo muy grande, pero muy grande. ¡Trini amando á otro hombre! Trini, aquella Trini de ojos dulcísimos y cara de azucena y con el pelito de oro anillado; aquella mujer, que con una sola mirada hacía estremecer de voluptuosidad; aquella que cuando le hablaba parecía á él que Dios le había aprisionado una alondra en la garganta; aquella hembra,

que llenaba á sus antojos todo su ser de pena ó de gozo, de risas ó de lágrimas; aquella mujer amaba ó sentíase dispuesta á amar á otro hombre, y sería de aquel otro hombre y aquel otro se la llevaría y serían para él todos aquellos encantos, todos aquellos hechizos, cuya posesión hubiera pagado él con toda su sangre; sí, se la llevaría y no la vería ya nunca, ¡ya nunca más la vería!

Y al pensar en cosas tan tristes y desconsoladoras, al verse abandonado entre las ruinas de la más dulce de sus esperanzas, al sentir á su alrededor el vacío que nos legan las ilusiones al morir, se contrajeron todos sus músculos, subió á sus ojos un irresistible raudal de lágrimas, mordióse las carnes por cerrarle el camino al robusto sollozo de hombre que le hinchaba, como una creciente marea, el corazón; luchó por ahogarlo en la cuna, pero el sollozo se abrió paso y brotó gutural, y ronco y desesperado y vencido el hombre por el dolor, buscó en torno suyo con el desconsolado pensamiento un regazo en el que el beso respondiera al gemido y

—¡Madre!—exclamó en voz baja, muy ba-

ja, como si sólo pronunciara aquel nombre á modo de conjuro, á modo de misteriosa y muda invocación de consuelo; pero la señá Rosario habíalo oído, habíalo sentido romper en ella como una desesperada súplica, y al sentirlo romper, más que en sus oídos, en su pecho, se abalanzó á su hijo y

—¿Qué tiées tú, qué es lo que tiées tú, hijo de mis entrañas—gritóle, besándolo con desesperado ahinco.

—¡Ay, madre! que Trini no me quiere, que Trini quiere á otro hombre, que Trini me ha echado á la calle—murmuró Paco con voz ronca y ahogada, procurando refrenar el llanto.

Y al recuerdo de la humillante escena, su amor propio, su orgullo de hombre, reaccionó, aunque débilmente, un punto y exclamó al par que acariciaba á su vieja pasándole la mano por el encanecido pelo y con acento que desmentía sus palabras:

—Vaya, madre, ya esto pasó; ¿qué me importa á mí naíta en el mundo tan y mientras tenga yo á mi verita á la única que me quiere?

Y la señá Rosario, tras mover la cabeza en ademán de duda, aprisionó la de su hijo entre sus escuálidos brazos y se reclinó junto á él y siguió besándolo en las mejillas, besándolo en las sienes, besándolo en la frente, como en aquellos tiempos ya tan remotos en que lo adormeciera al calor de su pecho y al dulce arrullo de sus maternales canciones.



CAPITULO XVIII

El *Pipirigaña* aguardaba al *Cantimplora* hablando por la reja con la de los *Claveles*; había quedado citado allí con aquél, y media hora no llevaría aún de amorosa plática con su morena, cuando ésta le dijo, al ver avanzar en dirección hacia ellos á Corrito en la misma actitud en que saliera de casa de Trini, ó sea con los hombros casi en las orejas, fruncida la frente y marcando el paso con nervioso ritmo:

—Allí viene tu ídolo.

—Pos entonces hasta después, si es que tú quieres, ¡lucero!

—Pos hasta después—le repuso Lola, que tras saludar á Corro con un movimiento de

cabeza y una sonrisa, se retiró de la ventana.

El *Cantimplora*, después de corresponder de igual modo que ella al saludo de Lola y de estrechar la mano que Pedro le tendía, dijole á éste con acento brusco:

—A ver si tú me llevas por favor aonde yo pueda fogar con alguien que tenga receptao un tiro entre ceja y ceja.

—Pos al *Mengue* con ese tiro, después que me haigas conta lo que te pasa.

—¿Qué quieres que me pase? Que no pueo con los jachares ni con la bilis que tengo.

—¿Y no se puée saber por mó de qué estás asín, con tanta bilis y con tantos jachares?

—Tú sí puées saberlo, tú, sí; pero vámonos por ahí á cualquier sitio, aonde nadie nos incomode.

—Pos mira tú, como el día está de *chipé* y hay sol hasta en los sótanos, y hoy sienta el sol mu bien, vámonos hacia la playa, si tú quieres.

El *Cantimplora* no tuvo inconveniente en acceder á lo propuesto por su amigo, y ambos echaron á andar, siguiendo la margen derecha del *Guadalmedina*.

Atravesaron toda la margen del río, el asilo de *Santo Domingo*, el jardín del mismo nombre, con sus árboles hojosos y polvorientos; cruzaron el puente de *Tetuán*, la *Alameda de Colón*, y dejando á la izquierda el espigón, que avanzando en curva suave defiende el puerto de las fuertes marejadas, llegaron por fin á la playa libre.

El sol bruñíalo todo con sus dorados resplandores; el mar, inmóvil, semejaba inmensa planicie de zafir orlada de fimbrias nítidas al morir vagamente ondulado en la corva playa; algunos barquichuelos de pesca surcaban gallardamente las dormidas ondas; á la izquierda veíase el dique protector de la ensenada, donde encuentra refugio lo mismo el airoso bergantín de reducidas proporciones que los grandes trasatlánticos avezados á las grandes lides de las latitudes más remotas.

La población se destacaba radiante de luz, pintoresca, engalanada caprichosamente, destacando su viejo castillo de muros fenicios, según unos, y según otros, romanos, y arábigos según la mayoría.

Al dar comienzo al largo paseo, tras al-

gunos instantes de silencio, habíale dicho el *Pipirigaña* al *Cantimplora*:

—Vamos, hombre, empieza ya á contarme eso que te ha pasao, que me tiées ya rabiando por enterarme de lo que ha sío.

—Pos me ha pasao una cosa mu esaboría: suponte tú que después de lo que tú me dijiste de Trini la *Goletera*, me dió una picá, y conforme me dió la picá me fuí á su casa, porque yo no soy hombre de los que piensan y repiensen las cosas; pos bien, me fuí á su casa, monté la escopeta y me metí en el coto á ver si yo tenía más suerte que los demás y me quedaba al primer escopetazo con esa tórtola, que tanto está dándole que hacer á tós los cazadores.

—Bueno, y te metiste en el coto con la escopeta montá, y...

—Y me trompecé con la tórtola, y me tiré la escopeta á la cara, y me dormí haciéndole la puntería, y tiré del gatillo, y ¡pum!

—¿Y pún y qué?

—Pos ná, ¡gatillazo! Un gatillazo con toas las de la ley.

—Pero, hombre, lo que á ti se te mete en

la mollera no se le mete á nadie. ¿Pos qué querías tú que te dijera una mujer que no te ha visto tres veces en junto y á la que nunca le has dicho: «Por ahí te pudras»? ¡'os ni que las mujeres fueran mantequilla de cacao!

El *Cantimplora* tuvo un instante su secreto en la punta de la lengua; pero, como casi siempre le ocurría, pudo en él más la prudencia que la vanidad, y tras un momento de vacilaciones, repuso á su amigo:

—En eso tiées razón, me he ido mu de ligero; pero no te creas tú, yo me he ido á ella como Dios manda, con la arsoluta y la feligresía en la mano; y yo no soy un puñao de estiércol; es decir, eso creo yo, y no me merezco que se me tire á la calle como se tira á una rata muerta; me parece á mí que no me lo merezco.

—Pero es que asín no te habrán tirao á ti á la calle.

—Hombre, asín, asín, no; pero casi; suponte tú que me pusieron un hocico y me hablaron de una manera que me dieron tentaciones de preguntarle cuál era el pariente que más las estima pa buscarlo y darle un

disjusto, y no se lo pregunté; pero el primero que hoy me mire, ése me las paga toas, ¡vaya si me las paga!

—Eso es. Yo te miento á ti la madre, y tú vas y le das un *torti* al peluquero de la *Plaza*. Eso es. ¡Vaya un mó de tener mariposas encendías en la mollera!

—No, no es lo mismo, porque yo á ese uno que me refiero es otro, y no el de la *Plaza*; porque si á mí me ha contestao la *Goletera* lo que me ha contestao, ha sío porque está prendá de otro hombre, y como yo sé quién es ese otro *gachó*, á ese *gachó* es al que le va á salir un flemón en una encía en cuanto yo me lo trompiece, cerca de la calle donde vive Trini.

—Mira, Corro, que eso puée ser y no puée ser verdá, y sobre tó, que si es verdá, á otra reja con la serenata, y si no puées llevarte una rosa de té, te llevas una de pitiminí, y si no una mata de alcaciles, porque ninguna mujer merece que ningún hombre se busque por ella una ruina; porque si tú te empeñas en eso que tú dices, te la buscas y te la encuentras, ¡vaya si te la encuentras!

porque el de las *Campanillas*, cuando se arranca, es un marrajo, capaz de darle una desazón al lucero matutino.

—¿Y te crees tú que estoy yo pintao en un telón de boca? ¿Te crees tú que yo soy manco? Yo me doy una puñalá con él y contigo y con cualesquiera, ¿te enteras tú?, con él, contigo y con cualesquiera.

—¡Pos no se te sube á ti mu pronto la espuma, chavó! ¡Pos no te vas mu pronto del seguro, que digamos! ¿Por qué te habré dicho yo lo que te he dicho, sino por tu bien, porque no te busques una esaborición?

—Bueno, esto se acabó, y vámonos ya y dejémonos de estas cosas.

Y silenciosos y cejijuntos izaron anclas y se pusieron en franquía aquellos dos corsarios de alto bordo, al viento todo el velamen y con rumbo desconocido.



CAPÍTULO XIX

Quince ó veinte días próximamente habrían transcurrido desde aquel en que hubieron de acaecer los hechos que dejamos narrados, y lástima daba ver á los más generosos protagonistas de esta verídica narración.

Trini había adelgazado; sus mejillas demacrábanse con amenazadora rapidez; su cintura amagaba romperse, ó mejor dicho, separarse sin violencia en dos mitades; la risa era ya para ella un recuerdo y la sonrisa un rarísimo accidente, mientras que, por poca grata compensación, el llanto, que fué antes para ella un casi completo desconoci-

do, habíasele trocado en el más consecuente compañero.

La señá Dolores estaba desesperadita; la pobre vieja no se tiraba del pelo por consideración al añadido; no sabía qué hacer, ni qué postura tomar, ni á qué carta quedarse; la silenciosa desesperación de su hija habíale hecho olvidar hasta su rancio amor á las calcetas y pasábase las horas pensando y rumiando casi siempre el mismo monólogo.

—¡Y qué hago yo!—decía—qué es lo que yo hago en este laberinto, porque esto es un mal laberinto; el *Cantimplora*, á quien Dios haga cemento y lo meta en una barrica, está callao porque el otro no aporta por aquí; pero el día en que el otro no pueda aguantar más y aporte, ese día uno de esos dos monitores se va á pique. ¡Virgen santa, no quiero pensar en el estrupicio que se armaría! Pero por otro lao, si Paco sigue sin venir, mi profetica Trini se me va por la calle de la pena y se me va corriendo más que el tío de *la lista*, y tan y mientras, el Paco no come ni vive ni descansa, y coge pa olvidar ca *juma* que tiembla el misterio, y tan y mientras el

Cantimplora, con ese mala bestia, con ese Pedro, al que si se le da un zamarreón, suelta corcho pa taponés, vive y se divierte y se baña en agua de jazmines creyendo que el otro se ha dío de miedo que le ha dao; y si se entera el de las *Campanillas* de esto, que se enterará, porque el *Pipirigaña* anda tirando la piedra y escondiendo la mano; si se enterara, va á tener que reconcentrarse la Guardia civil, y yo tan y mientras no sé qué hacer ni por dónde echar, y estoy desesperaíta, y á mí estas cosas me van á quitar del mundo.

Lo que en sus monólogos decía y repetía la anciana era la verdad; Paco, desesperado, buscaba un consuelo en el vino; sus días se pasaban de *buchinche* en *buchinche*, acompañado siempre de Pepe, que solía decirle:

—Mira tú, Paco, que esto no puée seguir así; mira que esto no hay cuerpo ni faltriquera que lo resista; mira que yo, por mó de tí, llevo ya la mar de días tirando títulos de propiedad á la calle, y que ya empiezan á amarillarme las boqueras, y que la *pañosa* no la suelto yo por naíta de este mundo, y que además de to esto, nos esta-

mos dejando la decencia á esportás en toas las madrigueras, y que además tu pobretica vieja va á perder el poquitico de pelo que le queda, y mira, que esto no lo manda Dios ni la Apostólica Romana, ni nadie que no tenga un melocotón en la frente.

Y el de las *Campanillas*, después de escuchar á su amigo, encogíase de hombros como si no se enterara y seguía bebiendo, siempre bebiendo. Quería ahogar en vino sus congojas, y, como era de suponer, lo único que conseguía era emborracharse sin lograr su objeto; su amor á Trini era una inmensidad de amor; la imagen de la mujer querida la veía él flotar sobre todo, transparentarse al través de todo; veíala en todas partes, siempre igual, siempre embriagadora no como la viera la última vez, airado el ademán y el ceño fruncido, sino dulce, sonriente, con los ojos chispeantes; no desgarrándole el corazón, sino acariciándolo y alentándolo siempre con miradas amantes que desmentían sus palabras.

Paco no sabía á qué atribuir el arranque de Trini aquel día marcado con piedra ne-

gra en sus recuerdos; al salir de casa de ésta habíase creído suplantado para siempre por el *Cantimplora* y, creyéndolo á pies juntillos, había espiado á éste sediento de venganza, ansioso de serenar con sangre el hirviente oleaje de su ira y de su desesperación; pero el *Cantimplora* no había vuelto por el santuario, el *Cantimplora* había sido, sin duda, puesto también en la corriente de la calle; el *Cantimplora* pasábase como él la vida de tasca en tasca, donde ya en varias ocasiones hubieron de estar, caldeados ambos por el alcohol, á pique de un repique, repique evitado por los amigos del uno y del otro.

Si el *Cantimplora*, pues, no parecía por casa de Trini, sin duda sus celos habían sido infundados, y si sus celos habían sido infundados, aquella entrada suya en casa de Trini fué una atrocidad, pero aquella atrocidad no merecía tan larga expiación, tan intolerable castigo.

No, allí indudablemente había algo más que permanecía oculto; allí su presencia había llegado á ser molesta sin duda; pero sí

su presencia había llegado á ser molesta, si lo habían puesto en la calle porque así les había dado la gana de hacerlo, ¿por qué Trini, cada día que pasaba estaba más triste, más ojerosa y más sombría? Y esto era verdad, porque esto habíaselo dicho á él quien no podía engañarlo, su más noble amigo, Pepe el *Cuchufletas*.

Paco se devanaba inútilmente los sesos buscando el nudo de aquel misterio, y buscándolo, sin dar con él, pasábase los días y las noches; las noches, muchas de las cuales, rabioso y desesperado, tan pronto en la boca la queja como la imprecación, íbase á rondar la casa de Trini, cuando ya casi todos los faroles estaban apagados y solitarios los alrededores y silenciosos los edificios, y entonces, embozado hasta los ojos, íbase á contemplar, desde el muro, el balcón, siempre herméticamente cerrado y en el que ya habían muerto de sed los rojos claveles de bengala que un tiempo parecían darle desde lejos la más cariñosa bienvenida.

Y contemplándolo entre iracundo y doliente y desesperado, el recuerdo de sus pa-

sadas intimidades, surgía de entre los escombros de sus esperanzas y de sus ilusiones, y se le estremecían de amor las entrañas y se le humedecían los ojos y se le crispaban las manos.

Y así iban las cosas cuando un día la señá Rosario, desesperada de ver á su hijo achacabanándose cada día más, y flaco y amarillento, adoptó una decisión extrema, y sin decirle á éste una sola palabra, relióse, una tarde, en el mantón y dirigióse con toda la rapidez compatible con sus años á casa de Trini, á la que encontró sola en sus habitaciones, despeñada, pálida, ojerosa, con un pañuelo reliado al busto y contemplando, en meditabunda actitud, al través de los cristales del balcón, el golpe de vista que presentaba nuestro gran hospital con su arquitectura de aldea suiza, sus rojas paredes de ladrillos y sus enormes ventanales, y todo él como arrebuñado entre las frondosas copas de los vetustos árboles que lo sanean y abrigan.

—¿Cómo estás tú, Trini?—preguntóle la señá Rosario, que había penetrado en la sala sin ser sentida por aquélla.

Trini dejó escapar una exclamación de sorpresa al ver á la anciana, un relámpago de alegría ardió en su pupila y

—¡Ah! que es usted, señá Rosario; usted perdone, estaba distraída; pero siéntese usted — le dijo con acento de niña alborozada.

—Sí, yo soy, hija mía, yo en persona; ¿y tu madre, dónde está?

—Ha salido, pero volverá pronto, y... y Paco, ¿Paco está bueno?

Y la voz de Trini al pronunciar aquel nombre vibró llena de conmovedora dulzura.

—¿Que cómo está Paco? ¿Cómo quieres que esté mi pobretico Paco? Quedándose en la piel y en los huesos como si estuviera ético. ¿Cómo quieres tú que esté después de la partidita serrana que le jugaron ustedes?

—No, señá Rosario, nosotras no le jugamos ninguna partidita serrana. Lo que pasó fué que él, sin venir á qué, entró aquel día en esta casa hecho una fiera, gritando y preguntando y manoteando, y amenazando con los ojos y con la cara y con to su cuerpo, al preguntar quién había estado aquí, y

Paco no tiée ningún derecho, pero ninguno, á portarse de ese modo con nosotras, y nosotras no se lo podíamos consentir, y hubo necesidad de ponerle los puntos á las íes, y de deslindar terrenos y de poner á cada cual en su sitio; pero no por eso, señá Rosario, no por eso le estimamos nosotras menos, que lo estimamos mucho; pero asín estamos mejor, muchísimo mejor, señá Rosario.

—No, Trini, no, esto no puede seguir asín: mi Paco está loco, está muriéndose; mi Paco se está acharranando por olvidarte; mi Paco se está dejando enterrá la vergüenza en tos los sitios por donde pasa; mi Paco no come, ni duerme, ni sosiega; yo no lo he visto llorar hasta ahora; esta ha sío la primerita vez que yo le he visto llorar; no, Trini, no, esto no puede seguir asín; piénsalo, piénsalo bien, hija mía, y verás tú cómo me sobra la razón hasta por la tapa de los sesos.

—¿Y qué quiere usté que yo le haga, señá Rosario—exclamó aquélla con voz sorda;—qué quiere usté que yo le haga, si yo

no lo quiero más que como si fuese un hermano?

—Sí, hija mía, tú puedes, si quieres, hacer algo, mujer, sí puedes; ¿que no lo estimas más que como á un buen amigo? Bueno, está bien, estaría de Dios, eso no puede remediarlo nadie; pero sí se puede remediar que mi Paco se desespere y que se suba á la Catedral y que se estrelle contra el palacio del Obispo; eso sí puede evitarse, eso puede impedirse y eso se impide con que lo dejes venir tos los días, como antes, á hablar contigo un ratito, manque no sea más que un ratito.

—Pero si eso no puede ser, Señá Rosario de mi alma, si eso no puede ser, manque yo quiera.

—Y al decir aquello, la voz parecía retorcersele á Trini en los descoloridos labios.

—¿Y por qué no puede ser? ¿quién te lo impide?—exclamó la vieja en cuyo acento empezaban ya á poner la ira y la impaciencia sus incisivas inflexiones.

—A mí nadie me lo impide, pero no puede ser, contra tó el torrente de mi voluntá,

y no me lo pida usted más, ni me pregunte usted por qué no puede ser, por lo que usted más quiera en el mundo.

—No te lo pediré más; descansa, mujer, descansa y no te enfades, no te enojés, no te pongas alta de pelo; pero déjame que te diga que tú no has estimado nunca á mi hijo, que tú nunca lo has estimado y que tú lo has hecho desgraciaíto ya pa siempre, y que tú no tiés corazón ni nunca lo has tenido, déjame que te lo diga, mujer, déjame que te lo diga.

—No, señá Rosario, no, está usted equivocá; yo tengo corazón, un corazón que no me cabe en el pecho de grande que es; pero algo mu malo y mu grande debo haberle yo hecho á Dios, cuando Dios tan mal me trata, cuando Dios me tiene como me tiene, y vamos, señá Rosario, déjeme usted ya, y no me de usted más suplicio; mire usted que yo no me merezco lo que está usted haciendo conmigo; mire usted que si yo pudiera hablar, me comía usted á caricias; mire usted que yo no me merezco que usted me maltrate como me está maltratando, que no lo merezco, señá Rosario, que yo no me lo merezco.

—¿Pos qué quieres tú? Quieres tú que pía yo pa tí la laureá, cuando por pasar el rato, por darte *pisto*, por darte charol, has hecho una infamia? Sí, una infamia ha sío lo que tú has hecho, te lo digo mu alto, y por mó de tí mi hijo va á hacerse un borrachín y un perdío y uno de la partía de la tizne. ¿Y tó por qué? Por mó de una mala hembra, sí, de una mala hembra, porque pa ser buena no sá menester sólo guardar el número uno, sino que sá menester tener consencia y tener buena sangre y ser generosa.

—Más generosidá que yo, ni más güena que yo, señá Rosario, más güena que yo la Pura y Limpia: ¿pues por qué si no por ser buena, y por ser generosa, y por tener un alma mu grande, me estoy muriendo yo también? Porque yo también me estoy muriendo, porque yo quiero, sí, sépalo usté ya de una vez, yo quiero más que á mis entrañas, más que á mi vida, más que á mi sangre, más que á mis huesos, con delirio y con locura á un hombre, y ese hombre es..

Y al ir á pronunciar el nombre del ser

querido, arrebatada por el alud de sus desesperaciones, la razón se impuso en ella una vez más, y golpeándose rabiosamente la boca con la crispada mano, exclamó con voz iracunda:

—No y no, y cien veces no, no lo digo y no lo digo manque me muera y manque me aspen, y manque me escupa usted en la cara, señá Rosario, manque me escupa usted en la cara.

—Pero tú estás loca y me vas á volver loca á mí también.

—Sí, loca, loca del tó, loca de pena y loca de rabia, y loca de remate; pero una loca que no puée más, una loca á quien le faltan las fuerzas; una loca, sí; pero váyase usted ya, por Dios, y no me insulte usted, por lo que usted más quiera, y no me martirice usted más y tenga usted ya lástima de mí; ¿no ve usted que me estoy ahogando de angustias? ¿no ve usted que se me va á romper el corazón en cien pedazos? ¿no lo ve usted, señora? ¿no lo está usted viendo?

Y vencida su entereza, no pudiendo soportar más aquella tremenda tensión del es-

píritu, rompió á llorar como si toda ella se deshiciese en lágrimas.

—¡Virgen Santísima del Carmen! ¡Virgen Santísima de las Angustias!—murmuraba diez minutos después la señá Rosario dirigiéndose hacia su casa,—esto es una jaula de locos y á mí me vuelven loca también, vaya si me vuelven loca. Aquí hay algo que está mu hondo, mu escondío, mu tapao; á Trini le pasa algo mu grande y la Trini está por mi Paco, ¡vaya si lo está! pero no lo quiere decir, ni quiere que vaya á su casa, y á mí se me van á ir las pajaritas, y yo me hago un lío, y aquí quisiera yo ver á los siete sabios de Grecia.

Y la señá Rosario siguió su camino hablando y manoteando hasta llegar á los dinteles de su casa.



CAPITULO XX

Cuando la señá Rosario penetró en su sala, encontróse en ella, en compañía de su hijo, á Pepe el *Cuchufletas*, que estaba como pidiendo á voces figurar, en aquellos históricos momentos, entre los coronados de pámpanos y racimos que congregara Velázquez en una de sus más bellas creaciones.

—¿De dónde viene uste, madre?—le preguntó á ésta Paco al verla penetrar en la estancia.

Pepe sonrió estúpidamente y retrepándose en las sillas donde venía, hacía rato, haciendo prodigios de equilibrio, exclamó con acento borroso:

—¡De aónde querrás tú que venga la que tuvo el mal tarto de echarte á tí al mundo!

—Y después, acompañándose con un casi acorde palmoteo, cantó:

Yo vengo, niño, yo vengo
de comprar lo que me falta
y de vender lo que tengo

—¡Vaya una peana, hijo mío, vaya una peana pa un retablo!—refunfuñó la vieja mirando al cantador oblicuamente, y después, dirigiéndose á su hijo, continuó:

— Pos, hijo mío, vengo de donde menos te puedes tú figurar: vengo de ver á Trini.

—¡De ver á Trini!

—Y al hacer el guitarrista aquella exclamación, le relampaguearon de júbilo los negros ojos.

—¡Camará, valor se necesita!—balbuceó el *Cuchufletas*;—y después, como si hablara consigo mismo, añadió:

—¡Trini! esa gachaíta es más mala que un dolor de ijar, y yo le he tomao interés, y el día menos pensao la cojo y la asesino y la

embarsamo y á luego la pongo embarsamá en el aparao de *Bayetini*.

—Pos sí, hijo mío, de su casa vengo— repúsole la señá Rosario á Paco sin parar mientes en las alcohólicas lucubraciones de Pepe.

—¿Y cómo está ese verdugo? ¿Es verdá que está malita y de mal color y con unas ojeras que no le caben en la cara? ¿Le ha preguntao á usted por mí?

—Sí, hijo mío, las dos cosas; se va quedando como el gallo de Morón y me ha preguntao por tí, ¡vaya! Lo primerito que me preguntó fue eso.

—¿Y qué le dijo á usted?

—Un puñao de cosas. A esa niña le pasa algo, y quiere y no puede, y tiée la sangre emberrenchiná y ha estao en un tris que no haga ¡pún! como una gaseosa y de que me entere de toíto lo que le pasa, y yo estoy con el sentío hecho una devanadera, porque esa mujer no quiere que tú pongas los pies en su casa, y yo, ya ves tú que yo á tí no querré engañarte; pos bien, yo te lo digo y te lo redigo: esa mujer está del tó por tí, ¡vaya

si lo está! ¡Asín ángeles me rodeen en la horita de mi muertel!

—Pos eso mismo se lo he cantao yo á ese majoma sin entendimiento en polos y en medios polos, ¡eso es! ¿verdá tú, Paco? ¿Verdá que yo te lo he dicho más veces que tiée hojitas la zarzamora?

—Sí es verdá, pero cállate y déjame hablar con mi madre.

—Desagraeció que eres, pero á mí nadie me quita la primería; eso te lo he dicho la mar de veces, y te lo repito: esa cañadú es pa tí, y vaya, *chavó*, ¡vaya una cañadú! ¡debe tener dulce hasta la ragua!

—Mire usted, madre, yo voy á ver si llevo á éste á su casa pa que lo arropen y sude el costipao, y en seguíta estoy aquí, pa que me siga usted contando eso.

No era empresa muy mollar la de conducir á Pepe á su casa, y así lo hubo de reconocer el guitarrista cuando tras media hora de tirar de él como quien tira del copo, no había logrado sacarle de la calle ni apartarlo de la puerta del hondilón del *Tabardillo*, el cual, cruzado de brazos en el dintel de su

establecimiento, contemplaba con aire indiferente, como hombre ya avezado á tales perspectivas, los desesperados esfuerzos de Paco y la pasiva resistencia de Pepe, que le decía á su amigo:

—Cristo no pasó de la Cruz y yo no paso de aquí, ¿te enteras tú?... eso es... yo no paso de aquí... porque aquí viene ese' fantasma que á tí te trae á mal traer, y yo á ése lo arrugo esta noche y lo mando á que lo planchen de nuevo, y eso lo hago yo porque yo te quiero á tí y tú me quieres á mí, eso es, y tú y yo semos uno, y el que á tí te falte me falta á mí, y el que me falta á mí tiée pena de la vía. ¿Verdá tú, *Tabardillo*?

—¡Verdá!—repúsole el tabernero.

—Lo que tú vas á hacer, si me estimas, es venirte ya de una vez; ¿tú me oyes?

—Vaya si te oigo, pero es que á mí no me da la gana de irme y á mí me dejas tú ya, porque si no, voy á pelear también contigo, ¿te enteras tú?, contigo, y mira tú que cuando á mí me da el avenate y hago fúuu...

—Miauu, miauu, mirrimiñau.

Y aquel mal plagio de cómo manifiestan

sus impresiones los más dóciles y humildes de los felinos, brotó de la taberna, donde sentíanse voces viriles y chocar de fichas.

—Hombre, déjame, que voy á ver si ese gato es morisco ó si es de angola.

—Y desprendiéndose brusca y violentamente de las manos del de las *Campanillas*, penetró Pepe tambaleándose en el interior de la tasca, donde algunos prohombres del barrio, sentados alrededor de una mesa, charlaban, fumaban, bebían y jugaban al dominó.

Pepe paseó una mirada de alcohólico reto por los circunstantes, y al toparse con gentes todas conocidas suyas, exclamó, mirándolos con cómico desdén:

—¡Calla! ¡pos si son gatos de verdá, y tós gatos encanijaos y tós gatos con tiña!

—Vamos, ven acá *Cuchufletas*, ven acá y toma un cortao á ver si se te quita el hipo
—le dijo Gabriel al *Cabriñana*, ofreciéndole una copa.

—No bebas más, hombre— díjcle Paco, que había penetrado tras él, cogiéndole de nuevo por un brazo.

El *Cuchufletas* se volvió á desasir de él, cogió la copa que Gabriel le ofreciera y la apuró de un sorbo, dejándose caer en una silla.

—Vaya otra, Pepe, la última—le gritó otro de los jugadores.

Y el *Cuchufletas*, reclinando, sobre el brazo apoyado en el mostrador, la cabeza, murmuró en voz apenas perceptible:

—No, yo ya no bebo más.

—¿Y por qué, hombre, por qué?—le preguntó Julián el *Siguirillero*.

Y haciendo un esfuerzo último, volvió Pepe á levantar la cabeza con los ojos medio cerrados y murmuró, al par que la reclinaba de nuevo sobre el mostrador:

—Porque no, hombre, porque no; porque yo ya me he quitao de la bebía.

Minutos después, Paco, ayudado del *Ta-bardillo* y del *Cabriñana*, colocó á Pepe, que apenas si daba cuenta de su persona, sobre un banco que en el fondo de la taberna no tenía más objeto que aquel para el cual había sido utilizado; y cuando después de recomendar al tabernero aquel, para él á

modo de sagrado depósito, disponíase á despedirse de los jugadores, apareció en la puerta del hondilón el *Pipirigaña*, el cual, después de saludar con voz ronca á la concurrencia y de mirar al soslayo á su enemigo, dijo, dirigiéndose al tabernero:

—A ver tú, *Tabardillo*, dos copas pa un hombre y una ronda pa esos señores.

—Ya va, y oye tú, Pedro, ¿aónde te has dejao á tu hermano gemelo esta noche?—le preguntó el tabernero.

—¿A quién, al *Cantimplora*?... Pos al *Cantimplora* me lo he dejao camino del paraíso terrenal.

—No es mal camino ese, *chavó*, y oye tú, ¿á qué va el hombre al paraíso?

—Pos á lo que se va á los paraísos terrenales, á tirarle un mordisco á una manzana.

—¿Y se puée saber qué clase de manzana es esa á la que va á tirarle el mordisco?

—Hombre, tanto como saberse, no; pero lo que yo te pueo decir es que esa manzana es la manzana más bonita de tos los manzanos de la *Goleta*.

Y al decir aquello el *Pipirigaña*, sonreía

irónicamente mirando de reojo al de las *Campanillas*.

Este, oyendo á Pedro, había palidecido, y sin poder contenerse al verle sonreir, exclamó, encarándose con él y con acento lleno de mal disimulados temblores:

—Oiga usted, mozo bueno, ¿usted no podría decirme cuál es la manzana más bonita de tós los manzanos de la *Goleta*?

El *Pipirigaña* se demudó al oir la interrogación de aquel de quien tan pocos agradables recuerdos conservaba, y arrojando una moneda sobre el mostrador, le repuso al par que se dirigía hacia la puerta:

—Me parece mucha curiosidá; pero, en fin, como usted es hombre hondo de gusto, pos la cosa está más clara que el agua, porque teniendo usted tan afinado el paladar, la manzana que á usted más le guste, pos esa será la manzana más bonita de tós los manzanos del barrio de la *Goleta*.

Y el *Pipirigaña*, al terminar de clavar el arpón, salió rápidamente á la calle, al par que el *Cabriñana*, sujetando por un brazo al de las *Campanillas*, le decía:

—Vamos, hombre, ¿aónde va usted? ¿No está usted viendo que esas son hablaurías, y que si le descompone usted el otro carrillo á Pedro, á quien le da usted la desazón más que á él es á Lola la de los *Claveles*?

Paco volvió á sentarse, pero diez minutos después salía de la taberna, lenta, muy lentamente, y lenta, muy lentamente, llegó hasta la esquina; pero al doblar ésta, salió corriendo en dirección á casa de Trini y murmurando con acento sordo:

—Veremos á ver si es verdá ó no es verdá lo que dice el *Pipirigaña*.



CAPITULO XXI

No había mentido Pedro al decir en el hondilón del *Tabardillo* que había dejado camino del paraíso terrenal al *Cantimplora*.

Este, tras la derrota sufrida, habíase replegado lleno de ira y despecho; el porrazo que diera había sido más grande, porque como hombre impetuoso y vehemente, habíalo arreglado todo á medida de sus narices de un modo anticipado, y no sólo había abierto ya el establecimiento conque pensara hacerle un pie agua á Juan *Gilito*, sino que hasta había ya logrado que echaran al mundo el presunto heredero de su mote y de su fortuna.

El despertar de aquel sueño fué tanto más

desagradable cuanto fué inesperado, y al abrir los ojos á la realidad, lo primero que hizo fué prometerse de modo solemne lisiar al de las *Campanillas* en cuanto lo cogiera al lado de la mujer solicitada en vano por él, promesa que se encargó de mantener latente el *Pipirigaña* con sus pérfidas insinuaciones.

Pero el *Cantimplora* había visto distanciarse de pronto de Trini á su rival, lo había visto rodar sombrío y desesperado de taberna en taberna, y esto hizo que reaccionaran sus esperanzas; era indudable que Trini había dado boleta de alojamiento al de las *Campanillas*, y si le había dado la boleta, con su cuenta se la habría dado: seguramente la *Goletera* y su madre habían meditado con más lucidez, y pasada la terrible indignación que les produjo ver, tras tantos años, al hombre que un tiempo ultrajara á la primera de un modo tan brutal, las conveniencias y la razón hicieron oír, y como primera providencia habían decidido sin duda limpiar de espantajos la haza; arrepentidas ya de no haber descenfruncido algo

las cejas al escuchar la noble proposición del grande hombre.

Esto, como es natural, amortiguó el encono de Corrito hacia el guitarrista, y cuando hubo de tropezarse con éste, al parecer dispuesto á buscarle las cosquillas, dejó gustoso mediar los amigos. ¡Para qué iba á tener un enganche con él! ¡Qué conseguía él con matar á Paco, cuando ya éste no le estorbaba y estaba al parecer vencido!

Pedro no dejó un punto de halagar al *Cantimplora*; lo que éste pensaba era el Evangelio: Trini, sin duda, había reflexionado; Paco no podía competir con él, las llevaba todas contrarias; á las mujeres las hace perder la chaveta la nombradía mucho más que el perfil, y Corrito era el Gurugú, el verdadero Gurugú del barrio; las mejores mozas andaban bebiendo los vientos por él; los hombres de más *tronío* lo miraban como con lentes; Trini estaba sin duda ya dispuesta á abrirle de par en par las puertas del corazón, pero no era cosa de hacerlo á la primera de cambio; una mujer que medio se estima y medio merece la pena, nunca dice quiero al

primer envite, y mucho menos en la forma en que Corro la había solicitado, metiéndose en la casa de golpe y zumbido; pero la cosa estaba más clara que el sol: haber puesto en la calle al guitarrista era decirle al otro que se arrimara otra vez, pero que se arrimara con tiento y compostura, como es debido y como se debe hacer entre personas regulares.

Esto, repetídoelo hasta la saciedad por Pedro, hizo por fin decidirse á Corro á probar de nuevo fortuna, y la noche á que hemos hecho referencia en el capítulo anterior, tras apurar en compañía de aquél algunos *chatos*, que más que de tales tenían de narigones, y tras adornarse con las mejores prendas que hubo de traerse de la América latina, se dirigió lleno de ilusiones á casa de la *Goletera*, dispuesto á jugarse ya de una vez y á una carta el todo por el todo.

Trini sentíase mala. Aquella lucha había acabado por destrozar su espíritu y dejar entregado su cuerpo á sus propias energías, y su cuerpo era débil, y, por tanto, tras las ficticias arrogancias de su sistema nervioso, tras sus efímeros desplantes, llegó el apla-

namiento. La cruel escena con la señá Rosario había sido el golletazo final: cuando volvió su madre no quiso decirle palabra de lo ocurrido, y para evitarse preguntas y evitarse conversaciones, echóse en la cama, y en ella estaba todavía, mientras su madre se ocupaba en algunos de los quehaceres domésticos, cuando á modo de tormenta que se anuncia, llegó á oídos de las dos mujeres la voz de Corro, que preguntaba desde el corredor, al par que golpeaba suavemente en la puerta:

—¿Me dan ustedes su permiso?

Trini saltó de la cama como despedida por flejes de acero, mientras la señá Dolores, con el rostro todo fruncido, le preguntaba:

—¿No oyes? ¡Otra vez aquí ese charrán! ¿Y qué hacemos, hija, qué hacemos?

—Abrir y que pase. Yo no pueo ya más y estoy decidía á tó, á acabar ya de una vez con este sin vivir. Abra usted, madre, abra usted, que casi estoy por alegrarme de que haiga venío ese hombre.

La señá Dolores permaneció un instante indecisa, pero al ver á su hija avanzar resuel-

tamente hacia la puerta, se le anticipó, diciendo, al par que la abría:

—Pase usted, y á ver si ya quiere el Niño de Dios que sea ésta la última vez que ponga usted los pies en esta casa.

Corro no respondió á la cariñosa bienvenida de la señá Dolores, y mientras ésta entornaba de nuevo la puerta, se dirigió hacia Trini, que, de pie, recostada contra la pared, arrebuja en un mantón, huyendo la cara á la luz del velón que ardía sobre la mesa, le dijo, con voz sorda y desmayada, al verle avanzar hacia ella:

—¿Qué es lo que quiere usted en esta casa, en la que yo no esperaba verlo más en tó lo poquillo que ya me queda de vida?

—¿Pero por qué es usted así conmigo, Trini? ¿Por qué es usted tan malita y tiée usted tan malita sangre? ¿Por qué es usted tan rencorosa?—le preguntó á su vez Corro con cariñoso acento y posando en ella una acariciadora mirada.

—¡Mala sangre yo!... ¡Yo rencorosa! Pero si yo ya le he perdonao á usted tó el mal que me hizo, que no fué poco; si yo lo que le pido

á usted por favor y por caridá es que se vaya y que no se acuerde usted ya más ni del santo de mi nombre.

—Pero si es que me parece á mí que eso que me dice usted, me lo dice usted con la boca chica, que no me lo dice usted de corazón; que á usted no le sabe tan mal el que usted sea pa mí la reina de las mujeres, y que yo no quiera mirarme en más ojos que en los ojitos de su carita graciosa, en esa carita que es una rosita temprana.

—¡Qué asco, que asquito de hombre!— exclamó Trini—¿Pero usted qué es lo que se ha creído de mí? Pero es que usted se ha creído que yo soy una chanca tirá en un mal bache; vamos, hombre, vamos, que yo me vuelvo loca, que se me va el sentío; si lo que yo quiero es que se vaya usted, si yo no quiero más que eso; si na más que de verlo á usted me da hipo de asco y de rabia y de la puñalá que me peguen donde yo diga.

—Vamos, señor Corro, yo creo que ya se habrá usted enterao y que se puede usted ir ya con la consencia mu tranquila de que por

esta encrucijá no pasa usté ni manque se vista de Nazareno.

—Sí, señá Dolores, me he enterao — exclamó el *Cantimplora*, á quien la rabia del segundo fracaso empezaba á invadirlo todo, dirigiéndose á la anciana; — pero tenga usté mu presente que si por esa puerta no paso yo, no pasa nadie, pero nadie, porque esta mujer es mía, ¿lo sabe usté? porque hace ya muchísimo tiempo que lo fué, verdá que lo fué de un mo traicionero, sí, de un mo traicionero, yo no digo que no, pero el caso es que fué mía y que la quiero pa mí, ¿usté se enterá? pa mí sólo, y que si no es pa mí sólo, no es pa nadie, porque yo no quiero, porque á mí no me da la gana, porque ya se me ha metío esto entre ceja y ceja y porque yo no doy mi brazo á torcer y porque esto es ya pa mí cuestión de honra.

—Pos antes me doy á los perros ú á los negros de la *Coracha* que á usté; á usté, que no sólo me quitó la honra cuando yo todavía no sabía lo que era honra, sino que me quiere usté quitar la vida, sí, la vida; porque yo, antes de ser de usté, me doy de puñalás

ó me tiro desde una torre, ó me cuelgo de una viga del techo de mi sala.

—Eso lo dice usted porque está usted enamorado de Paco, porque está usted enamorado de ese grillo carbonero, y yo me he engañao; yo me creí... pero en fin, nunca es tarde si la dicha es buena, y yo le juro á usted, Trini, yo le juro que usted se arrepiente, y que quien yo sé no rompe más primas ni más bordones, y que yo dentro de na me voy á ver en Melilla ó el Peñón de la Gómera.

Trini, al oír la nueva amenaza, se abalanzó lívida y rugiente y descompuesta hacia Corro, le miró de hito en hito, con letal expresión, y le dijo con rabiosa lentitud y como escupiéndole al rostro las palabras:

—Pos bueno, bien, sí, sí, es verdá, estoy enamorado de Paco, quiero á Paco, á Paco, ¿usted se entera? á Paco, á un hombre que vale cien mil millones de veces más que usted; y lo quiero con tóa mi alma, con tóa, con tóa, ¿se entera usted? con toa mi alma, y si ya no me he casao con él ha sido porque yo no me lo merezco, y no me lo merezco

por mó de un mal hombre; sí, por mó de un mal hombre, porque si yo le hubiera dicho la verdá y él se hubiera convenció de que yo no soy mala, y de que nunca lo fuí, se hubiera casao conmigo, sí, se hubiera casao conmigo; pero se me abrían las carnes de pensar que cuando ya fuera él el amo de mi cuerpo y de mi alma, se hubiera presentado de pronto el hombre que fué mi ruina, un hombre sin entrañas ó con entrañas de tigre, y le hubiera dicho:—Con esa mujer, con ésa, con la tuya, con la que á tí solito te pertenece; con ésa, que es la madre de tus hijos, y la alegría de tus ojos, y el recreo de tus horas, con esa mujer hice yo lo que me dió la repotente gana de hacer.—Y por eso, ná más que por eso, no me he casao, ni le he dicho nunca que me estoy muriendo de cariño por él y de pena de verlo pasar las *du-cas* de muerte que está pasando por mí; pero ya no puedo más, me faltan las fuerzas, señor Corro, ya me faltan las fuerzas, y como Paco en ná le ha ofendido á usted, sea usted bueno alguna vez en su vida, y tenga lo que tienen los hombres de corazón, y ha-

ga una obra de caridá, y déjelo usté á él, y deme usté á mí una puñalaíta trapera, que de lo único que yo ya tengo ganas es de morirme, pa que descanse mi cuerpo.

Y fué tan dulce y tan dolorida la voz con que dijo Trini aquellas últimas frases, que el *Cantimplora* le preguntó dulcificando la suya de modo inconsciente:

—¿Tanto quiere usté á ese hombre, Trini, tanto le quiere usté?

—¡Tanto, sí, tanto le quiero!

El *Cantimplora* no sabía bien lo que le pasaba; pero su cólera había ido amortiguándosele al conjuro harmónico de la voz de la *Goletera*, y algo noble empezaba á incorporársele en el pecho, á destellar en sus ojos y á suavizar las contracciones de su rostro, y no pudiendo sustraerse á aquello que dentro de él se alzaba, aliándose con Trini, exclamó con acento conmovido:

—¡Dios de Dios! No me llore usté más, Trini, no me llore usté más; mire usté que yo no soy tan malo; mire usté que yo no he nacido pa ver llorar á las mujeres.

—Pos si no es usté tan malo, tenga usté

ya lástima de mí, de una pobre mujer que no le ha hecho á usted ningún daño y déjela usted ya morir sola y tranquila en su rincón, y no tire usted su reputación á la calle, y deje usted en paz á Paco, que es un hombre de bien y el único apoyo de una pobre-tica vieja.

Aquello que había empezado á incorporarse en el pecho á Corrito, se le puso de pie de pronto; era aquello la hidalga levadura que pone esta tierra en sus hijos, y esta levadura fermentó poderosa en su corazón, y levantando noble y fieramente la cabeza, adelantése decidido hacia Trini y le tendió la nervuda mano, diciéndole con ruda sinceridad:

—Basta ya de llantos, Trini, basta ya de llantos, y usted perdone, y quédese usted tranquila y sosiéguese, y pierda todo temor, que yo le empeño mi palabra de hombre que no vuelvo á poner aquí los pies, ni vuelvo á mentar á usted más, y que si alguna vez lo hago, será quitándome el sombrero, y que no le busco yo una esaborición al hombre que usted tanto quiere.

—Dios se lo pague á usted—exclamó la *Goletera* con una sonrisa empapada en lágrimas y estrechando fuertemente la mano que aquél le tendía.—Dios se lo pague á usted—repitió.—Yo le perdono á usted, con tó el corazón, el daño que me hizo; yo se lo perdono á usted, con tó mi corazón por el bien que acaba usted de hacerme.

Y Corro se dirigió hacia la puerta murmurando:

—Está visto, yo no sirvo pa ver llorar á las mujeres, ni pa hacerlas sufrir, ni pa darles tormento; pa eso se necesita tener una cosa sin la que á mí me echó al mundo mi madre, que Dios tenga en su santísima gloria.



CAPÍTULO XXII

Paco llegó en un periquete á la acera de *Guadalmedina*, donde habitaba Trini; los celos le habían empujado; los rayos de la luna herían los cristales del balcón de la casa de la *Goletera*; el fresco relente tenía metidos á los habitantes de aquellos contornos en sus respectivos domicilios; casi todos los portales del *Huerto de los Claveles* estaban entornados; el de la taberna donde hubiera de pedir cinismo un día el *Cantimplora* á algunas copas del de Cazalla de la Sierra, para arriesgarse á hablar con Trini, también lo estaba, pero no tan herméticamente que no dejase escapar una recta de luz y un resonante rumor de voces, de puntear de guitarra, y de

alegre palmoreo, y cuando Paco hubo llegado casi frente á ella, sintió resonar la voz dulce y poderosa de *Juan Breva*, una cúspide del *cante* hondo, del *cante* verdad, del *cante* clásico, de la tierra, dulce y triste, vibrante y pasional como una africana canturía, que cantaba:

Qué yerbitas tan remalas
son las yerbas de los celos
que pa el que prueba esa yerba
se acaba el entendimiento.

Paco no se había enterado de la copla cantada por Juan, y repitiendo de un modo inconsciente sus dos versos últimos sin pensar siquiera lo que repetía, llegó á la puerta de la casa de Trini; el ya distante y harmónico trinar de la guitarra, aquel á modo de oleaje rítmico que llegaba hasta él desvanecido por la distancia, producíale una extraña y melancólica impresión de pena honda, muy honda; parecíale que aquel cadencioso gemir brotábale del corazón, de lo más oculto, de lo más escondido, del rincón más ensangrentado de su pecho.

Tras un instante de incertidumbre penetró en el zaguán de la casa, y con mano trémula tiró del mugriento cordelillo, merced al cual evítanse los vecinos el trabajo de llamar, y la puerta se entreabrió ante él de modo silencioso.

El gran patio estaba solitario, la luna invadía casi todo con sus argentadas claridades; las sombras que proyectaban en el terroso suelo los brazos del parral fingían algo así como una maraña de retorcidos tentáculos, mientras que en el muro trazaban fantásticas y movibles siluetas las ramas que verdegueaban en el ruinoso arriate.

El patio estaba solitario, repetimos, y sólo se oía el rumor de voces roncadas y veladas, que al par que algunos hilos de luz brotaban por las rendijas de tal ó cual puerta.

Paco cerró silenciosamente la de la calle y trepó por las húmedas y fangosas escaleras hasta llegar delante de la habitación de Trini, ante la cual se detuvo jadeante, como si acabara de subir á la cumbre de una montaña.

La puerta estaba entornada y Paco se

acercó de puntillas, aguantando la respiración, y antes de llegar á ella un sudor helado lo inundó todo, una angustia inmensa se le aferró al pecho como con garras de leones; la voz, la aborrecida voz de su rival, acababa de resonar en sus oídos como una fúnebre campana que tócase á muerto por su esperanza última; la voz, la aborrecida voz, del *Cantimplora* había resonado en sus oídos, diciéndole á Trini con mal reprimido acento de cólera:

—Sí, señá Dolores, me he enterao, pero tenga usté mu presente que si por esa puerta no paso yo, no pasa nadie, pero nadie, porque esta mujer es mía, ¿lo sabe usté?, porque hace ya muchísimo tiempo que lo fué, verdá que lo fué de un mo traicionero, sí, de un mo traicionero, yo no digo que no.....

Al oír aquello el de las *Campanillas*, sintió algo así como un mazazo en la nuca, y algo así como si se le rompieran de golpe y porrazo todas las fibras del alma, y su estupor, su inmenso estupor, sirvióle de vendaje en aquella ocasión suprema; la estupenda y dolorosa noticia había engendrado en él la

atonía que precede á las más grandes tempestades, y mudo, frío, glacial, como si en él se hubiera cristalizado todo, siguió escuchando ávidamente, no pudiendo evitar que un profundo estremecimiento de alegría recorriese todo su ser al oír de labios de Trini que él y solo él era el hombre amado por ella, que su perdición había nacido de una gran canallada del *Cantimplora*, del *Cantimplora* á quien aquella misma noche él mataría; él vengaría á Trini, él lo cosería á puñaladas, y después iría á presidio, y después, cuando volviera de presidio, se casaría con ella, sí, se casaría con ella; y pensando esto de un modo caótico y vertiginoso estaba cuando el *Cantimplora*, impulsado por un arranque generoso, hubo de decirle á la *Goletera*:

—Basta ya de llantos, Trini, basta ya de llantos, y usted perdone y quédese usted tranquila...

Paco escuchó hasta el fin, habíalo oído todo, había apurado hasta lo último la copa; pero cuando oyó el acento suplicante de la mujer amada pidiendo por él á *Corrito*, es-

tuvo en un tris que no penetrase en la habitación, para coger por la garganta á aquel hombre y doblarlo y hacerle besar la tierra á los pies de la mujer ofendida, mas aquello hubiera burlado sus propósitos; no y cien veces no, era preciso esperar á que aquel saliera y entonces, ¡ah! entonces, no le había de valer ni la túnica de la Virgen.



Cuando *Corrito* salió á la calle, dirigiéndose hacia el cauce del río, iba casi alegre; la verdad es que se hubiera necesitado tener muy mala sangre para no conmoverse delante de aquella mujer tan bella y tan desesperada; para permanecer impassible ante su carita de Dolorosa y ante su amarguísimo llanto. Además, había otra cosa; que casarse con ella, como él pensara, estando, como estaba ida del sentido por otro hombre, hubiera sido una barbaridad; y decir al que quisiera oirlo lo que él había hecho con Trini, una porquería, y además de una porquería, escupir al cielo. Nada, él había

hecho lo que debía hacer; de aquel modo amortiguaba el justo rencor de sus víctimas hacia él, y evitábase un mal tropiezo con Paco, y ya él le pondría los espartitos á otra hembra de su gusto, porque la verdad era que en aquel proyecto suyo cerca de Trini no habían tomado parte el corazón ni los sentidos casi y sí solamente la vanidad y la conveniencia.

Y así pensando, descendió Corro los peldaños de la escalerilla, situada frente á la puerta de la cárcel, que da acceso al lecho casi siempre enjuto del río, y ya allí, topóse manos á boca con el de las *Campanillas*, que acercándose á él lentamente, le dijo con acento ronco, al par que descubría el contraído semblante, bajando el embozo de la capa:

—Buenas noches, Corrito, si usted me lo permite, tenemos que hablar de algo que á los dos nos importa.

Corro no pudo evitar un movimiento de sorpresa, pero recobrándose instantáneamente le repuso con voz firme y altanera actitud:

—Pos ya puede usted empezar á decirme lo que tenga usted que decirme.

—Aquí no, aquí pudiera pasar alguien y lo que yo tengo que decirle á usted es mu reservao; asín es, que si usted quiere, nos iremos más arribilla, y usted dispense la molestia.

—Yo voy á donde quiera usted llevarme y honrao con su compañía.

—Muchas gracias—repúsole Paco, echando á andar el primero, mientras el otro le seguía grave y meditabundo.

—Me parece á mí que usted estará figurándose ya de lo que vamos á platicar nosotros—díjole Paco al *Cantimplora*, apenas hubieron dado algunos pasos en el polvoriento cauce.

—Yo no sé, pero usted me lo dirá y asín me ahorro el tener que figurármelo.

—Pos bien, yo creo que habrá bastante con que yo le diga á usted que he estado escuchando tó cuanto usted le ha dicho á Trini y tó cuanto Trini le ha dicho á usted; yo creo que con eso será bastante.

—¡Ah!—exclamó Corro con sombrío acento.—¡Conque se ha puesto usted á escuchar

lo que yo hablaba con Trini! Mala posturilla ha sido esa pa un hombre de los méritos de usté.

—En eso tiée usté razón, no es del tó garbosa esa posturilla; pero yo necesitaba enterarme de muchas cosas, y estando en cá del *Tabardillo* esta noche, entró en cá del *Tabardillo* el capitán general de toítos los pendones de Málaga, y^l diciéndomelo sin decírmelo, como ese charrán *larga* las cosas, me dijo que usté había díó á tirarle un bocaísto á la Trini, y yo, como la cosa me interesaba, me fuí á ver si era verdá lo que había dicho el de los entorchaos, y fuí y me puse á escuchar, y me eché la retranca y me enteré de tó, y, como usté comprenderá, yo no pueo casarme con esa mujer tan y mientras usté parpaguee, mientras haiga en el mundo un hombre que pueda hacerle y hacerme bajar los ojos de vergüenza, y usté que es un macho, usté me dirá si me sobra ó no me sobra razón pa querer que mañana por la mañana, uno de nosotros dos estemos luciendo las formas en la sala de autosias del Camposanto.

—Sí que tiée usté razón—repúsole con voz sorda Corrito;—pero muchísima razón; de esa tela me haría yo un terno si yo estuviera en su lugar; pero antes de que usté me mate á mí ó que yo le mate á usté, dígame usté quién fué el de los entorchaos que en cá del *Tabardillo* le dijo á usté que yo había díó á cá de la Trini.

—¿Quién quería usté que fuera? ¡Un Judas Iscariote! Uno que está pidiendo á voces otra puñalá, no ya en el otro carrillo, sino en mitá del corazón por cobarde que es, y por charrán y por traicionero.

—¡Ah! el *Pipirigaña*—murmuró roncamente el *Cantimplora*.

Y sin que mediara una sola palabra más entre ellos siguieron nuestros dos protagonistas caminando hacia el sitio en que debía tener lugar la inevitable catástrofe.



CAPITULO XXIII

Pronto dejaron atrás nuestros prohombres el sitio conocido por la *Pirindola*, con sus árboles de amarillentos ramajes, y su vieja alcubilla de arábiga edificación; dejaron también atrás el pintoresco arroyo de los *Angeles*, que va á morir en la montaña, y el *Coto* famosísimo, á donde solemos enviar á espulgarse, de un modo metafórico por supuesto, á nuestros más inaguantables pelmazos, y se aventuraron rápidos y silenciosos allá lejos, en donde más el cauce se ensancha entre dos blancos muros que van á morir, ondulando suavemente, en los bosques de la Concepción y de San José.

La calma inmensa de la noche, sus augustas quietudes, adormecíanlo todo; apenas alguna que otra solitaria estrella parpadeaba allá en los azules confines; perdían la dureza de sus contornos los montes, merced á la apacible vaguedad de la atmósfera, y sólo era turbado el silencio por el misterioso secretar del viento y las frondas en las cercanas laderas.

—Me parece que estamos bien aquí—dijo Paco con voz ligeramente conmovida.

—Pos aquí—le repuso el *Cantimplora*, deteniéndose grave y sereno, con voz en la que la emoción no había puesto ninguna de sus inflexiones.

Y al ver á Paco despojarse de la capa, dejándola caer en tierra, despojóse también de la suya y despojóse de ella glacial y tranquilo al parecer, y decimos al parecer porque una terrible indignación hervíale bajo la serena superficie; hubiera dado algo en aquellos instantes, y no poco, por demorar aquel lance, por, antes de partirse el corazón con el de las *Campanillas*, partírselo á Pedro, á aquel cobarde que se había

valido de él para cobrarse la puñalada en el carrillo; pero ya se las pagaría si escapaba con vida de aquel aprieto de hombre, el cual le era imposible demorar ni eludir un punto sin quitarle uno de sus gloriosos cuarteles á su escudo de hombre de pelo en pecho; y pensando en esto estaba cuando le preguntó su enemigo con voz seca y vibrante:

—¿Empezamos ó no empezamos?

Y se trabó la lucha, que fué larga, muy larga. Dios parecía haber puesto en ambos contendientes, por igual, valor y habilidad, ímpetu y destreza, y los dos ágiles y valerosos, los dos astutos y serenos, entablaron la tremenda lucha, encorvado el busto y centelleante la mirada, acometiéndose rápidos con saltos de pantera, hurtando la persona con prodigiosos quiebros, encogiéndose de improviso, simulando impetuosas acometidas y hábiles retrocesos, y girando y volviéndose y revolviéndose como sobre ejes engrasados, en un fantástico y terrible bulle bulle, acreditando los dos, en fin, de modo sobradísimo, á más de su indiscutible valor, su dominio absoluto de tan chabacana esgrima.

Pero aquello tenía que hallar su fin, aquello no podía prolongarse; el cansancio empezaba á enervar á los combatientes, á robarle elasticidades á sus músculos, á dificultar su respiración, á quitarle videncia á sus miradas y lucidez á su cerebro; y, por tanto, comenzaron á disminuir el número de sus acometidas los heróicos adversarios.

Paco, que empezaba á flaquear, á sentir el mareo, y que ya varias veces había visto relampaguear muy cerca el acero de su enemigo, al presentir el próximo y total decaimiento de sus energías, hizo un esfuerzo último, y en el instante en que el *Cantimplora* burlaba una vez más uno de sus viajes, repitió él el suyo, jugándose la vida con un salto á la desesperada; y apenas hubo tocado con los pies el suelo, ahogándose, pero decidido, agotando en aquel trágico avance sus vigores y aguantando con el brazo izquierdo la puñalada del sorprendido adversario, hundió el reluciente cuchillo en el pecho de Corro, el cual, al sentir la puñalada, se detuvo, llevóse una mano á la tremenda herida, manoteó con la otra en el

vacío como buscando un punto de apoyo, abrió los ojos desmesuradamente, se tambaleó algunos instantes, y cayó desplomado en tierra, murmurando con voz desfallecida:

—¡De las de *chipé!* ¡Valiente cartel te ganas!



CAPÍTULO XXIV

Agonizaba el *Cantimplora* en un lecho del hospital, á donde hubo de ser conducido una hora antes; la herida merecía el calificativo que él mismo le había dado; era de las de *chipé*. La ciencia habíase encogido de hombros después de reconocer y curar la profunda brecha; la religión había ya cumplido cerca de la víctima su sagrado ministerio.

Un grupo de indiferentes, congregados por el deber oficial, rodeaba el lecho donde agonizaba el herido, grupo en el que se destacaban las madres de caridad con sus sayales azules y nevadas cofias; el capellán, con su negra sotana, departiendo en voz baja con el médico y el practicante, mientras que en

los limpísimos lechos adosados á los muros resonaban algunas que otras ahogadas lamentaciones.

El *Cantimplora* se moría á chorros; íbase afilando su perfil de modo amenazador; sus pupilas, asustadas, como si estuvieran asomándose á un insondable abismo, se iban inmovilizando y empañando á un tiempo, y ya su respiración, rápida y llena de un pavoroso estertor, anunciaba su próximo desenlace, cuando penetró el juez en la sala.

Saludó éste con solemne gravedad á los circunstantes, y acercóse al moribundo, dando comienzo al interrogatorio de rúbrica.

El *Cantimplora* callaba á todo, callaba y se moría, y sólo cuando el juez, ya contrariado por su silencio, le hubo de preguntar el nombre de su agresor, sólo entonces un último destello iluminó sus ojos: algo así como un soplo vital reanimó un punto sus cada- véricas facciones, y haciendo un esfuerzo supremo, medio incorporóse en la cama, y mirando al juez con aterradora fijeza, exclamó con voz ronca, estertórica, con voz que parecía brotar de una caverna:

—¡El *Pipirigaña!*... ¡El *Pipirigaña!*... ¡El *Pipirigaña!*

Y al repetir aquel nombre por última vez, cayó desplomado, se empañaron sus pupilas, su semblante quedó inmóvil, desaparecieron de él las contracciones del dolor, y la muerte solemne y augusta y majestuosa durmió para siempre en su regazo á Corro el *Cantimplora*, una de las más ilustres personalidades del barrio de la *Goleta*.





